

Jugando en casa

*Historias de cancha,
hazañas de tribuna*



Jugando en casa

Historias de cancha, hazañas de tribuna

Es un proyecto de la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín en coedición con *Universo Centro*, con el apoyo de *Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra*

Esta publicación se realiza en el marco del proyecto Cultura del Fútbol, que hace parte del programa Buenas Prácticas para el goce de mis Derechos y Deberes, del reto Cultura Medellín, inscrito en la dimensión transversal Creemos en la Confianza Ciudadana del plan de desarrollo 2016-2019 Medellín cuenta con vos.

Administración municipal

Alcalde de Medellín: Federico Gutiérrez

Secretaria de Cultura Ciudadana: Amalia Londoño

Secretaria de Comunicaciones: Isolda María Vélez

Universo Centro

www.universocentro.com

Dirección: Juan Fernando Ospina

Comité editorial: David E. Guzmán, Mauricio López y Juan Guillermo Romero

Edición: Pascual Gaviria

Diseño y diagramación: Grétel Álvarez

Asistencia de dirección: Sandra Barrientos

Asistencia de investigación: Esteban Palacio

Corrección de estilo: Crealettras.com

Fotografía de portada: Juan Fernando Ospina

Fotografías: Juan Fernando Ospina y Sergio González

Impresión: Legis S.A.

Impreso en Bogotá

Printed in Bogotá, Colombia

ISBN: XXX-XXX-XXXX-XX-X

Primera edición, diciembre de 2016

Medellín, Colombia – Diciembre de 2016



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido, sin autorización escrita de la Secretaría General del Municipio de Medellín. Asimismo, se encuentra prohibida la utilización de características de la publicación que puedan crear confusión. El Municipio de Medellín dispone de marcas registradas, algunas citadas en la presente publicación con la debida autorización y protección legal. El contenido de los artículos es responsabilidad de sus autores e instituciones y no comprometen a la Administración Municipal.

© Alcaldía de Medellín, 2016

© Universo Centro, 2016

© Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra

© Derechos reservados de los autores para textos e imágenes, 2016

Distribución gratuita

Previa

El fútbol es para la mayoría de sus aficionados mucho más que un deporte. Supera el desempeño de los equipos y jugadores o los resultados de partidos y campeonatos. Su influencia sobre lo que sucede en nuestras vidas es tan grande que no resulta exagerado considerarlo un elemento cultural. Ir al estadio a ver un clásico de domingo, reunirse en familia para ver un partido en la sala de la casa o con los amigos en una tienda del barrio, organizar espontáneamente un partido en la cuadra con los vecinos son hábitos definitivos de muchos medellinenses.

Jugando en casa es testimonio de la importancia que tiene el fútbol en la historia de Medellín, de anécdotas y personajes que al ser sus protagonistas se han inscrito en lo que hace parte de nuestra memoria colectiva. Reconocer ese papel nos ayuda a ver el fútbol actual a la luz de su pasado y nos permite señalar sus retos.

Este libro está dirigido principalmente a aquellos que, siendo los mayores aficionados del deporte, pueden no ser los más conocedores de su historia. Lo cierto es que lo que actualmente reconocemos como el fenómeno del fútbol es un desarrollo más bien reciente que puede rastreadse desde principios del siglo XX.

Un deporte de aficionados, de equipos de barrio y de textiles, de ídolos que alternaban la cancha con su puesto en las fábricas. Un proceso de profesionalización que dejó en el camino a los equipos pequeños, aunque entusiastas, y abrió paso a los que eran capaces de balancear las precarias finanzas con las hinchadas en expansión. La institucionalización del fútbol como competencia deportiva se acompañó de pasiones más claras y colores más definidos, del nacimiento de las barras como expresión de los aficionados en las tribunas y el completo glosario de “aguante” y “trapos”.

El ascenso también de la violencia como expresión asociada al fútbol. La configuración de reglas silenciosas que han cambiado las dinámicas de los estadios e invadido de prejuicios —en ocasiones trágicamente sustentados— sobre lo que pasa antes, durante y después de los partidos.

Jugando en casa es un libro sobre ese recorrido. El camino del fútbol como acompañante de la ciudad y su profunda huella en nuestra cultura. Un esfuerzo por sumar a esa memoria colectiva, con la esperanza de que nos dé algunas pistas sobre los desafíos actuales de un deporte que es mucho más que eso. ★



— Alineación

— Espectadores, aficionados y fanáticos	6
<i>Por Pascual Gaviria</i>	
— Rueda la bola 1910-1947	16
<i>Por Juan Manuel Uribe</i>	
— Somos profesionales 1948-1975	26
<i>Por Juan Manuel Uribe</i>	
— Cómo fueron los goles	36
— Nave y hormiguero	38
<i>Por Juan Carlos Orrego</i>	
— Tenemos equipo 1976-2000	44
<i>Por Juan Manuel Uribe</i>	
— De la curiosidad al aguante	50
<i>Por Roosevelt Castro</i>	
— El primer hincha	61
<i>Por Arturo Lezcano</i>	
— Corea	62
<i>Por Gonzalo Medina</i>	
— Una línea y dos colores	68
<i>Por Juan Zuleta</i>	
— Chalín	70
<i>Por Pablo Arbeláez</i>	
— Hincha nuevo, recuerdos viejos	76
<i>Por Mauricio López</i>	

— Mi albo querido	80	— Un rojo en medio de verdes	128
<i>Por Andrea Ávila</i>		<i>Por Mauricio López</i>	
— El Indio	82	— Hijo de tigre...	130
<i>Por David E. Guzmán</i>		<i>Por Juan Guillermo Romero</i>	
— Fútbol en pantalla negra	86	— De Millos me enamoré	134
<i>Por Rafael González</i>		<i>Por Daniel Alexander Moreno</i>	
— El Abuelo	92	— El goloso de la 74	136
<i>Por Joaquín Botero</i>		<i>Por David E. Guzmán</i>	
— No esperé	96	— El suplicio de los árbitros	142
<i>Por Sara Stefania Hernández</i>		<i>Por Roosevelt Castro</i>	
— Fútbol y tango	98	— Debuta el hincha	148
<i>Por Juan Guillermo Romero</i>		<i>Por Jaime Barrientos</i>	
— Un eslabón más	104	— Soy sureño	156
<i>Por Joaquín Botero</i>		<i>Por Juan Guillermo Romero</i>	
— La muerte de un hincha	108	— Resistencia pura	166
<i>Por Alfonso Buitrago</i>		<i>Por David E. Guzmán</i>	
— Ataúdes de colores	116	— Ellas también ponen huevo	176
<i>Por Alfonso Buitrago</i>		<i>Por Carolina Calle</i>	
— Amuleto rojo	120	— Sin hinchada pero con hinchas	182
<i>Por Juan Felipe Almonacid</i>		<i>Por Santiago Hernández</i>	
— La radio sigue siendo el rey	122	— Como lobos	188
<i>Por Silvio Bolaño</i>		<i>Por Daniel Rivera</i>	

Espectadores, aficionados y fanáticos

Por **Pascual Gaviria**

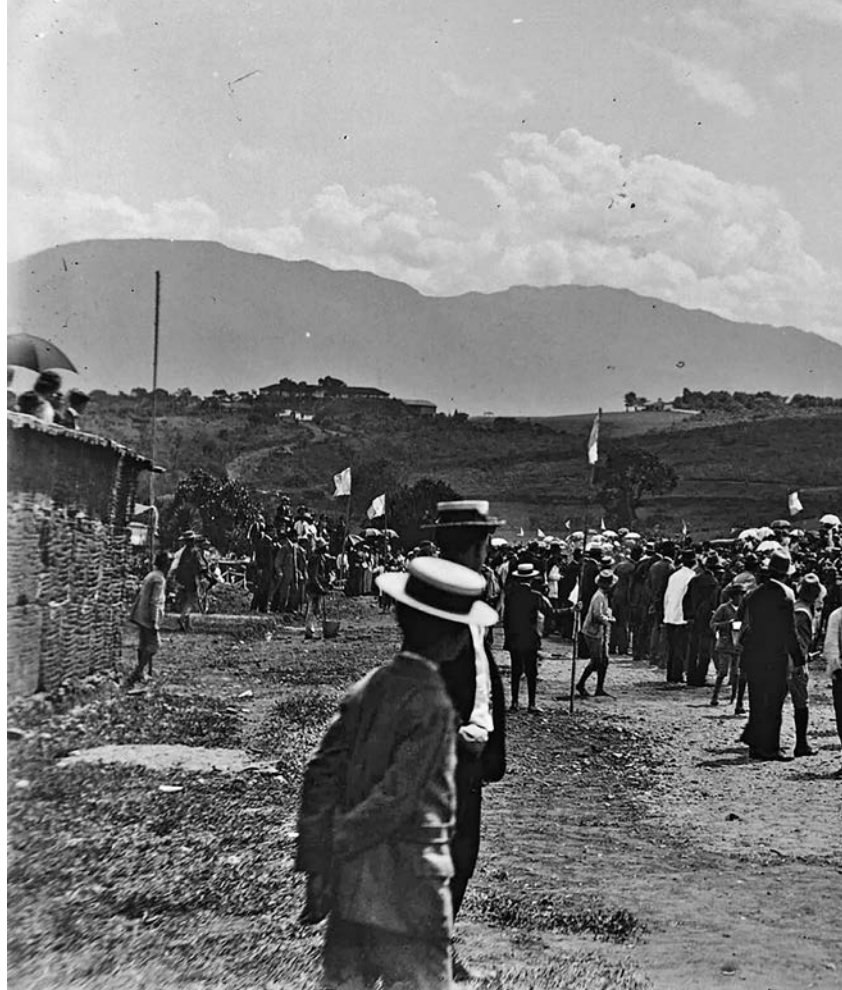
Ese rugido

que llega del estadio en la noche

El alma colectiva se desfoga.

José Manuel Arango

Nuestro fútbol es apenas un anciano venerable. Han pasado cien años desde que el club Bartolino, con jóvenes bogotanos entrenados por jesuitas, vino a Medellín a jugar contra el Sporting. Fue un 0-0 al que según el cronista de la época asistieron “el señor gobernador y sus secretarios, el jefe y oficiales del regimiento, los rectores de colegios y gran concurso de señoras y caballeros e inmenso pueblo”. Los ilustres no estaban solo en la tribuna, en la cancha formaron el hijo del Miguel Abadía Méndez, ministro de Gobierno; un sobrino del presidente José Vicente Concha y un nieto de



— Público en el Bosque de la Independencia, 1914.



Jorge Isaacs. A pesar del empate sin goles dice el cronista que “los aplausos y los vítores se prodigaron nutridos y entusiastas para ambas partes”. Ese testimonio nos demuestra que el fútbol se apreciaba como una especie de gimnasia en la que los veintidós participantes merecían aplausos. Quienes veían el juego todavía merecían el nombre de espectadores.

Con los años aparecerían los aficionados. El balón llegó a los barrios y ya no solo jugaban los ilustres. Se hablaba de estadios y no de mangas, y las alineaciones cambiaron los apellidos por los apodos. Un libro de Jesús María Burgos sobre deporte y arte taurino en Medellín recoge la formación de un equipo del barrio Majabe: Chimenea en el arco, Tres Morros y Cuerdo en la defensa y arriba los temibles Tachuela y Ñolí. Eran los años veinte y los vítores también comenzaban a cambiar, pasábamos de la “gimnasia” a un espectáculo populoso que podía confundirse con las corridas de toros o las carreras de caballos. Ya se apostaba y se elegían colores e ídolos de barrio. Valían los insultos y las indecencias que se condenaban a diario desde el púlpito. El fútbol comenzaba a ser un rito con reglas propias. Y crecían los feligreses.

En julio de 1944 se dio el primer bochinche en un juego. Ya existía federación y hacía unos años se había jugado el primer campeonato nacional. El estadio Los Libertadores había cumplido quince años con sus citas dominicales para el fútbol y la hípica. La crónica de la “tragedia” dice que había tres mil personas en las gradas y un ambiente listo para la primera chispa. Medellín no quiso enfrentar a Huracán y a falta de partido llegó el fuego a las tribunas de madera y el plomo de los policías. El juego se saldó con cinco muertos y quince heridos. Fue el bautizo de sangre para las tribunas en Medellín. No se trataba de rivalidades entre hinchas, solo de un domingo con algo de alcohol, algo de frustración y mucho de torpeza de los dueños de la taquilla. Habría podido pasar lo mismo si no pagan el premio de las carreras de caballos o se pierden las balotas de un bingo multitudinario. Los aficionados ya entendían del juego pero faltaban muchos años para el “loco por vos”.



Hinchas de antaño en el hipódromo Los Libertadores, 194?

Con la inauguración del Atanasio en 1953 se puede decir que nuestro fútbol cumplió su mayoría de edad. Las diferentes tribunas fueron forjando su carácter y el aforo completo en un día de clásico era el más fiel reflejo de la ciudad. Cerca del diez por ciento de los habitantes de Medellín asistieron al primer domingo de fútbol en el

Atanasio. El verde y el rojo marcaban la rivalidad en la "otra banda", un espacio de la ciudad que creció alentado con los alborotos del estadio. Si pensamos en el Atanasio como un personaje de la ciudad nos damos cuenta de que no alcanza siquiera la edad de jubilación. Pero es sin duda el viejo que más historias y aglomeraciones ha reunido.

Ir al estadio se convirtió entonces en un rito familiar. Al comienzo era más importante conocer la "obra monumental" y entrar caminando por el amplio "Campo de Marte" desde la calle Colombia hasta las puertas del "coloso". Los padres tenían el deber de llevar a sus hijos (era sobre todo un culto masculino) a esa especie de iniciación. Durante mucho tiempo, la imagen del niño tomado de la mano de su padre o su tío fue la postal preferida de los fotógrafos en las afueras del estadio. Las benditas canecas llenas de hielo y cerveza, atendidas por los venteros llegados desde La Iguaná, daban una recompensa merecida a los mayores que soportaban los rigores de la popular centro y las laterales. Para los niños estaba la visera con el escudo respectivo y la paleta. El estadio era también una pequeña caldera social, tal vez el único escenario para juntar la ciudad que normalmente vivía en sus compartimentos, y una delicia para el descubrimiento de especímenes de tribuna. Para los niños ir a fútbol era un bautizo de realidad.

El sol calcinante contra la Oriental es el primer recuerdo que tengo del Atanasio. Casi no podía ver la cancha y mi hermano intentaba hacer que me concentrara en el partido. Ese día quedó faltando la foto clásica a la entrada. No recuerdo el rival de Nacional ni el marcador, solo el sol y las paletas. Oriental era todavía la tribuna Centroamericana, inaugurada para los Juegos Centroamericanos del 78, y los venteros mi gran interés de la jornada. Los años ochenta trajeron

sin duda nuevas maneras de llegar al Atanasio y vivir los partidos. Comenzaba a declinar el “Y dale, y dale, y dale verde dale” y aparecía el “Veeerde, veeerde, veeerde”. Las mujeres ya no eran una extrañeza en las tribunas y cada vez más jóvenes encontraban la posibilidad de ir solos al estadio, y podían gritar e insultar sin la tutela de los acudientes. En mi caso, vi la final de la Libertadores del 89 en El Campín, ya no en compañía de mi hermano sino de mi hermana, y se hizo frecuente el paseo con amigos al Atanasio, a la misma tribuna Oriental y ojalá en la noche. Las banderas eran el santo y seña de la época y los tubos de PVC podían servir como botellas improvisadas para el guaro. Ya se veían algunos manchones de los llamados fanáticos, los espectadores habían desaparecido y los aficionados se contagiaban de un estadio que los narradores dirigían embelesados: “Silencio estadio, va a cobrarse yaaa”.

En 1985 Medellín vivió la Batalla de las Bandas, un concierto de grupos de metal y punk locales y nacionales en la plaza de toros La Macarena que mostró una barriada áspera de jóvenes que habían pasado inadvertidos por desprecio y desidia. Mucho de ese espíritu que terminó en pedreas contra la policía estuvo en los inicios de la Putería Roja en 1989 y del Escándalo Verde por esos mismos años. El fútbol fue también un pogo, un parche y un desfogue para un grupo creciente de jóvenes que buscaban una manera de agruparse y revelarse. Las barras locales encontraron sus cantos

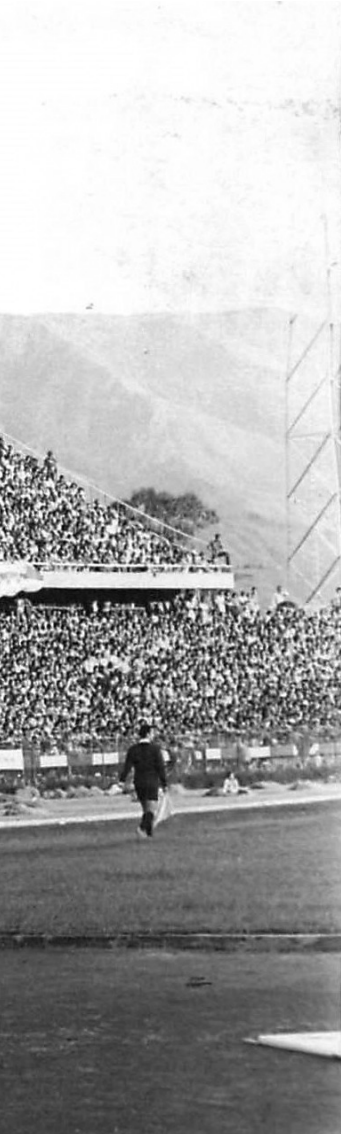


Con la afición también nacían las rivalidades y con ellas, las burlas.

y su estilo en el ejemplo de las barras argentinas. El juego en la cancha era el mismo pero los barrios marcaron las dinámicas propias. Las barras no escaparon a los problemas de la ciudad, y muchas veces sirvieron como parapeto frente a los poderes ilegales al tiempo que fueron usadas por esos mismos poderes. Las

letras del punk, el descontrol, la farra, el instinto de la horda, el aguante, los cantos fúnebres, la fiebre por un color, el pirateo en las carreteras cambiaron, para bien y para mal, la manera de ver fútbol en Medellín y en Colombia. Lo que parecía un juego de adolescentes se convirtió en una cultura compleja, una organización





con matices a la que algunos intentan definir como simple criminalidad y vandalismo.

Las barras en Medellín han resistido el embate de las mafias. Es tanto lo que se mueve alrededor del fútbol que los combos intentaron copar ese liderazgo como un medio de control y de ingresos. Pero después de unos años ya no todo era caos y las barras supieron defender su trabajo y su interés por lo que pasa en la cancha. Convertir una barra en una mafia, al estilo argentino, donde manejan parqueaderos en los alrededores del estadio, microtráfico, clientela para políticos oportunistas, jóvenes dispuestos para las vueltas más bravas, chantaje a jugadores y directivos parecía un asunto sencillo para quienes manejan combos en las ciudades. Las barras siguieron su propia lógica y han tenido los problemas de quienes juntan a ocho mil jóvenes dispuestos a mostrar su amor incondicional a una camiseta y a exhibir sus carencias de todo tipo. Con las barras llegó también un cambio demográfico a los estadios. Los grupos que bajan desde los barrios se convirtieron en los “acudientes” de muchos jóvenes para llegar al estadio, adolescentes y hasta niños cada vez reemplazaron más pronto al tío y al papá en ese viaje iniciático. La barra ocupó el lugar de la familia y la escena del niño de la mano de su tutor se cambió por el bus de descamisados que ondea una bandera en cada ventanilla.

Según el reciente Plan Decenal de Seguridad, Comodidad y Convivencia en el Fútbol 2014-2024, realizado por el gobierno con apoyo de la Dimayor, autoridades regionales y policía, en Colombia hay unos cincuenta mil jóvenes, la mayoría menores de edad, pertenecientes a

veinticinco barras de equipos de la A y la B. Esos son los más fieles asistentes a los estadios del país. El mismo informe dice que el 54 por ciento de los jóvenes entre 18 y 24 años asisten a los estadios en Colombia. Muy por encima de quienes compran boleta entre 25 y 39 años (41 por ciento) y de quienes alientan entre 40 y 54 años (36 por ciento). Cada año van a los estadios para ver partidos de la A cerca de tres millones de personas en Colombia, la gran mayoría son jóvenes entre 14 y 24 años. Y los aficionados seguimos la letra y la música de los fanáticos. Son los directores de esa banda de cada ocho días.

Entre narradores, comentaristas deportivos y algunos aficionados al fútbol por televisión se ha expandido una idea que pretende igualar a las barras con los combos delincuenciales. La generalización busca convertir el barrismo en un delito y aislar de cualquier contacto con la sociedad a los jóvenes que agitan sus trapos. Según el prejuicio ambiente las barras se deberían separar de los “hinchas decentes”, de los clubes y de las entidades públicas con una malla que corone una filosa serpentina de acero: “Confinar a los vándalos” es la consigna que se oye todos los fines de semana luego de que los noticieros repiten alguna escena de violencia entre hinchas. Integrarlas y no desterrarlas ha sido solución en algunas ciudades.

Alguna vez, viendo desde una de las laderas de la ciudad el Atanasio iluminado en una noche de fútbol, un hincha rojo me dijo que era hermosa esa “muela coca” en el occidente de la ciudad. Sí, algo de eso tiene el estadio, allí se cuecen dolores y espantos, pero así tiene que seguir siendo, no se puede extraer esa pieza ni taparla con una amalgama.★

— Lleno total en la tribuna Centroamericana, hoy Oriental Alta, 1978.



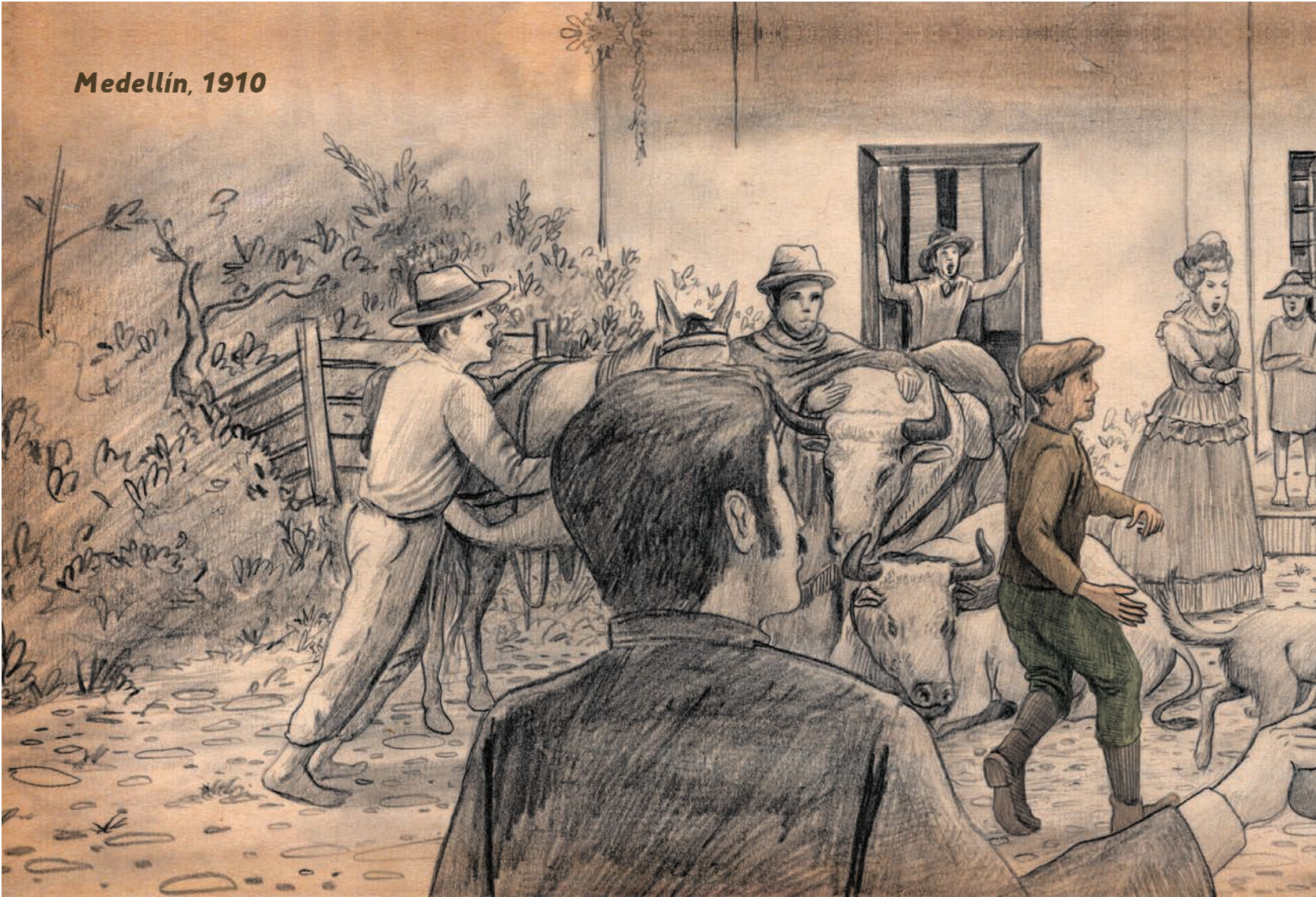
Medellin, 1876.

Una temperatura suave, una tertulia familiar, un chocolate espeso, un juego de baraja, un tabaco recién armado, tres avemarías y un padrenuestro cerraban la noche de la mayoría de los cuarenta mil habitantes de Medellín al comienzo de la década de 1890.

En este como "limbo de la monotonía", como fue descrito por el escritor Tomás Carrasquilla, casi todos los hombres amaron el trabajo por sobre todas las cosas y antes de que el sol iluminara el espléndido valle, estaban dispuestos a sacarle todos los frutos a la tierra. En las afueras de la naciente ciudad, tuvieron fincas fértiles donde cultivaban hortalizas y frutas. Muy cerca engordaban vacas, cerdos y gallinas. En el centro de la población construyeron casas, edificios, escuelas, colegios y universidad, paseos, museos, teatro, hoteles, bancos, talleres, almacenes, hospitales, plazas, parques y jardines.

Jorge Mario Betancur,
Moscas de todos los colores (2000)

Medellín, 1910





Rueda la bola

1910-1947

Por **Juan Manuel Uribe**

Cien años después de la Independencia llegó a Medellín un nuevo invasor: el fútbol. Vino en forma de pelota, una vejiga envuelta en una piel de cuero, tan pesada cuando se mojaba que ni el más temible cañonero de aquellos tiempos era capaz de levantarla con un golpe del empeine. La trajo Guillermo Moreno, un antioqueño de familia pudiente, comerciante, viajero, aventurero como todo buen arriero. Los primeros picados se llevaron a cabo en el Bosque de la Independencia y luego en la Manga de los Belgas. Armaban arcos con palos y piedras, y jugaban entre amigos. Los testigos eran simples parroquianos que, como atortolados, se quedaban con la boca abierta por ver a aquellos jóvenes de “buena pinta” corriendo detrás de una extraña esfera cosida como un zapato.

Así comenzó la historia del fútbol en la capital antioqueña. Y así dio inicio el recorrido del balón por

nuestras mangas, calles y canchas primerizas. La pelota cruzó el mar para ser amansada por jóvenes extranjeros que vivían en esta comarca, y luego pasó a los pies de antioqueños y migrantes internos, quienes le dieron un sello propio a ese novel deporte que ya se había convertido en epidemia en toda Europa.



Oficialmente el fútbol tuvo su origen en 1863, en Inglaterra, cuando se fundó la asociación de fútbol de ese país. Sin embargo, hay registros de juegos con pelota en diferentes partes del mundo, al menos cuatro siglos antes de que los ingleses lo formalizaran. En Suramérica llegó primero a Argentina, Brasil y Uruguay.



En la primera década del siglo XX en Medellín se jugaba en el Bosque de la Independencia, construido en homenaje al centenario del 20 de julio de 1810; la





construcción la autorizó el Concejo Municipal en 1913 y la Sociedad de Mejoras Públicas lo inauguró en 1915.



El primer equipo creado en Medellín, por iniciativa de los comerciantes suizos Juan Heiniger y Jorge Herzig, fue el Sporting en 1912 (el Barranquilla F.B.C., el primer conjunto de fútbol de Colombia, data del 4 de diciembre de 1909).



La creación del Medellín se registró el miércoles 21 de enero de 1914. Ese mismo año se pasó a jugar en la llamada Manga de los Belgas, situada donde estaba comenzando la construcción del Hospital San Vicente de Paul, y el nombre se debía a que ahí pastaban las mulas que arrastraban el tranvía de sangre de la empresa colombo-belga.



Hay documentos que registran un partido entre el Medellín y el Sporting, con triunfo de este último, el sábado 9 de mayo de 1914. También quedó registrada la revancha ante los *místeres*, calificada de inolvidable. Siete días después se hizo un partido de festejo por la visita del presidente de la república Carlos E. Restrepo.



En la Manga de los Belgas se jugó el domingo 29 de noviembre de 1914, a las cuatro de la tarde, el primer partido interdepartamental que se hizo en la ciudad. Se enfrentaron Bartolinos, equipo del colegio jesuita de San Bartolomé de Bogotá, y el Sporting criollo. Los bogotanos llegaron por tren, con transbordo de la estación El Limón a la de Santiago, pues todavía no existía el túnel de La Quiebra. El partido, olvidable según parece, se dirimió con un empate sin goles.

— La cancha de Miraflores, testigo del crecimiento del fútbol en Medellín, 1927. ¿Qué tal la pinta del árbitro?

★ ★ ★

En junio de 1915 los jesuitas compraron al empresario Coriolano Amador la finca Miraflores, en el barrio Buenos Aires. El 28 de mayo de 1916 estrenaron allí una cancha con un partido entre el Sporting y el Club Antioquia, primer equipo del colegio jesuita fundado en 1914.

★ ★ ★

Con la construcción del Hospital San Vicente de Paul la Manga de los Belgas cerró sus arcos y se pasó a jugar al frente, en el campo llamado El Carretero, de propiedad del Sporting (allí se edificaría la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia). Antonio Zapata, presidente del club Albión (1916), recibió una carta fechada en Montevideo el 10 de mayo de 1919 y firmada por el presidente de la Confederación Sudamericana de Fútbol, Héctor Rivadavia Gómez, que lo invitaba a afiliarse al fútbol colombiano a la Conmebol que ya contaba con Argentina, Uruguay, Brasil y Chile.

★ ★ ★

En septiembre de 1923 comenzó a jugarse la Copa Jiménez Jaramillo, organizada por la Gobernación de Antioquia, y por tanto bautizada con los apellidos del gobernador de entonces. Se jugó en la cancha El Carretero. Fueron seis los oncenos enfrentados: Peralonso, Colombia, El Trece, Star, ABC y Medellín. El ganador fue Medellín, cuyo uniforme era de franjas verticales carmelitas y blancas.

Miraflores - Campos de juego.



★ ★ ★

El primer intento de estadio fue una tribuna en la carrera Carabobo, llamada Estadium Municipal e inaugurada el 31 de agosto de 1924. Allí el Boyacá le ganó 1-0 al Nariño. La vida de ese sitio fue efímera. En 1924 se volvió a jugar la Copa Jiménez Jaramillo, sin la resonancia de la anterior y sin que la prensa reseñara los marcadores.



Partido en la cancha de Miraflores, 1926.

★ ★ ★

En 1925 el rector de la Universidad Nacional, Carlos Gutiérrez, donó una copa y con ella se disputó el torneo Gutiérrez. Jugaron Junín, Universidad de Antioquia, Ayacucho y San Ignacio. El jueves 25 de marzo de 1925 se jugó en Miraflores un partido que el Medellín le ganó al Star por 3-2.

★ ★ ★

El 24 de julio de 1925 un combinado de antioqueños, reunido a manera de selección local, derrotó 9-0 al visitante Colegio Ramírez de Bogotá. En 1927 vino una representación de Santa Marta y ese mismo año fue una de Medellín a Bogotá. Es evidente que había copas, partidos e intercambios, pero la prensa bajó la guardia a la información certera del fútbol en Medellín. Había pasado la novedad de los viajes y los enfrentamientos entre las escuadras.

★ ★ ★

En diciembre de 1928 y enero de 1929 se disputaron los Primeros Juegos Olímpicos Nacionales en Cali y el fútbol se jugó en el estadio Versailles. A la ciudad de Medellín la representó el Medellín F.B.C. Jorge Herzig fue el entrenador y llevó a jugadores como Carlos Congote, Arturo Echavarría, Cipriano Torres, Fabio Jiménez, Jesús Arriola, Alberto Molina, Diego Restrepo, Ignacio Arriola, Samuel Uribe Escobar (capitán), Pedro Justo Berrío y Jorge 'Imanao' Londoño. La final la ganó Santa Marta a Barranquilla 2-0.

★ ★ ★

Aquel Medellín F.B.C., conocido como de "los ricos", pues casi todos eran profesionales como el médico Samuel Uribe Escobar, se acabó en 1930, coincidiendo con la popularización del balompié, pues ya lo jugaban los llamados "artesanos", los ciudadanos que ejercían los oficios aprendidos con el trabajo diario: tenderos, zapateros,

albañiles, carpinteros. Esto hizo al fútbol el deporte más jugado y más visto en todas partes.



El 26 de octubre de 1929 se instaló la junta de Fedéfútbol, hoy Liga Antioqueña de Fútbol. Desde su creación, comenzó a jugar sus torneos en el hipódromo Los Libertadores, donde hoy está el barrio San Joaquín.



El primer partido en Los Libertadores se jugó el 24 de febrero de 1929, a las tres de la tarde, entre el Ciclista Lima Association y el ABC local. Ganaron los peruanos 9-0. Desde ahí empezó la fama de los peruanos en Medellín y en Colombia. Entraron por Barranquilla, navegaron por el Magdalena, de Puerto Berrío a Medellín, a Bogotá, a Cali y salieron por Buenaventura. En octubre de 1929 vino otro equipo peruano, el Chancay, le ganó al Junín 12-1 y al Medellín por 4-1. En julio de 1930 volvió el Ciclista Lima y le ganó al Deportivo por 4-0. Los equipos peruanos no volverían hasta 1941 cuando ya se habían curado las heridas el conflicto entre Colombia y Perú, que empezó cuando los peruanos invadieron Leticia el 1 de septiembre de 1932.



En 1926 Jesús María 'el Cura' Burgos creó en Niquitao un equipo con muchachos del sector, lo denominó Romano y le puso camiseta roja. Lo renombró Real Madrid y lo entró a la liga en 1930. En el 32 se ganó la segunda



Todo listo para el saque inicial en la Manga de los Belgas, 1927

categoría y al ascender a primera división en 1933 Burgos denominó a su equipo Medellín F.B.C., tomando el nombre que había quedado sin uso. En 1935 hay fotos del equipo con las franjas horizontales rojas y blancas, pero volvió al rojo completo que terminó por imponerse. Ese es el Medellín que llegaría a ser fundador de la Dimayor en Barranquilla el 26 de junio de 1948.



— Equipo Colombia, primer campeón de la primera categoría de la Liga Antioqueña de Fútbol, 1930.

★ ★ ★

El primer campeón de la Liga Antioqueña fue el Colombia, en 1930, seguido del Unión. En el 31 fue campeón el Deportivo y segundo el Colombia Junior. En el 32 ganó el Colombia y segundo el Colombia Junior. En el 33 ganó el Deportivo y subcampeón fue el Colombia Junior. En los tres años siguientes la Liga no realizó el torneo de primera.

Es por eso que en 1936 el Cura Burgos armó una larga gira nacional. Fue el último año de Burgos en el Medellín. Lo reemplazó Leo Hirsfeld, el entrenador alemán que dominó el torneo de la liga de 1937 a 1945, ganó ocho de los nueve campeonatos, solo perdió el de 1941 con Huracán y fue en el escritorio: Medellín no se presentó a la final como protesta por considerar injusta una sanción a su capitán, Alfonso Serna. Los últimos dos campeonatos antes del profesionalismo los ganó el Deportivo (el mismo que venía de 1930) y el Victoria, uno de los nuevos equipos del Cura Burgos.

★ ★ ★

La lista de jugadores de esa época es interesante y hubo *cracks* reconocidos como el portero Carlos Álvarez, José 'Mico' Zapata, Luis Patiño, cuyo apodo era famoso: el Bailarín Pirata; Gabriel Mejía, Julio 'Chonto' Gaviria, Alberto 'el General' Villa, los hermanos Echeverri (los Irras) y Jaime 'Manco' Gutiérrez. También era técnico de la liga Fernando Paternóster, quien había sido traído por la Asociación Colombiana de Fútbol, Adefútbol, para dirigir la selección de los I Juegos Bolivarianos de julio y agosto de 1938 en Bogotá.

★ ★ ★

El primer campeonato nacional de fútbol (fuera de los Juegos Nacionales), dirigido por la Adefútbol, se jugó en 1938 en Medellín, del 19 de noviembre al 4 de diciembre. Lo ganó Antioquia, con la base del Medellín F.B.C., ambos dirigidos por el entrenador alemán Leo



Campeones nacionales por primera vez. En aquella época se jugaba con cinco delanteros.

Hirsfeld. La final se la ganó Antioquia a Atlántico con marcador 2-0.

★ ★ ★

El 9 de julio de 1944 hubo un incidente que dejó dos muertos y numerosos heridos en el hipódromo Los Libertadores. Se iba a jugar el partido entre Medellín y Huracán, el clásico de entonces. El silbato Gilberto Piedrahíta llamó a los jugadores al campo. El Medellín salió completo pero Huracán solo salió con siete jugadores. El árbitro permitió que Manuel Marín anotara el gol para ganar por W.O. Luego Huracán, reforzado y completo, propuso jugar un partido amistoso, pero se creyó que sería oficial. Medellín se negó a jugar el partido. Hubo protestas, se exaltaron los ánimos, dañaron las tribunas de sol, los altoparlantes rodaron por el suelo y la policía comenzó a disparar. Fue el caos y se responsabilizó y detuvo al oficial encargado. El estadio se reabrió el 18 de septiembre con el partido que el Medellín le ganó 3-1 al Unión Indulana.

★ ★ ★

El hipódromo San Fernando fue inaugurado el 22 de febrero de 1942. Y Los Libertadores quedó solo para el fútbol hasta 1948 cuando fue vendido para la construcción del barrio San Joaquín. En 1944 se jugó un partido de fútbol en San Fernando entre antioqueños y samarios, pero no se volvió a hacer

hasta el profesionalismo, por lo “lejos” que quedaba del Centro de Medellín. Cuentan personas del fútbol como Humberto ‘Tucho’ Ortiz y Rodrigo Fonnegra que se llegaba caminando y la entrada era por debajo de cuerda para ver los partidos.



El equipo Unión, casaca roja y pantaloneta blanca, apareció en la liga en 1941. Al año siguiente ganó la segunda categoría y al ascender a primera se fusionó con el Indulana, equipo que le aportó el color negro. El nuevo nombre fue Unión Indulana, que jugó en primera los tres torneos de 1943 a 1945 y cuya casaca al principio fue verde al lado derecho y rojo al izquierdo. En 1946 se acabó la alianza entre los dos equipos y el Unión jugó con su viejo nombre, pero ya usaba la casaca verde y la pantaloneta granate.

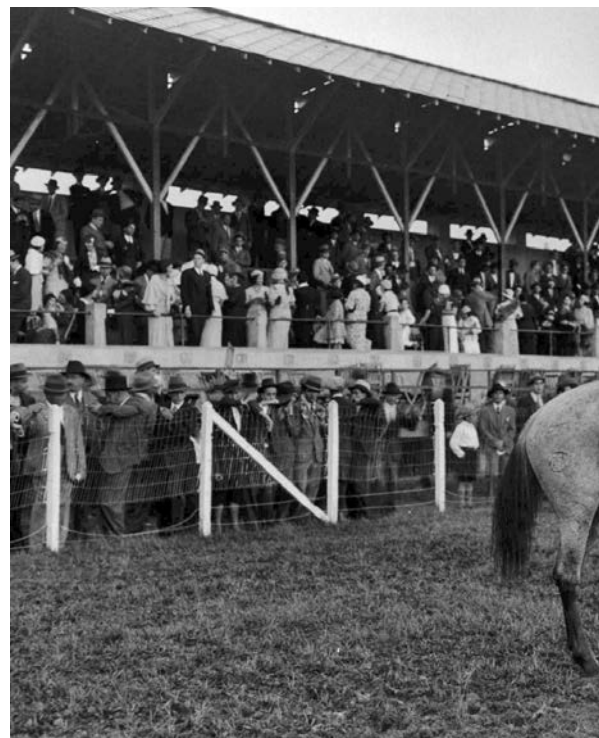


El 30 de abril de 1941 se fundó la sociedad del Atlético Municipal por la escritura pública número 2 100. La sociedad presidida por el ingeniero Alberto Villegas Lotero hizo una jugada maestra: para tener cupo de una vez en la primera división de la liga, les dijo a los jugadores del Unión que entraran a jugar para el Municipal con el pago de sueldos, es decir, profesionalmente. Y se incorporó al Municipal el uniforme verde y granate. ★

¡Salud, compadre... Salud, Carlitos!

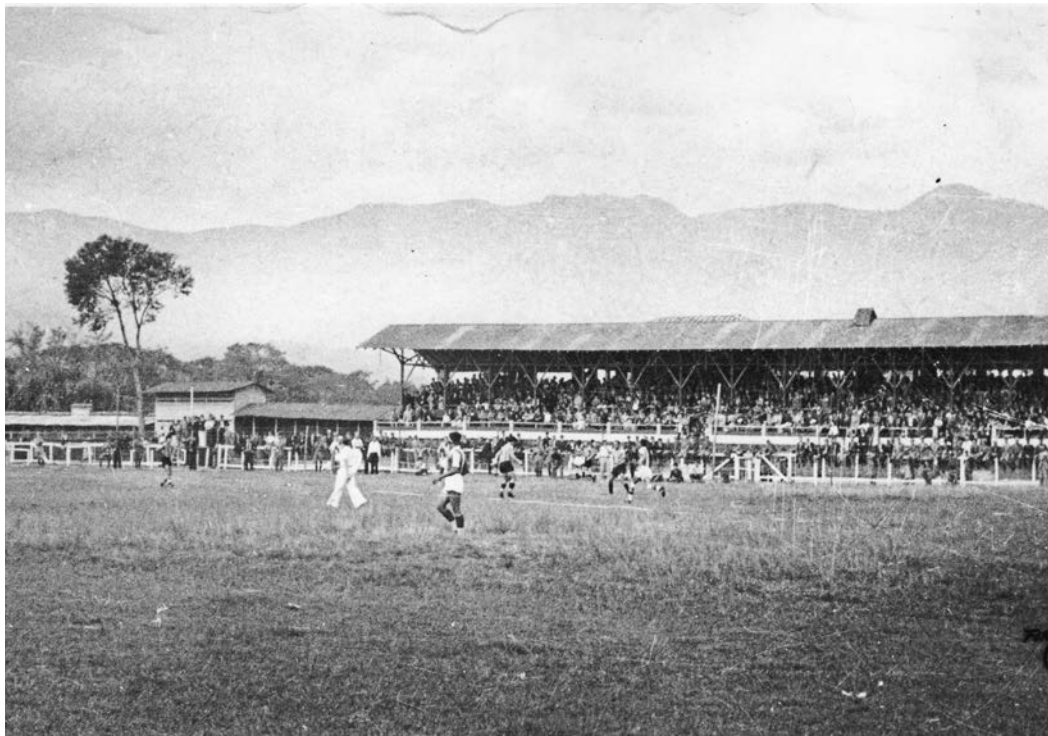
Cuenta el periodista Carlos Serna que el primer jugador que hizo en Medellín la publicidad de un producto fue el popular arquero antioqueño Carlos Álvarez, el más famoso en la década de los cuarenta y uno de los más representativos a nivel nacional. La compañía Cervecería Unión lo escogió para que anunciara uno de los productos estrella de esa época, la cerveza Pilsen. En la promoción publicitaria, el arquero aparecía tomándose una cerveza y el texto del anuncio decía: “Después de un partido de fútbol, el arquero Carlos Álvarez toma Pilsen, porque refresca y reanima”. No existía en la época esa discordia entre alcohol y deporte; todavía era posible practicar deportes, tomar alcohol y fumar cigarrillos.





Los Libertadores

La historia dice que un curita le cambió el nombre al barrio; que todos llamaban Los Libertadores a lo que hoy conocemos como San Joaquín. Dijo el sacerdote que la virgen le había dictado en sueños que el barrio debería llamarse como el abuelo del Niño Dios. Así, la manga cenagosa que reuniera a mediados del siglo XX a ricos y a pobres para ver correr a los mejores caballos y a los primeros futbolistas antioqueños, quedaría condenada al purgatorio de los archivos fotográficos, que al esculcarlos permiten ver la fuerza pagana que anima todo buen espectáculo.



Somos profesionales

1948-1975

Por **Juan Manuel Uribe**

Fut-Bol

Campeonato Nacional Profesional
Domingo 15 a las 9-15 am.
Estadio de
SAN FERNANDO

La mejor Cancha y las más cómodas Tribunas

ATLETICO MUNICIPAL vs. UNIVERSIDAD NACIONAL

En defensa de los colores de Antioquia
Dirige este encuentro el famoso
árbitro internacional

ELIAS COLO - TARA

PRECIOS

ENTRADA ESPECIAL	\$ 3.00
TRIBUNA	\$ 1.00
SOL	\$ 0.50

Division mayor del Fútbol Nat.

— Aviso de prensa que invitaba al primer partido profesional en Medellín, 1948.

Muchos jóvenes de la ciudad que llevaban años y años entrenando y compitiendo en cuanto manga encontraban pudieron decir, a partir de 1948, somos futbolistas profesionales. Ese año comenzaría el rentado profesional colombiano que se fortaleció muy rápidamente a raíz de la llegada de las grandes estrellas del fútbol argentino, que migraron hacia nuestro país en medio de las disputas entre la Asociación de Futbolistas Argentinos (AFA) y el general Juan Domingo Perón. Una época conocida como El Dorado, que todavía les hace decir a muchos que la mejor liga era la nuestra, que por aquí estuvieron los Messi y los Ronaldo de entonces —Di Stéfano y Pederneira—, que todo tiempo pasado fue mejor.



Medellín fue la ciudad que más equipos propuso para la fundación de la División Mayor del Fútbol Colombiano: el Medellín F.B.C., el Atlético Municipal, el Huracán y el Victoria harían parte de los trece clubes que se presentaron el 26 de junio de 1948 en la ciudad de Barranquilla. Sus representantes, en el mismo orden, eran Federico Khan, Jorge Osorio Cadavid, Arturo Torres y Jesús María 'el Cura' Burgos. De estos clubes, el único que no terminaría jugando el campeonato fue el Victoria.



El primer partido profesional en Antioquia se jugó el 15 de agosto de 1948 a las 9:30 de la mañana, en la cancha del hipódromo San Fernando, de Itagüí, donde hoy está la Plaza Mayorista. Como dicho horario les pareció

tempranero a los pocos aficionados de entonces, el siguiente encuentro se pactó para las 11:15 a.m. En aquellos años el fútbol era menos importante que las carreras de caballos, una pasión mucho más arraigada entre los medellinenses que apenas se acercaban al balompié como espectáculo.



Independiente Santa Fe se coronaría como el primer campeón de Colombia, por encima de Millonarios que era el gran favorito. Municipal ocupó el quinto puesto y Medellín fue el séptimo entre los diez participantes. El campeón solo perdió dos partidos, ambos como visitante ante los equipos de Medellín.



Entre 1949 y 1951 aparecería la Danza del Sol, calificativo que se le dio al Medellín de entonces a raíz del armonioso juego que desplegaba el equipo encabezado por dos peruanos que venían de triunfar en Argentina: Roberto 'Tito' Drago y Segundo 'Titina' Castillo. A pesar de los buenos resultados, las malas administraciones lo llevarían a desaparecer durante los torneos de 1952 y 1953. Pero en 1955 y 1957 el equipo rojo se convertiría otra vez en la sensación al coronarse campeón de la mano de estrellas como los argentinos José Vicente Greco y José Manuel 'el Charro' Moreno, quien fungía como jugador y técnico a la vez, y los colombianos Efraín 'Caimán' Sánchez, Jaime 'Manco' Gutiérrez, Hernando 'Canino' Caicedo y Leonel Montoya, entre otros.



El Atlético Nacional que ganó su primera estrella, 1954.

★ ★ ★

Según la escritura pública 4718 del 10 de julio de 1950, el Atlético Municipal pasa a llamarse Atlético Nacional. El odontólogo Jaime Correa Estrada, integrante de su junta directiva, propuso este nombre al

ver que ya había muchos jugadores que provenían de otras ciudades del país. Los resultados, lejos de acompañar al equipo en aquellos años, lo convertirían en el antirécord al ocupar ese año las últimas posiciones y perder en el siguiente 10-0 ante el Boca

Juniors de Cali, la mayor blanqueada en la historia del campeonato profesional colombiano.

★ ★ ★

El 19 de marzo de 1953 se inauguró el estadio Atanasio Girardot, cuya capacidad inicial ascendía a 31 mil



— Deportivo Independiente Medellín campeón 1955. El Charro Moreno no soltaba el balón.

espectadores. Para tal fin se organizó un cuadrangular internacional entre Atlético Nacional, Deportivo Cali, Alianza Lima y Fluminense, que ganó el equipo caleño. El partido preliminar lo jugaron la selección Antioquia y las reservas del América de Cali, en el que Rodrigo Ospina, trece veces

seleccionado por Antioquia, y quien nunca quiso convertirse en profesional, anotó el primer gol en el Atanasio.

★ ★ ★

En 1954, Nacional se coronó campeón por primera vez bajo las órdenes de Fernando Paternoster, subcampeón

del mundo en 1930 con Argentina. Entre los jugadores se destacó su primer gran ídolo, Humberto 'Turrón' Álvarez. De los dieciocho partidos que jugó ese año, Nacional solo perdió uno contra Boca Juniors de Cali, empató tres y ganó los catorce restantes.



La pasarela del balón

El 19 de marzo de 1941 se inauguró el estadio municipal de Medellín, más conocido como el Hipódromo de San Fernando. Relata el periodista Carlos Serna que el hipódromo tenía

seis bares y orquesta de cámara que tocaba los domingos todo el día mientras la gente veía fútbol. Las mujeres iban elegantemente vestidas; las fotos y las descripciones de la época nos muestran a mujeres con



pavas, pañoletas, guantes. Sobresalía una asistencia femenina importante; la explicación era clara: los hombres les generaban cierto atractivo, entre otras cosas porque había mucho extranjero que les

despertaba especial interés. Los futbolistas argentinos que llegaron en masa en la década de los cuarenta se convirtieron en un suceso social y cultural para Colombia: los gauchos se constituyeron en los grandes



caballeros que asistían a las fiestas sociales y bailaban con las señoritas prestantes del Medellín de la época.



— Victor Krisconas Vitatus, arquero lituano que militaba en el Once Caldas, disfrutando un tinto en el entretiempo.

★ ★ ★

Tras ganar el campeonato del 57, los dueños del Medellín anunciaron que no jugarían el torneo del siguiente año por falta de plata, una situación que se replicaba en las toldas verdolagas. Ante la grave situación, Humberto 'Turrón' Álvarez, el técnico Ricardo 'Tanque' Ruiz y Hernán Escobar Echeverri promovieron una gran idea: asociarse mediante la creación de una natillera. Gracias a esto, los jugadores recibieron el dinero de las taquillas y asumieron algunos gastos administrativos y la ficha del club. Como algunos jugadores los aportó el Medellín, aparecía entonces el Independiente Nacional, un equipo que competiría durante tres años en una especie de alianza improvisada. El Turrón Álvarez, uno de los mejores futbolistas colombianos de la historia, resumió aquellos días al decir una y otra vez ante los medios: "Hemos sido los únicos profesionales que pagamos por jugar".

★ ★ ★

Desde la creación del rentado profesional colombiano y hasta finales de la década del setenta, la ruta que solían seguir los jóvenes que aspiraban a ser profesionales se iniciaba en los barrios, con los equipos de los amigos, para jugar luego en los torneos que disputaban las fábricas en los denominados sábados del

fútbol aficionado. Empresas como Apolo, Pilsen, Hacceb, Calzado Ger, Fabricato, Vicuña, Everfit, Tejicóndor y Coltejer se convirtieron en proveedores importantes para los equipos profesionales de la ciudad; e incluso, en muchas ocasiones les ofrecían a sus jugadores mayor estabilidad y mejores condiciones laborales que los mismos clubes profesionales.

★ ★ ★

En 1960 nace la Copa de Campeones, torneo internacional que cinco años más tarde pasaría a llamarse Copa Libertadores de América. Al principio solo clasificaban los campeones de cada país, pero luego incluyeron a los subcampeones. El primer subcampeón colombiano en obtener ese cupo fue el DIM, a finales del 66, luego de empatar a cuatro goles con Santa Fe en el Campín en un partido de infarto que definía el título. El rojo debutó en Libertadores en Bogotá al año siguiente, el 19 de febrero, contra Santa Fe y perdió 2-0. La misma dosis le aplicó el Racing argentino en el primer partido de Copa Libertadores que se disputó en el Atanasio Girardot. De los veintidós jugadores en cancha ese día, diecisiete eran argentinos. El jugador criollo tenía calidad pero no jugaba mucho, vendía más la pinta y el acento de los extranjeros.

★ ★ ★

En 1972 se inauguró el edificio Coltejer en Medellín. Ese mismo año Atlético Nacional debutó en Copa Libertadores después de quedar subcampeón el año anterior, detrás del rojo capitalino. Su primer juego fue en Bogotá, 1-1 con Santa Fe con gol de Gerardo 'el Alemán' Moncada. La hinchada vio debutar al verde en su estadio enfrentando al Independiente de Avellaneda, que ese año ganaría la primera de cuatro Copa Libertadores en seguidilla. Nacional iba ganando 1-0 pero el rojo argentino empató a cinco minutos del final. Los verdolagas quedaron últimos del grupo en el que también estaban los canallas de Rosario Central.

★ ★ ★

En 1973 Atlético Nacional volvería a coronarse campeón después de 19 años, la sequía más grande que ha vivido a lo largo de su historia. Un equipo que tenía entre sus integrantes a los célebres Raúl Navarro, Francisco Maturana, Jorge Hugo Fernández, Tito Gómez y Hugo Horacio Lóndero, entre otros. El campeonato que marcaría para muchos el inicio de una senda que ha convertido a Atlético Nacional en uno de los equipos más importantes de Colombia y Suramérica. ★

Un charro bravo para la noche

Sin lugar a dudas, José Manuel Moreno, el Charro, aunque argentino de pura cepa, es el mejor futbolista que ha pasado en toda su historia por el Deportivo Independiente Medellín. Moreno integró la mejor delantera de la historia de River Plate, años 40, conocida como "la maquinita": Félix Lostau, Ángel Labruna, Adolfo Pedernera, Juan Carlos Muñoz y José Manuel Moreno, quien jugaba de "entreaña", como se llamaba entonces al interior, o sea el delantero que acompañaba al goleador. Moreno llegó al Poderoso en 1955, cuando ya bordeaba los 40 años, luego de actuar en su país, en Chile y en México. José Manuel no solo combinaba su condición de técnico y jugador, sino que además mezclaba su práctica del fútbol con la vida bohemia en la ciudad de Medellín. Moreno se convirtió en mito al figurar como un hombre capaz de pasar la noche en la llamada zona de tolerancia de la ciudad y luego, en la mañana, después de calmar el guayabo, irse para el estadio a jugar o a jugar y dirigir.



Humberto 'Turrón' Álvarez

Considerado el primer gran ídolo de la historia de Atlético Nacional, fue el capitán del equipo campeón en 1954. Jugó con los verdes durante más de diez años, en los que anotó casi cien goles, una cifra que no logra sintetizar los elogios de quienes lo vieron descuadrar una defensa con la mirada, apilar rivales en un costado de la cancha o cambiar de frente con la precisión de un jugador europeo. No en vano lo llamaron adelantado, y muchos dicen que si hubiera aceptado las ofertas que le hicieron desde España e Italia, las panelitas de leche y coco que motivaron su apodo cuando aún era un niño, hoy se venderían mucho más.



COMO FUERON LOS GOLES

POR RAMON V.

No había noticieros deportivos ni tampoco resúmenes con los goles de la jornada. La televisión transmitía a lo sumo la final del campeonato y uno que otro partido cuando se le consideraba de interés público. Durante las tres primeras décadas del rentado profesional colombiano, la tarea de contar cómo había sido cada gol en Colombia era un asunto de los ilustradores de las revistas deportivas, quienes traducían el grito sagrado del fútbol, acaso la palabra más coreada en el mundo, en una especie de historieta que todos los lectores ansiaban leer al día siguiente, para activar el más agradable de los *déjà vu*.



El 1-0. Anotación de Harvey Colonia a los 24 minutos del primer tiempo. Pelota que entregó Jiménez en profundidad para el piloto americano. Se le fue a Casalli (2) y cuando intentó Osorio (3) el cruce, tiró con la derecha. Vélez quedó parado.



El 2-0. Gran jugada de Gatti quien habilitó a Perfecto Rodríguez sobre la derecha. Este burló a Valderrama, hizo un "pique" de 10 metros y doblégó a Solís con un tiro bien colocado.



El 3-2. Sobre los 40 minutos, Medellín fue en ventaja. Rodríguez y Gatti trabajaron la pelota para que Aceros (7) tirara con la derecha muy cerca a la valla de Solís. DIM parecía ganador.



El 2-1. "Pared" que inició y terminó Quarentinha con Cunha. El número 10 pateó violento de zurda y dejó sin chance a Sierra. Fue un auténtico golazo del crack brasileiro.



El 3-3. Aquí se ganó Magdalena el punto. Un gol bien trabajado por la delantera que terminó con el shot de Cunha cuando apenas faltaban dos minutos para terminar el partido. Así terminó este choque extraordinario.

MIÉRCOLES 18 DE MARZO DE 1953



Estadio ATANASIO GIRARDOT

LA ALCALDIA DE MEDELLIN

Se cumplió en afanos a gaita el Estadio Atanasio Girardot, uno de los mayores en obras de la gestión administrativa del Municipio y de su afán por el mejoramiento de las condiciones generales de la raza. Igualmente levanta a todos los colombianos a los actos de inauguración que se celebran a partir del 19 de Marzo próximo, con el desarrollo del cuadrángulo de: 'Nacional', 'Alianza Lima', 'Deportivo Cali', 'Fluminense', 'Brasil', 'Perú' y 'Colombia', y al lucero de campeones del sistema nacional.

Inauguración
marzo 19-53

1.- Preferencia numerada	\$ 10.00
2.- Preferencia Su	\$ 5.00
2.- Preferencia Nueva	\$ 5.00
3.- Tribuna AEA	\$ 4.00
4.- General	\$ 1.00



UN ORGULLO DEL DEPORTE NACIONAL
GRAN CUADRANGULAR: 'NACIONAL', 'ALIANZA LIMA', 'DEPORTIVO CALI' Y 'FLUMINENSE'

Nave y hormiguero

Por **Juan Carlos Orrego**

El estadio sembrado en el cruce de la calle Pichincha y la carrera 74, en Medellín, ha acabado por ser la razón de la inmortalidad de Atanasio Girardot. Los maestros de escuela, enemigos personales de la buena memoria, ya no difunden en sus cursos la noticia de que el coronel antioqueño murió envuelto en la bandera tricolor en el cerro venezolano de Bárbula, mientras cuidaba la retaguardia de Simón Bolívar en la Campaña Admirable, el 30 de septiembre de 1813.

Para fortuna de la memoria del prócer, un proyecto de 1937 aprobó la construcción del estadio que habría de llevar su nombre. Los terrenos se adquirieron en 1946 y la inauguración del estadio tuvo lugar el 19 de marzo de 1953, día de San José Obrero. La profanación se perpetró con un empate a dos goles entre Atlético Nacional y Alianza Lima. El escenario que se estrenó era un óvalo bajo de graderías completas, con dos pisos en la parte occidental, el más alto de ellos con techo para burlar el sol y la lluvia. De acuerdo con la prensa de la época, más de treinta mil personas se hicieron presentes, y aunque el sobrecupo debió ser evidente, "no se registraron incidentes de ninguna clase". Una foto deja ver la mole en la mitad de una manga romboidal surcada por lo que parecen las aristas de un diamante; las obras del colegio San Ignacio en construcción, en el lote que habría de ser la esquina nororiental de la calle Colombia con la carrera 70, parecen tomar distancia, como quien ve posarse una nave interplanetaria.

Varias razones autorizan el símil entre el estadio y la nave. Una es que ambas son armazones extrañas y siniestras: por lo menos así sucede con el estadio la mayor parte del tiempo —cinco o seis días a la semana—, mientras permanece vacío y silencioso, con miles de sillas con agua recogida en sus concavidades, una manga gigante sin rebaño que la recorra y decenas de cabinas desiertas como las vitrinas de un comercio caído en desgracia. Es una ilusión de románticos aquello de que el estadio es como un templo: no hay tal. En el templo vacío se está a gusto, con la comodidad de ser recibido por Dios en una entrevista personal. En el estadio cerrado se siente uno entre fantasmas, de modo que nada resulta tan entrañable como cuando los vivos acuden a la cita: como el 18 de junio de 2003, día

superlativo en que se juntaron 53 225 personas para ver jugar al DIM contra Santos en la semifinal de la Copa Libertadores de América.

No es solo la masa de *rara avis* del Atanasio Girardot lo que sugiere compararlo con una máquina de mundos remotos: también cuenta su desdoblarse, en el tiempo, a manera de módulo espacial. Del redondel original —con su giba solitaria hacia el lado del ocaso— surgió, en 1976, una gigantesca ala de graderías en el oriente, completándose así la forma básica de la nave y acercándose el aforo del estadio a los cuarenta mil espectadores. Después, entre 1989 y 1990, dos paneles de tribunas se levantaron al norte y al sur y completaron la forma de tazón de una antena satelital. Hace cinco años el glamur del Mundial Juvenil de Fútbol encendió luces

rutilantes en las tribunas, revistiendo el cemento con silletería policroma. El día menos pensado, el techo del occidente se duplicará como si se tratara de los élitros de un colosal escarabajo mecánico.

Conozco personalmente la mitad de la historia del Atanasio Girardot, esto es, desde 1983. La mole tenía treinta años cuando crucé su umbral por primera vez, y han pasado ya más de treinta años desde aquel día memorable, cuando Medellín le ganó 2-0 al Quindío con goles de Carlos 'la Fiera' Gutiérrez y el peruano Jorge Olaechea. Sin embargo, tan fresco como el recuerdo de esos goles —así como de un penalti atajado por Carlos Alfredo Gay, nuestro arquero, en la portería norte—, conservo el de mi primera impresión al saberme en las entrañas del estadio: voy subiendo con mi hermano y

— El sueño comenzaba a hacerse realidad.



— Las tribunas empezaban a vislumbrarse.



un tío materno por las escaleras internas de la tribuna Oriental, por el recodo extra que hay que salvar para asomar por la boca del graderío; esa extraña parte del estadio —exclusiva de Oriental— en que se avanza por entre una cerrazón de muros, sin ventanas ni vanos que regalen una mínima imagen del exterior, bajo un techo de escalones invertidos que, en la edad más tierna y sin la debida tutela de un adulto, cualquiera podría tomar por la pared interna de una gigantesca caja torácica.

En 1989 conocí los intestinos terrosos, en los partidos nocturnos aderezados con los goles de Jorge Daniel Jara y Carlos Castro. Fue cuando se amplió la tribuna Oriental —que hasta entonces, como cualquier puntero enjundioso, llegaba hasta la raya final del campo, sin alcanzar la postrera zona de traslado— y se construyeron los segundos pisos de las tribunas Norte y Sur, rebasándose por fin la capacidad de los cincuenta mil hinchas. Se entraba al estadio por una especie de socavón de mina, a través de una maroma de albañilería en madera y sobre un lodazal; al final del túnel arrancaban las escaleras, y a su término, por la boca de las gradas, se colaba una luz que parecía más rutilante justo porque el paso por el inframundo hacía olvidar que se estaba en un estadio. De ahí que el tránsito de las escaleras a la superficie de la gradería —ese último paso trascendental que nos lleva de un mundo a otro— se hiciera más sobrecogedor de lo que suele ser.



Una nave aterriza en Otrabanda, 1952.

Poco después, durante mi año de forzosa militancia en una barra alborotadora y saltarina de principios de los noventa, supe de los movimientos del monstruo. Aunque ya tenía vagas noticias del temblor que había sacudido el hormigón de las tribunas durante los tumultuosos partidos de Nacional en la Copa Libertadores de 1989, otra cosa fue sentir semejante fiebre arquitectónica bajo mis pies. Era como si un gigante dormido

intentara despertar, sin acabar de hacerlo del todo, bajo el ataque más o menos inocente de miles de enanos. Si a la insignificancia humana le fuera dado vencer sus férreos límites y hubiera logrado, aquella vez, irritar de verdad al coloso, el Atanasio Girardot se hubiera levantado de su nido de árboles para andar por Medellín, tumbando edificios y averiando calles pero albergando en su seno, amoroso, la bullaranga de algún partido



Damas de Medellín y jugadores del equipo Alianza Lima en el desfile inaugural del estadio Atanasio Girardot.

copero de 1989 o los cincuenta mil devotos que vieron al DIM ganarle por la mínima diferencia a Millonarios, el 12 de agosto de 1990; habría sido como si a la ciudad la pisoteara una de esas máquinas AT-AT de la Guerra de las Galaxias, o el Castillo Ambulante de la película en *anime* dirigida por Hayao Miyazaki.

Al final, tanta ensoñación con el enorme edificio solo conduce a un hecho tan maravilloso como

sencillo: la realidad última de las hormigas que lo colonizan. En el estadio, como en muy pocas partes, se verifica perfectamente aquella verdad trillada —con tufillo de consigna política— de que la unión hace la fuerza. Desde el barrio Belén —donde viví hasta los veintitantos años— escuché decenas de goles, entonados a treinta cuerdas de distancia por miles de gargantas anónimas. La primera vez que oí esa explosión fue en 1987, con

motivo de un gol de León Fernando Villa en un partido de Nacional contra Santa Fe, en el octogonal de ese año. Yo me distraía en casa, atisbando pájaros desde la terraza, cuando sentí la caída de esa bomba de entusiasmo; las aves, turbadas, se miraron unas a otras. En el año 2001, cuando el azar conyugal me llevó a vivir en el barrio Santa Lucía, a menos de diez cuerdas del Atanasio Girardot, los gritos de gol de Nacional se me hicieron tan cotidianos —los miércoles y los domingos— como el silbido de la olla de presión o los chillidos estridentes del despertador. De más está decir que, cada vez que juega el DIM, yo soy una entre las hormigas gritonas.

Así como el símil del estadio como nave varada, tampoco carece de justificación el que lo ve como un hormiguero; concretamente, como un hormiguero que convoca a sus habitantes. Cualquier estadio ejerce esa fascinación para todo aquel parroquiano que haya decidido entregarse a su rutina, pero mucho más el Atanasio Girardot: muellemente tendido en la llanura —el verso es de Gregorio Gutiérrez González—, se lo avista desde todo el redondel montañoso del valle de Aburrá y se siente el deseo imperioso de ir hasta él. Las noches de fútbol, recubierto por un halo de potentes luces blancas, su zumbido de reclamo es especialmente poderoso. Si, por una contingencia maldita, se ha dejado de ir a un partido del equipo amado, ver el estadio alumbrando a la distancia se hace particularmente penoso. El precio de ser hormiga es estar con las demás.



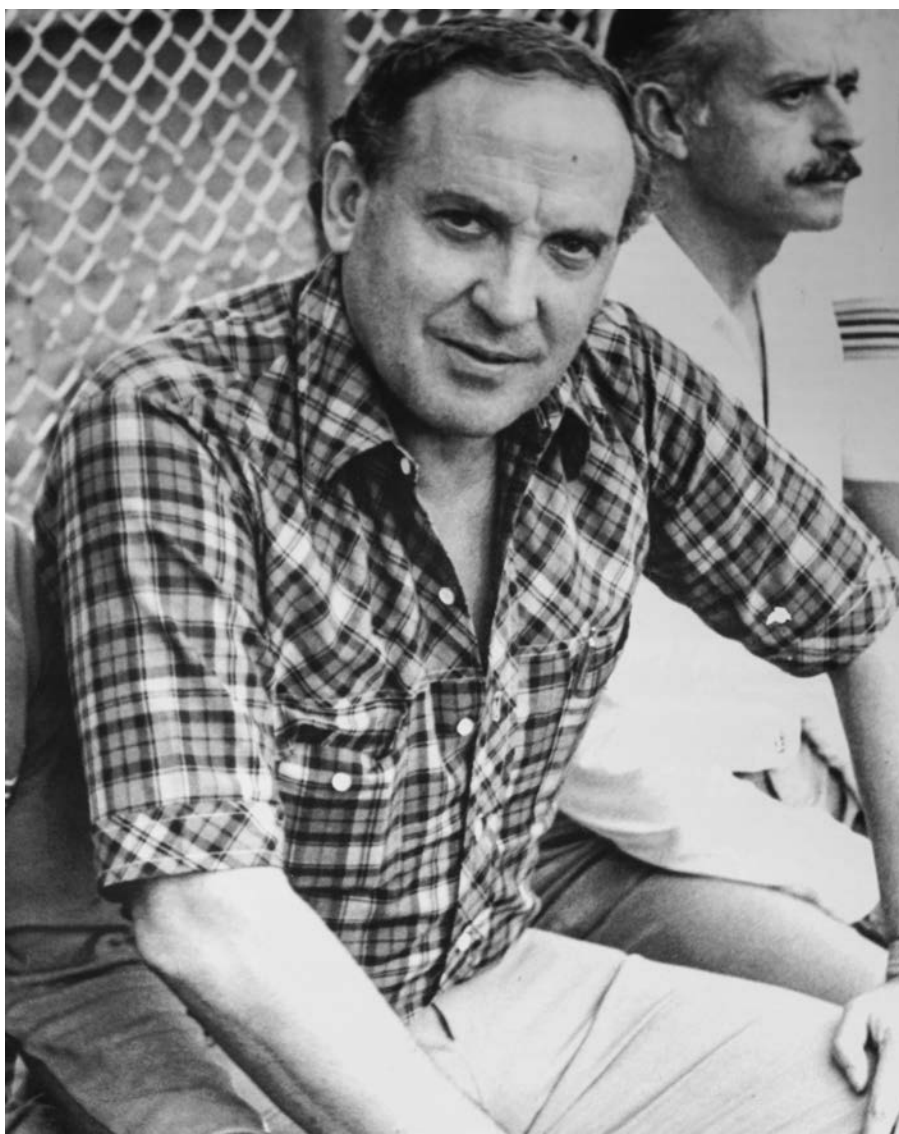
La ciudad estrena su estadio, 1953.

A los pies del estadio, entre los ríos de hinchas, gentes de la radio y la televisión, revendedores de boletas, noveleros extraviados y ventorrillos de cerveza y carne frita a lo largo de todo un torneo, lo grandioso y lo vulgar logran su equilibrio. Con naturalidad, la nave abre las puertas a sus tripulantes; el hormiguero recibe a sus hormigas, Gulliver es pisado por los

liliputienses, el arca alberga a sus animales ruidosos. En esos días de pesado tráfico humano por los pasillos internos y las bocas de las tribunas, el nombre del escenario no se antoja extravagante ni viciado por el excesivo romanticismo histórico: al fin y al cabo, los hinchas van hacia la cima de su Bárbula con la bandera en mano.★

Creció Medellín,
creció el Atanasio.





Tenemos equipo 1976-2000

Por **Juan Manuel Uribe**

La historia de Colombia dice que entre 1976 y 2000 el país vivió una de sus etapas más oscuras. El M-19 se tomó el Palacio de Justicia, el municipio de Armero desapareció tras una avalancha, las Farc dejaron plantado al presidente Andrés Pastrana en un proceso de paz que nunca funcionó; y en medio de todo esto, miles de colombianos caían por cuenta de las bombas y otros

— El maestro Oswaldo Juan Zubeldía.

ataques armados, en un país que se aferraba a la nueva constitución de 1991 para soltarse un poco de la violencia impuesta por los grandes capos de la droga. Unos terribles personajes que entre muchos ámbitos también lograron permear el fútbol profesional colombiano. Un deporte que se consolidaría durante este periodo gracias a que la selección Colombia clasificó a los mundiales de Italia 90, Estados Unidos 94 y Francia 98.

★ ★ ★

Oswaldo Juan Zubeldía llegó a Medellín el 2 de agosto de 1976. Para muchos, el fútbol colombiano viviría desde entonces un antes y un después. Los entrenamientos a doble jornada, la alimentación balanceada, hablarles a los jugadores de lo importante que era ahorrar en medio de una carrera tan corta y, sobre todo, convencerlos de que no tenían nada que envidiarles a sus colegas extranjeros fueron los principales aportes de un técnico que venía avalado por sus triunfos con Estudiantes de La Plata: tres títulos en Copa Libertadores y la Copa Intercontinental al derrotar nada menos que al Manchester United en 1971.

★ ★ ★

Zubeldía salió campeón con Atlético Nacional en 1976 y 1981. Y aunque en los últimos años que dirigió en Argentina muchos criticaron sus estrategias, al punto

de considerarlo el creador del antifútbol por las manías que empleaban sus equipos, su paso por Colombia fue, al contrario, sinónimo de juego ordenado y buen ataque; soportado, además, en jóvenes jugadores que, gracias a sus enseñanzas y a la confianza que les demostró, se convertirían en los grandes referentes del fútbol colombiano durante los años ochenta. Hernán Darío Herrera, Pedro Sarmiento, Juan Jairo Galeano, Norberto Peluffo, Víctor Luna, Eduardo Vilarete, Jorge Porras, Iván Darío Castañeda, Carlos Ricaurte, entre otros jugadores colombianos, ramados a los argentinos Hugo Horacio Lóndero y Raúl Navarro, y los peruanos Guillermo La Rosa y el inigualable César Cueto, son apenas algunos de los tantos nombres que potenciara el gran maestro Zubeldía.

★ ★ ★

Hernán Botero, uno de los dirigentes más importantes en la historia de Atlético Nacional, fue quien lo llamó. "Arreglamos en quince minutos", dijo al describir el proceso de contratación. Unos días después lo buscó Alex Gorayeb, el presidente del Deportivo Cali, quien según las malas lenguas le ofreció más dinero, pero Zubeldía mantuvo su palabra. Botero y Zubeldía formarían una de las duplas más sobresalientes en la historia del fútbol colombiano. Botero siempre dijo

que trabajaba para Nacional 24 horas al día, 365 días al año; y Zubeldía anunciaría, unos meses antes de salir campeón en 1981, que tan solo se iría al dejar al equipo en lo más alto. En efecto, el 17 de enero de 1982, unos días después de haber dado la vuelta olímpica, moriría de un infarto mientras sellaba una apuesta hípica, su otra pasión, en un local del pasaje La Bastilla.

★ ★ ★

Durante los últimos años de los setenta y los primeros del ochenta, el Deportivo Independiente Medellín viviría, por su parte, una de las etapas más opacas de su historia, a tal punto que llegó a ser colero en 1978 y 1981. Su resurgir llegaría en 1983 de la mano del uruguayo Julio Avelino Comesaña, quien, además de clasificarlo varias veces al octogonal y obtener el tercer puesto en 1984, lograría consolidar un grupo de jugadores que paradójicamente escribiría años después varias de las páginas más gloriosas de su rival de patio, e incluso de la selección Colombia. Nombres como Leonel Álvarez, León Fernando Villa, Luis Fernando 'Chonto' Herrera, Luis Carlos Perea, Jaime 'Jimmy' Arango y Gildardo Gómez pudieron brillar muy poco en el equipo rojo, pues muy pronto fueron fichados por los verdolagas, cuando todavía los traspasos entre ambos equipos no generaban los vetos de hoy por parte de los fanáticos.



El Poderoso DIM, 1984.



En julio de 1978 se realizaron en Medellín los XIII Juegos Centroamericanos y del Caribe, que ganó Cuba, el país que para sorpresa de todos también resultó campeón en fútbol. La selección Colombia fue descalificada por incluir jugadores profesionales como Luis Fernando López, Pedro Sarmiento y Hernán Darío Herrera. De estos juegos, a la ciudad le quedaron, entre

otras obras, la ampliación del estadio Atanasio Girardot con la construcción de la tribuna Oriental Alta, y la urbanización Tricentenario que sirvió como villa olímpica para alojar a los deportistas.



Aunque en los setentas la Fifa le concedió a Colombia la organización del mundial del 86, Belisario Betancur, presidente entre 1982 y 1986, decía que el país se

abstendría de realizarlo, lo que convirtió a Colombia en el único país que hasta hoy ha rechazado semejante designación. Según sus argumentos, el gobierno destinaría los recursos requeridos para la adecuación y construcción de los estadios a salud y educación. Del sueño mundialista solo quedarían unas imágenes que lo promovían, algunos sellos postales y el estadio Metropolitano de Barranquilla, sede por naturaleza de la selección Colombia.



En 1986, el presidente de Atlético Nacional era Alberto Builes. Los malos resultados de los años anteriores lo llevaron a proponer el criollismo para el equipo verde. Una fórmula que alcanzaría su máximo esplendor tras la llegada de Francisco Maturana como técnico, quien ya había demostrado ser capaz de lograr que sus equipos desplegaran un juego vistoso y eficaz al estrenarse como estrategia del Once Caldas, un año antes. La Copa Libertadores de 1989 y el regreso de Colombia a un mundial después de 28 años lo convertirían en uno de los estrategias más importantes en la historia de nuestro balompié. Después de Italia 90 Colombia pasaría de importar a exportar jugadores.



La noche del 15 de noviembre de 1989 fue asesinado el árbitro bolivarenses Álvaro Ortega, designado como juez de línea del partido entre Medellín y América. Los asesinos se llenaron de rabia por el gol que el juez le

había anulado al DIM unas semanas antes, cuando enfrentaba al mismo rival en el estadio Pascual Guerrero en un partido que perdieron injustamente los rojos paisas 3-2. Con la muerte de Ortega se suspendió el campeonato de ese año.



A comienzos del noventa, el Medellín de Jaime Rodríguez les había devuelto la fe a sus hinchas. Bajo sus indicaciones, una nueva camada de jóvenes jugadores se convertiría en referente de la hinchada escarlata. Un equipo que nunca se cansó de jugar bien a pesar de no obtener ningún título. Óscar Pareja, Héctor Mario Botero, John Wilmar 'la Pelusa' Pérez, Carlos Castro, Darío 'el Chusco' Sierra, Diego León Osorio, entre otros, eran sus principales figuras. En 1993, la frustración sería mayor cuando el plantel rojo, al que se habían sumado otras figuras como Carlos Enrique 'la Gambeta' Estrada, Luis Barbat y Oscar 'el Pájaro' Juárez, celebraba en la grama del estadio Atanasio Girardot, después de 27 años, un nuevo título. Una fiesta que solo duraría once minutos, pues el anuncio de un gol en Barranquilla, que coronaba al Junior como el nuevo campeón, acabó con los festejos.



Entre 1976 y 1990 la selección Antioquia de fútbol despertaba una gran pasión entre los hinchas de los dos equipos de la ciudad, quienes llenaban el estadio para apoyarla en todas sus confrontaciones, sobre todo si



El mundial Colombia 86 fue una ilusión. "Aquí en el país tenemos muchas cosas que hacer y no hay tiempo para atender las extravagancias de la Fifa y sus socios", dijo en su momento el presidente Belisario Betancur. Para el recuerdo quedaron las piezas que promovían el espíritu mundialista.



Final de Copa Libertadores en El Campín, 1989. ¿Qué equipo será?

estas eran contra Valle o Bogotá. Técnicos como Justo Lopera, el Tucho Ortiz, Rodrigo Fonnegra, Francisco 'el Bogotano' González, Pedro Pablo Álvarez, William Bedoya y Néstor Herrera consiguieron décadas atrás lo que hoy parece imposible, unir a las dos hinchadas. La selección Antioquia era por entonces el mayor proveedor de los equipos profesionales. Un papel que hoy cumplen a cabalidad las divisiones inferiores de los clubes, y entre estas cabe destacar la famosa "cantera

de héroes" del Envigado Fútbol Club, el tercer equipo antioqueño, que llegó al futbol profesional colombiano en 1991.

★ ★ ★

Colombia participó en los mundiales de Estados Unidos 1994 y Francia 1998, este último bajo las órdenes de Hernán Darío 'el Bolillo' Gómez. En ambos, la selección fue eliminada en la primera ronda aunque para el de USA el país figuraba entre los favoritos al clasificarse

con sobrados méritos después ganarle a Argentina 5-0 en su propio estadio el 5 de septiembre de 1993. Para muchos, un resultado que Colombia nunca supo manejar en razón del triunfalismo que se apoderó de jugadores y aficionados. El asesinato de Andrés Escobar, uno de los jugadores insignias de esta selección, conocido como "el caballero del fútbol", reflejó la sinrazón que dominaba al país por aquellos años.

★ ★ ★

Disputar la final de la Copa Libertadores en 1995 fue sin duda otro de los momentos importantes en la historia de Nacional. Y aunque Gremio de Porto Alegre se coronó campeón en dicha edición, el gol de tiro libre que el gran René Higuita, héroe durante los penales de la copa de 1989, le convirtiera en la semifinal a River Plate, es una imagen inolvidable para los hinchas verdolagas que disfrutaban del buen juego de este plantel integrado por grandes jugadores como Néider Morantes, Herman 'Carepa' Gaviria, Juan Pablo Ángel y Víctor Aristizábal, entre otros. Un equipo que venía de ganar el título en 1994 bajo las órdenes del entrenador Juan José Peláez: uno de los tres estrategas que lo harían campeón en ese decenio junto a Hernán Darío Gómez, en 1991, y Luis Fernando Suárez, en 1999. ★

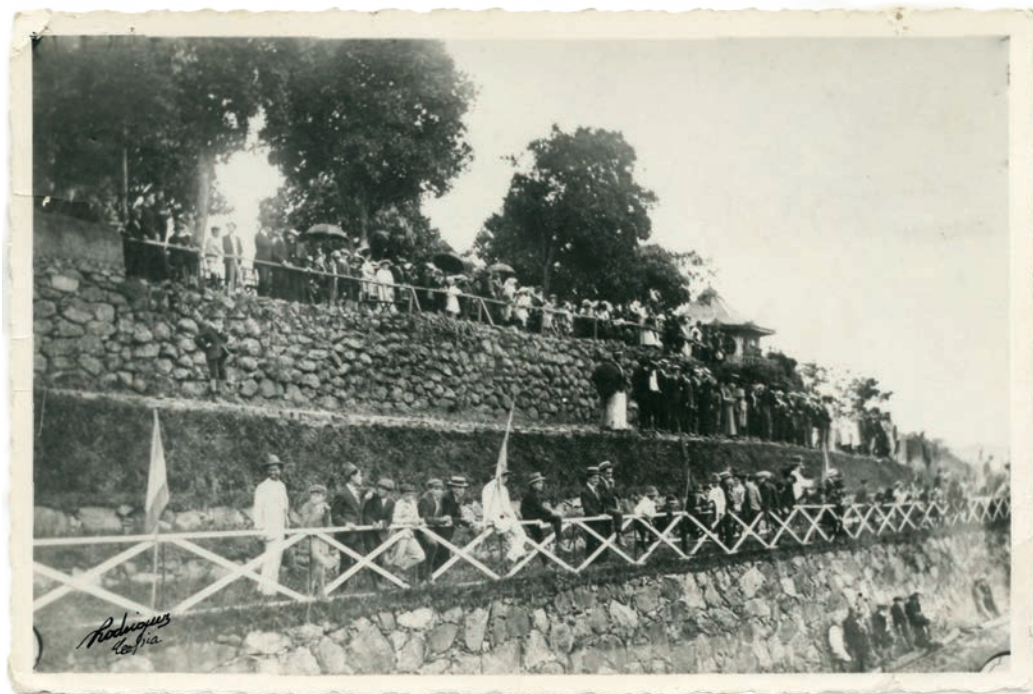
La Cucharita

El peruano César Cueto Villa llegó a Colombia en 1979 contratado por Atlético Nacional. Desde entonces, los hinchas verdolagas que lo vieron jugar parecen invocarlo al decir, casi a modo de suspiro, el Poeta de la Zurda. El apodo que Cueto recibiera en su paso por Colombia por su gran visión de juego, la elegancia que lo caracterizaba al conducir el balón, su precisión para cobrar tiros libres y perforar las defensas contrarias con pases milimétricos y la enorme facilidad con la que fabricaba tacos y sombreros impensados. Un jugador muy completo que a pesar de ser un mediocampista fue el goleador del Nacional campeón del 81, al marcar 17 goles. Este año configuraría junto a Hernán Darío Herrera una de las duplas más pensantes de la historia del fútbol colombiano, justo en los inicios de la década que marcó la consolidación de nuestro fútbol en Suramérica: los ochenta.



De la curiosidad al aguante

Por **Roosevelt Castro**



Gradas de la cancha de Miraflores.

Cada domingo, en cualquier rincón del planeta, en los grandes estadios de las metrópolis o en los humildes campos abiertos de las aldeas, en las lustrosas canchas de pastos relucientes o en los pelados potreros de las barriadas, multitudes incontables, y a veces incontrolables, se arremolinan en torno a esa ceremonia ritual y explosiva que es el fútbol.

Juan Gossain

Cuando mi abuela María Elena, una octogenaria de Anolaima, Cundinamarca, definía el fútbol, no era muy profunda. Solo decía que eran “veintidós piernipe-ludos detrás de un balón, dándole patadas, y un loquito vestido de negro con un pito tratando de recuperarlo”.

Cualquier hincha de este deporte se llevaría las manos a la cabeza. El fútbol, argumentaría, va más allá del simple gesto de patear un balón. Diría que es arte, poesía, rito, ceremonia. De igual forma, es pasión, amor, odio, exaltación. Cuando el hincha pertenece a una barra se convierte en anónimo, en lo que el ensayista francés Gustave Le Bon llamaría una parte del “alma colectiva”.

El seguidor de fútbol necesita de otros para identificarse con sus símbolos. Se trata de un sentimiento tribal que cohesiona frente al enemigo y que alimenta instintos territoriales y de lucha. Como diría la filosofía popular: “No somos machos, pero somos muchos”.

Pero no siempre fue así. En el camino, el hincha pasó de la curiosidad sana al paroxismo barrista.

Los pañales del aguante paisa

Cuenta el historiador antioqueño Rodrigo de Jesús García Estrada, en su *Breve historia del fútbol en Medellín*, que la práctica de los deportes en nuestra ciudad surge ligada a los procesos de modernización acelerada experimentados durante las tres primeras décadas del siglo pasado.

Estos procesos tuvieron su expresión más palpable en el incremento inusitado de las áreas urbanizadas, la aparición de la industria, el auge de la exportación cafetera y las cada vez más estrechas relaciones comerciales con Estados Unidos y Europa.

En este contexto aparecen los deportes, rompiendo con una dinámica que se había perpetuado por centurias. Primero fueron el tenis y el golf y posteriormente el fútbol y el baloncesto, como práctica exclusiva de la élite de la capital del departamento de Antioquia.

Por eso cuando el rico comerciante antioqueño Guillermo Moreno trajo el primer balón de fútbol a Medellín, después de un viaje realizado al viejo continente, estaba lejos de imaginar que una lúdica rural cambiaría por una más citadina.

Allí estaba, aunque no lo presentían sus impulsores, el germen de una pasión para muchos y la profesión para otros: el fútbol.

El primer equipo fue el Sporting Foot-Ball Club, creado en 1912 por dos comerciantes suizos: Juan Heiniger y Jorge Herzig. Después surgió el Medellín Fútbol Club.

Los primeros hinchas eran simplemente curiosos de la novedad. Los familiares y amigos de los deportistas veían con asombro cómo la villa acogía una nueva expresión ciudadana, crecía una afición lejos de los moldes sociales y económicos de la época. Los clubes y los sindicatos, los patronos y los obreros, chutaban y gritaban por igual, o reían juntos con cualquier

imprevisto que ocurriera en la Manga de los Belgas, lugar de los primeros juegos ubicado en lo que hoy es el Hospital San Vicente de Paul. Los obreros de las nacientes industrias jugaban con los hijos de la élite antioqueña. Muchos de ellos también lo jugaron en la cancha privada de Miraflores, del colegio San Ignacio, oriente de Medellín.

Década movida

De un momento a otro, el balón saltó la barda y fue a caer a la barriada. Los obreros, sin los implementos necesarios pero con mucha pasión, empezaron a pegarle a la pelota, siendo observados por sus amigos del barrio.

Afirma el periodista e historiador deportivo Carlos Emilio Serna Serna que las décadas de “los veinte a los treinta fueron de las más movidas del fútbol medellinense. Los partidos eran unos verdaderos carnavales en las pequeñas lomas que servían de tribunas a los alentadores”.

Fue tanto el auge del fútbol que finalizando los veinte ya se había construido el primer estadio, se llamó Los Libertadores. Ubicado donde hoy está el barrio San Joaquín, fue inaugurado el 24 de febrero de 1929 con el partido entre Lima Association del Perú y el ABC Medellín, con la asistencia de casi ocho mil espectadores. El marcador final fue 9-0 a favor de los visitantes. Ese mismo año, el 26 de octubre, se fundó la Federación Antioqueña de Fútbol, rectora del balompié aficionado en el departamento, hoy Liga Antioqueña de Fútbol.

Se suman más simpatizantes

Medellín crecía a pasos agigantados. Pasaba de la villa a la ciudad que se asomaba al mundo con una elegancia recién llegada que apretaba el cuello y los pies. Los seguidores del fútbol también aumentaban. Ya no eran los curiosos que seguían al equipo del barrio o de las fábricas. Los intercambios interdepartamentales de selecciones vinieron con los hinchas que eran convocados a defender los colores blanco y verde del departamento. Ya los unía la pasión por la selección Antioquia.

Atlético Municipal y Medellín captan seguidores

El país futbolero se transformó con la aparición del fútbol profesional en 1948. Los oncenos de Medellín y Atlético Municipal, que dos años más tarde pasaría a llamarse Atlético Nacional, empezaron su senda por los estadios de Colombia.

De locales jugaban en el hipódromo San Fernando, donde hoy se encuentra la Central Mayorista, visitado por hinchas ávidos de ver un espectáculo mejor gracias a la llegada del profesionalismo. Familias enteras y grupos de amigos asistían a cada jornada dominical para ver el choque futbolero y apostar a los caballos.

Cinco años después, el 19 de marzo de 1953, sería inaugurado el estadio Atanasio Girardot, bautizado así en honor al prócer de la patria nacido en San Jerónimo y fallecido en Venezuela. La obra requirió varios

años de lucha incesante. El terreno tuvo un costo de ochocientos mil pesos y su construcción costó más de quince millones de pesos. En ella participaron cientos de obreros y doscientos presos de la cárcel La Ladera.

El sector de Otrabanda fue el elegido para la llegada de este anhelo futbolero de miles de hinchas que seguían al equipo de sus afectos. Los procesos de industrialización de las tres primeras décadas del siglo XX y la naciente urbanización ameritaban un escenario deportivo de esta magnitud.

Comienza la fiesta

El primer partido que se jugó en el Atanasio fue un preliminar entre la selección Antioquia y las reservas del América de Cali. Rodrigo Ospina, de Antioquia, convirtió el primer gol. La jornada se completó con la primera fecha de un cuadrangular disputado entre Atlético Nacional, Deportivo Cali, Alianza Lima de Perú y Fluminense de Brasil. El primer gol profesional fue marcado por Jaime ‘Manco’ Gutiérrez, jugador del Atlético Nacional, al equipo Alianza Lima.

Cuentan que en esa ocasión se entregaron 1 500 entradas gratuitas para los jóvenes de los barrios más pobres de la ciudad. “Desde ese día hay revendedores de boletas”, comenta jocosamente Carlos Emilio Serna Serna en su libro *1929-1989. 60 años Fedefútbol Antioquia*.

Pollo asado, gaseosa, arepas eran algunas de las viandas que consumían los asistentes al recién

estrenado Atanasio Girardot. “Era una fiesta que se vivía en familia”, recuerda Rubén Darío Elejalde, hincha irreductible del Deportivo Independiente Medellín. “Mi padre Evodio me llevó a un partido contra el Tolima en 1960 y quedé maravillado con el juego”, dice Elejalde, habitante del barrio La Floresta de Medellín.

Ese ritual familiar del hincha rojo era muy similar al del rival de plaza. “Asistíamos entre amigos. No había peleas. Cuando terminaba un partido, incluso un clásico, nos sentábamos con los hinchas contrarios a tomarnos unos aguardientes en las carretillas que había en los alrededores del estadio”, cuenta el rionegrero Guillermo Otálvaro, hincha de Atlético Nacional.

Crece la hinchada

Los títulos del siglo pasado de Deportivo Independiente Medellín (1955 y 1957) y de Atlético Nacional (1954, 1973, 1976, 1981, 1991, 1994, 1999) hicieron crecer los seguidores de ambos bandos con unas características muy marcadas.

Gilberto Pulgarín, un acérrimo seguidor escarlata, creó la primera barra organizada de la región a principios de 1972. Poderosos del DIM se llamó el grupo de amigos que se dedicaron a alentar en la tribuna lateral Norte. “Ellos, al igual que nosotros, queríamos que el Medellín se quedara en nuestra ciudad, luego de su paso por Barrancabermeja el año anterior como Oro Negro”, evoca Rubén Elejalde, socio fundador de la



Elegancia en el hipódromo Los Libertadores.





Curiosidad y novelería. Todo Medellín quería asistir a Los Libertadores.

barra Danza del Sol, el 11 de junio de 1972. “Nosotros siempre nos ubicamos en Popular Centro ahora llamada Oriental Baja y para el 2017 estaremos cumpliendo 45 años de seguir en cada jornada a nuestro DIM, somos la barra más antigua del fútbol en Medellín”, dice Elejalde, tecnólogo industrial del Politécnico Jaime Isaza Cadavid.

La Danza del Sol fue pionera en viajar a otras ciudades. “Vendíamos los tiquetes para acompañar al equipo. Recuerdo que el primer viaje fue a Pereira, empatamos 0-0. Fuimos a Cali, Ibagué, Manizales, Armenia, pero por problemas de orden público no lo volvimos a hacer desde hace ocho años”, cuenta Rubén.

En 1976 desapareció Poderosos del DIM y en los siguientes años emergerían otros grupos de seguidores. Escuadrón Rojo, Putería Roja, Kid Chance, Llave Roja, entre otras barras, fueron surgiendo para alentar al llamado Equipo del Pueblo.

Los seguidores verdes no se quedaron atrás. “Recuerdo que una de las primeras barras de Nacional fue la Academia Verde creada por Héctor Gómez, el popular Radiolo. Se hacían en la tribuna Oriental. Nosotros, con unos amigos del barrio Buenos Aires y compañeros de trabajo de Coltejer, fundamos la barra Comando Tribuna Verde y empezamos a alentar al equipo en Popular Centro”, afirma Guillermo Otálvaro, hincha verde desde 1976.

Después aparecieron otras barras como la Oswaldo Juan Zubeldía y Escándalo Verde, entre otras.

Las barras se asocian

Con la construcción de la tribuna Oriental para los Juegos Centroamericanos y del Caribe de 1978 y la ampliación de las tribunas Norte y Sur por recomendación de la Confederación Suramericana de Fútbol a principios de los noventa, el aforo del Atanasio Girardot se duplicó hasta llegar a los cerca de cincuenta mil aficionados.

Unido a ello, los triunfos internacionales del Atlético Nacional en la Copa Libertadores de América, la Mercosur y la Interamericana motivaron a que los aficionados, con el fin de obtener una boleta, se adscribieran o conformaran una barra. Con el auge, surgieron poco después las entidades responsables de ser el puente entre los equipos y los grupos de hinchas: Ubanal y Asobdim.

La Unión de Barras de Nacional surgió a finales de 1989 luego del título continental del cuadro verde, pero fue el 4 de diciembre de 1990 cuando obtuvo su personería jurídica. Cuarenta y cinco grupos de seguidores del cuadro verdolaga firmaron el acta de fundación de Ubanal.

Luego de la desaparición de unas y la aparición de otras, apoyadas por los programas impulsados desde la administración municipal, las doce barras y los casi mil seguidores que aglutina Ubanal quieren seguir aportando a la paz y la convivencia en el fútbol.

La Asociación de Barras del Deportivo Independiente Medellín, Asobdim, es la otra entidad que surgió para agrupar las barras rojas. Diecisiete delegados de barras compuestas por grupos familiares se reunieron un día de 1990 para concretar la idea y firmar la resolución 37413 que le daba vida jurídica a la entidad sin ánimo de lucro.



— Policias contienen aficionados en Los Libertadores.

Ha pasado más de un cuarto de siglo y Asobdim y sus más de siete mil asociados contribuyen con una labor social importante en beneficio del hincha y del fútbol. “Hemos trabajado muy duro para que el hincha se sienta cómodo y respaldado en el estadio. De igual forma, que la boletería se le respete, lo mismo que su lugar en el Atanasio. También realizamos un torneo de niños en tres categorías que van desde los diez hasta los doce años y en el que hemos contado con casi 152 equipos inscritos. Además, tenemos un club deportivo que participa activamente en los campeonatos de la Liga Antioqueña con casi 230 niños beneficiados”, indica Jorge Hoyos, presidente de Asobdim.

¿Barras bravas?

Las primeras barras con influencias de culturas futboleras como la argentina o la europea fueron Putería Roja, creada en 1989, y Escándalo Verde, fundado dos años después. En ese tiempo las barras aún podían compartir la tribuna Oriental y los desmanes no pasaban a mayores.

En 1998 desertores de la Putería Roja y otros hinchas rojos crearon un movimiento para apoyar al DIM desde la tribuna Norte, el cual recibió el nombre de Rexitenxia Norte. Un año antes, en el mes de noviembre, había nacido el contingente juvenil de Los del Sur. Varios adolescentes fanáticos del cuadro verdolaga, adscritos al Escándalo Verde, decidieron separarse y, en la urbanización Villa de Aburrá, crearon la nueva barra que empezó a animar al club Atlético Nacional en la tribuna Sur del Coloso de la 74.

Estas barras populares crecieron y, con una pasión desbordada, los hechos violentos empezaron a ser más comunes, especialmente en los clásicos. En poco tiempo las barras, denominadas bravas como en Argentina, se

convertirían en un problema para la ciudad. Sin embargo, las políticas públicas y el interés de los líderes de las barras para contrarrestar esa violencia sirvieron para empezar a cambiar el rumbo con trabajo social organizado.

“Yo no las califico como barras bravas, pues tienen unas características diferentes a otras y están marcadas por nuestra idiosincrasia. Recordemos que en la época cruenta y violenta en Medellín por parte del narcotráfico el fútbol sirvió de bálsamo para la ciudad y le hizo una gambeta a la muerte”, asevera Gonzalo Medina Pérez, politólogo y profesor universitario especialista en el tema.

“Debemos aceptar que es una nueva generación de hinchas del fútbol, que lo ven con otros matices y de una manera distinta”, sentencia Guillermo Otálvaro, presidente de Ubanal.

Este rápido recorrido evidencia cómo el hincha de fútbol en Medellín pasó de la curiosidad por el juego al fanatismo juvenil que impulsa y da sentido a la vida de cientos de aficionados.★

— La fidelidad del hincha, 1982.



NTA DELS L



COLTERRA



1958

La sagrada

Desde 1929 la selección Antioquia ha sido el eje principal de la gestión de la Liga Antioqueña de Fútbol. Desde entonces ha conseguido más de ochenta títulos, en sus diferentes categorías, una cifra récord en

nuestro país. A esta selección triunfadora se le reconoció en su momento la capacidad de proveer las nuevas estrellas para los equipos profesionales y despertar el fervor de hinchas rojos y verdes por igual, quienes la apoyaban todos los sábados hasta abarrotar el estadio. De los setentas a los noventas



1977

fueron testigos de esa afición, años en los que los enfrentamientos contra las selecciones de Valle y Bogotá fueron los más intensos. La historia de la selección Antioquia siempre tuvo banda sonora propia: el himno antioqueño y La Chaux, y sus protagonistas fueron grandes e inolvidables



leyendas como Ricardo Lagoueyte, Humberto 'Tucho' Ortiz, Pedro Pablo Álvarez y Luis Alfonso Marroquín, entre otros próceres del fútbol regional. Sin embargo, esos tiempos de brillo, tribunas llenas y cánticos desaforados ya no se viven alrededor de la selección Antioquia. El mercado



1994

futbolístico marcó una nueva hoja de ruta y otras pretenciones concentradas en los clubes profesionales. Hoy, en las gradas, unos cuantos puñados de familiares y amigos acompañan a hombres y mujeres que lucen siempre con orgullo la camiseta blanca y verde de la sagrada selección Antioquia.

**SI SU VISITA ES PARA
HABLAR MAL DEL
NAL, POR FAVOR
SEA BREVE**



**SI SU VISITA ES PARA
HABLAR MAL DEL
DIM, POR FAVOR
SEA BREVE**



El primer hincha

Por *Arturo Lezcano*

Se llamaba Prudencio Miguel Reyes, era uruguayo y fue el primer hincha de la historia. En los primeros años del siglo XX, cuando las costuras de los balones se cerraban con una tira de cuero enhebrado, se hacía indispensable la acción de un talabartero, un artesano del género, para montarlos e inflarlos a pulmón. Prudencio se metía en el papel y daba rienda suelta a su pasión por ese deporte que había llegado hacía poco a Montevideo, su ciudad. En el Parque Central jugaba su amado Nacional. Y por él se dejaba la garganta, el pecho y el mostacho, inflando los balones y también gritando y animando como nadie lo había hecho hasta la fecha. Tanto se hacía notar que en el estadio se empezaron a preguntar: ¿quién grita tanto? "Es el hinchador", respondían, "el hincha".

Tomado de JotDown.es



Corea

Por **Gonzalo Medina**

— La tribuna Norte en el partido inaugural del estadio Atanasio Girardot, 19 de marzo de 1953.



Mis ojos se resistían a creer que había un lugar en Medellín que reunía más gente que la propia misa, sin necesidad de sacerdote que convocara. Sin embargo, todo parecía dispuesto para el santo sacrificio, porque en el centro de la multitud bullosa sobresalía una especie de altar verde rectangular, al cual solo le faltaba el oficiante que iniciara la ceremonia ante treinta mil fieles ansiosos.

La expectativa también la concentraban, de un lado, un delantero negro con andar de maricón y dinamita en sus piernas; otro negro que era un maestro cobrando los tiros libres con la técnica de la *folha seca*, consistente en que al patear la pelota esta se elevaba para superar la barrera pero de inmediato tomaba una

inesperada trayectoria que la hacía descender —igual que caen las hojas con el viento de otoño— y así sorprendía al arquero. Todos esperaban también a un volante que con sus movimientos de balón hacía de cada partido de fútbol un canto a la elegancia.

Pero si bien estaban expectantes por la aparición de Mané Garrincha, de Quarentinha, de Didí, de Zagalo, de Amarildo y el resto de la corte del popular equipo Botafogo de Río de Janeiro —una pintura y una poesía hechas con trazos blanquinegros—, todos los asistentes al Atanasio Girardot esperaban ansiosos la entrada en escena del Deportivo Independiente Medellín, un nombre que yo



escuchaba corear a cada minuto en las tribunas y por el altavoz, a través del cual entregaban las alineaciones. A mis oídos, todavía presas del asombro por la inesperada ceremonia en la que participaba, llegaban nombres como los de Grecco, Chema Méndez, Debrassi, Riquelme, Canocho Echeverri, Muzzo...

El nombre de la tribuna daba cuenta del ambiente dominical de pasión, de lucha, de guerra, de sudor, de gritos, de castigo canicular, de camisa agitada al viento, de solidaridad en el triunfo milagroso y en la derrota absurda. En últimas, era la gradería que sintetizaba y exteriorizaba el sentimiento rojiazul: Corea. También en este nombre se recogía la tragedia de un país que fue capaz de mandar al

sacrificio a muchos de sus ciudadanos, a una guerra que no les pertenecía, pero cuyos gobernantes asumieron como si fuera propia.

Colombia fue el único país, supuestamente autónomo —porque Puerto Rico, un eufemístico Estado Libre Asociado, también se unió a la nefasta causa— que se plegó a las políticas de Estados Unidos en su guerra de respaldo a Corea del Sur contra Corea del Norte, apoyada a su vez por China socialista. El gobierno del entonces presidente conservador, Laureano Gómez Castro, ofreció una unidad naval y después puso a disposición una fuerza de infantería que ni siquiera existía, la misma que adoptó luego el nombre de Batallón de Infantería No.1 Colombia.

Participaron 5 100 combatientes, con 111 oficiales y 590 suboficiales; se produjeron 639 bajas, divididas entre 163 muertos, 448 heridos, 28 prisioneros —que fueron canjeados—, y 47 desaparecidos. Es claro deducir lo fácil que resulta para quienes han gobernado, y siguen gobernando, desde la comodidad este país, mandar a la guerra a los hijos de los más pobres.

Pero los coreanos rojazules no nos rendíamos ni nos doblegábamos ante el enemigo más poderoso, fueran Santa Fe, Millonarios, Cúcuta o Cali —el Nacional de esa época seguía sin siquiera asomarse al triunfo que, de manera generosa, lo recibió a partir de los años 70—.

“Ra, ra, ra; Medellín, Medellín. Soy el hincha fiel, hincha hasta morir, de ese gran equipo que se llama Medellín”, era una de las consignas que se desparaban por la tribuna de Corea, tomando un fragmento de una de las muchas canciones que por la época se le dedicaban al siempre poderoso Deportivo Independiente Medellín.

Las voces de los hermanos Fortich, del cantante argentino Carlitos Valdés, de Matilde Díaz y la orquesta de Lucho Bermúdez llenaban nuestros espíritus de devotos fervientes en unos colores que no destiñen a pesar del tiempo y de las derrotas. Recuerdo que el maestro

Lucho y su orquesta ensayaban todos los días en un garaje pequeño situado en la carrera Popayán con calle Manizales, a cuadra y media de mi casa y a dos cuadras del cementerio San Pedro. Muy cerca de allí, sobre la misma carrera pero en dirección a la calle Lima, vivía en una modesta habitación, en un pasaje, el cantante costeño Noel Petro, conocido luego como El Burro Mocho.

No se me hacen extrañas algunas frases o consignas que hoy buscan marcar el aparente contraste o la paradoja de ser seguidor de un equipo que está más familiarizado con la derrota —ojo, no fracaso—, que con el triunfo —ojo, no éxito—. Es el caso de “hinchas del Poderoso, aunque gane”. El escritor argentino Adolfo Bioy Casares, aliado literario de Jorge Luis Borges, con todo y su rechazo al fútbol, llegó a sentenciar que “si hay algo en la vida que forja el temple del ser humano, es cuando este es hincha de un equipo perdedor”. De allí que cuando en Corea celebramos un tercer lugar en 1964, o incluso un subcampeonato en 1966, lo sentíamos y lo festejábamos como si fuera un título de campeón alcanzado por vez primera, a pesar de los campeonatos de 1955 y 1957. Pero en nuestro caso, los mismos eran apenas un dato histórico y no propiamente un motivo de fiesta o de recuerdo viviente; todo porque no habíamos sido testigos de tales epopeyas.

En Corea, el tiempo adquiría una fuerza extraña cuando jugaba el Poderoso, dependiendo del resultado del enfrentamiento. Y como si esto fuera poco, arriba, a nuestras espaldas, teníamos la presencia del gigantesco reloj de Longines, un monstruo rectangular de figura blanca y negra al cual mirábamos por mirar, sabiendo que nuestra ignorancia nos impedía calcular los minutos que faltaban para terminar el partido. Pero además de ello, y como producto de nuestro desconocimiento del tiempo del hombre, ese reloj siempre nos comunicaba la sensación de un tiempo detenido o acelerado, según el marcador del encuentro: cuando el resultado estaba a favor del DIM, mirábamos un reloj andando lento, incluso parado, mientras que cuando era nuestro equipo el que perdía, el tiempo marchaba a una velocidad mayor que la de nuestros corazones, con los consecuentes riesgos para la salud del hincha rojazul. Bien dicen por ahí que el tiempo está enraizado en cada uno de nosotros.

¡Perfecto... gol!

Y si nosotros hacíamos fuerza desde la combativa Corea, en el sur del Atanasio, en la pista atlética eran el ansia y la emoción de técnicos como el argentino José Vicente Grecco, el chileno Francisco ‘Pancho’



Hormazábal y el paisa Rodrigo Fonnegra, cada quien jugando su propio ajedrez para conservar el resultado o para darle vuelta al mismo. Para ello contaban con jugadores como el arquero Fernando Sierra; los defensores Héctor 'Canocho' Echeverri; Antonio Pécora, Rodolfo 'Fito' Ávila; Jaime Salazar; volantes como Mario Agudelo; delanteros como Uriel Cadavid, Perfecto Rodríguez, Germán 'Cuca' Aceros, Eusebio Escobar y Juan Carlos Rodríguez. Este último, argentino, en un clásico con el Nacional, fue el autor de un golazo de palomita en la portería que defendía el paraguayo Pablo Centurión, un arquero que tapaba de cachucha y al que le decían Pablo Arepa, porque era de milagro que sacaba balones que iban para su arco. Pero después, ese gol de Rodríguez a Centurión le salió al DIM en la fabulosa suma de ochenta mil pesos, porque se fue del país sin acabar de cumplir su contrato con la institución.

Recuerdo con mucho cariño, cuando evoco la tribuna Corea, al paletero que religiosamente trabajaba allí domingos; lo apodábamos Lleras o Lleritas: el primero por lo prominente de sus incisivos superiores, similares a los del ya fallecido primer presidente, Alberto Lleras Camargo, y el segundo por su baja estatura, en alusión al billetico pequeño de 50 centavos que tenía la imagen de dicho mandatario y que la gente

llamaba Lleritas. El vendedor cargaba sus paletas de agua de colores en una caja de cartón; por fortuna, salía rapidito de ellas por obra y gracia del calor que caía en forma implacable sobre el cemento coreano y sus ocupantes. Lleras se acopló tanto al remoquete que ya no respondía a los llamados del sencillo grito de ¡paleteeroooo!

Desde Corea también afloraba el espíritu antioqueño cuando la Vuelta a Colombia llegaba al estadio, procedente de ciudades como Armenia o Pereira. Acompañantes, *transmóviles* y patrocinadores llegaban hasta las puertas del escenario y a este solo podían ingresar los ciclistas, al fin y al cabo los protagonistas de la epopeya. Los pedalistas debían subir el alto de Minas y luego descender pasando por distintas poblaciones, hasta llegar triunfantes a la pista atlética del Atanasio Girardot y recibir los merecidos honores de los aficionados. Claro que la respuesta dependía de si era un ciclista antioqueño —llámese Martín 'Cochise' Rodríguez o Javier 'el Ñato' Suárez, por ejemplo—, quienes eran aclamados por los seguidores del DIM allí concentrados. Pero cosa muy distinta ocurría cuando quien arribaba de primero era un corredor boyacense llamado Miguel Samacá, o un cundinamarqués de nombre Pablo Hernández, dos vallunos conocidos

como Luis H. Díaz y Carlitos 'la Bruja' Montoya, o un pereirano identificado como Rubén Darío Gómez, el Tigrillo de Pereira. De inmediato se escuchaba una atronadora silbatina como actitud de rechazo a quien se atrevió a ofender el orgullo paisa.

De ese sentimiento que bullía domingo tras domingo en Corea también era dueño el famoso Malevo. Todos los lunes, en su Rincón de Casandra, la columna que tenía en el diario liberal *El Correo*, José Yepes Lema daba rienda suelta a su devoción por la casaca roja, bien fuera cantándole a la magia de Corbatta, a los goles de Óscar Cáceres, o llorando una derrota mientras se dolía por el pie milagroso que la hubiera evitado. El título de una de sus columnas se convirtió en la única arma de los hinchas rojos para enfrentar el sufrimiento cuando este parecía llegar al límite: "¡Ay Medellín, nos vas a homicidar!".

Si desde Corea sufrimos, también desde Corea fuimos felices, impulsados por el amor a la camiseta roja, por el delirio con los goles rojos y por la admiración a nuestros ídolos, desde Agapito Perales y su Danza del Sol, hasta el Pibe ya lejano o Giovanni Hernández, pasando por el Charro Moreno y el inolvidable Corbatta. Mi homenaje a ese bloque plebeyo de cemento que también se estremeció con las pasiones de un feliz doliente del equipo del pueblo. ★

El nudo con Corbatta

Su vida bohemia y su indisciplina, unidas a sus capacidades futbolísticas y su nobleza, hicieron que en varias ocasiones los directivos del Deportivo Independiente Medellín prescindieran de los servicios de Omar Orestes Corbatta. Sin embargo, al mismo tiempo se originaban las protestas y las presiones de los aficionados para que el Loco volviera a las canchas. La revista *Vea Deportes*, con sede en Medellín, divulgó los afiches fijados espontáneamente en las columnas del estadio por los hinchas que exigían la vuelta de Corbatta. Dos afiches, de esos que imprimía Horche en papel ordinario y que se pegaban con goma de papelería escolar, decían: "¡No más espera! Los hinchas queremos a Corbatta". "¡Se acabó el suspenso, que regrese Corbatta!". Abajo del texto aparecían, en números pequeños, las seis cifras que en los años sesenta tenían los teléfonos en Medellín, en este caso el de la empresa impresora: 459353.





Una línea y dos colores

Por **Juan Zuleta**

Hace días que no hablo con Wilmar, pero recuerdo esa última conversación, mas no las primeras. Y eso que esas tienen una ventaja: en ese entonces él estaba vivo.

Pasaron muchas cosas antes de que muriera, pero cayeron en el sesgo de la memoria de un niño de tres años. Me llevó al estadio por primera vez un domingo; yo me comí una paleta y Medellín ganó 1-0 ó 2-1. Eso me dicen. Yo lo imagino.

Wilmar dedicó pacientes tardes para explicarme por qué en ese 1993 Medellín por fin iba a ser campeón y que yo era un "debuenas" porque a él le había tocado esperar como quince años desde que se hizo hincha, para ver al Poderoso campeón, y a mí solo tres. Eso me dicen y yo lo imagino y a veces me da risa, pero una risa con tristeza.

Lo bueno fue que no le tocó semejante decepción y se evitó las lágrimas de la Gambeta Estrada. Hacía dos días había muerto. Eso no lo imagino, de eso extrañamente estuve siempre más o menos consciente.



Mi primera vez en el estadio fue en un partido ante Cali con mi papá; yo comía chococono mientras Miguel Calero se extendía todo lo que podía y no le alcanzaba para sacar un balón. Yo estrenaba la camiseta de Nacional que volvía a las rayas después de un tiempo. Tenía seis años y nadie me lo contó, porque lo recuerdo casi de forma exacta. Aunque claro, realmente esa no fue mi primera vez en el estadio y antes de esa camisa verde yo había sabido llevar el uniforme rojo completo, con medias y todo.

Wilmar, mi tío, fue el único en la familia que salió hincha de Medellín. Terminó en esas por andar callejeando y se volvió amigo de una familia de la cuadra, roja rojita. Se les adelantó a todos, a mi papá y a mis

otros tíos. Me amasó y me dio forma como hincha poderosito y lo único que no hizo fue a enseñarme a sufrir, porque yo andaba de suerte, mi sequía solo sería de tres años...

Le sobró esfuerzo y le faltó tiempo para que los recuerdos se acomodaran definitivamente. Entonces no habría Nacional que valiera. Pero el tiempo, la memoria, mi papá y mis tíos hicieron lo suyo.

En 1999 Robinson Martínez cobró el último penal ante América y supe qué era salir campeón. En junio de 2002 lloré por primera vez por culpa del fútbol en una noche a mitad de semana cuando América dio la vuelta en el Atanasio. Seis meses después salí a correr gritando de alegría cuando el árbitro en Pasto decretó

el final de la maldición de 45 años. Hablé con él ese día, inventé su voz como lo inventé a él celebrando con una bandera roja y curtida por las lomas de Aranjuez.

En 2004 odié para siempre a Medellín y le maldije la suerte y también ser hincha y sufrir por esa mierda. Lloraría en adelante títulos y otras tristezas.

En alguna borrachera celebrando copas, lo imaginé negándome una felicitación como bien manda el rencor futbolero y en algún clásico me imaginé restregándole la victoria.

De tanto en tanto hablamos; nunca nos ponemos de acuerdo en cuestiones de fútbol y está bien que así sea. Que él celebre lo suyo y yo lo mío. Ahí vamos sumando ratos y haciendo memoria.★

Chalín

Por **Pablo Arbeláez**

Era domingo por la tarde. Las carreras de caballos y los apostadores calentaban el ambiente futbolero en el estadio San Fernando. El partido del DIM había terminado y los bolsillos del pantalón de Chalín estaban limpios. No había de otra, tocaba regresar a casa con su novia Celina Acevedo, quebrar la alcancía, sacar los ahorros e irse a bailar.

Era el Medellín de finales de los años cuarenta cuando el campeonato de fútbol profesional en Colombia acababa de ponerse en marcha. Motivo de jolgorio, disfrute de la vida, goce de algo tan sencillo como la auténtica alegría, esa que aún añora Gilberto Burgos Palacio, Chalín, poseedor de una memoria que archiva intactos 98 años de vivencias.

Burgos Palacio es un mar de recuerdos de ese fútbol naciente. Testigo del surgir de algunas de las canchas que le dieron mayor vigor al balompié en la Bella Villa. Un fortachón hincha rojo que ha visto los seis títulos de su equipo amado y los quince cetros del vecino verdolaga al que siempre ha respetado.

Sentado al frente de su escritorio en el taller de hojalatería situado en el barrio El Chagualo, cerca de la Universidad de Antioquia, donde se elaboran moldes para paletas y helados, Gilberto encara el pasado virtuoso. Cuenta sus pequeñas hazañas en la cancha de Santa Ana en la que jugó al lado de los seis hermanos Irra. Lanza al vuelo su nostalgia para hacer un repaso de los predios futboleros del viejo Medellín:





El Bosque de la Independencia (Sevilla), Miraflores, Estación Villa (donde hoy funciona la Plaza Minorista), el muy famoso campo de los belgas (ocupado desde 1916 por el Hospital San Vicente de Paul), Los Álamos, La Manga de Gelo, La Bayadera, La Floresta y Otrabanda (donde está el estadio Atanasio Girardot).

A Gilberto lo invaden los recuerdos cuando habla de los potreros en los que se gestó el fútbol rentado. Su figura aún es fuerte como su memoria; bajo un fino sombrero cubre las canas que muestran los años de la experiencia, esos que aprovechó para traer desde Santa Marta y Buenaventura caravanas de toda clase de vehículos, muchos de ellos a chasis pelado, en medio del sol, el polvo, la lluvia y los caminos imposibles tachonados de filudas piedras.

Recuerda que las hinchadas del fútbol en la capital antioqueña se gestaron en los barrios de la naciente ciudad. Dos de los clásicos de los años treinta enfrentaban al Modelo (del Llano) contra el Italia (Estación Villa) y el Deportivo. Estaba, igualmente, el cotejo de Bartolinos versus Bohemios, promocionado por el árbitro y jugador Arturo Alarca como “el clásico de los hermanos contra los hermanos”.

Su memoria lo conduce por el camino de las letanías que repasan las formaciones de esos “equipazos”

como si fueran fórmulas salvadoras: el Modelo tenía a Arturo Zuleta, Butaca Jaramillo, Luis Patiño (el Bailarín Pirata) y los hermanos Hernando, Roberto, Humberto y Augusto Ramírez, y en la puerta, a Carlos Álvarez. En el Italia actuaban, entre otros, el Mico Zapata, César López, Arturo Alarca, Miguel Burgos (hermano de Chalín con 102 años de edad), Juan Gutiérrez, Jesús Ramírez y Alfonso Osorio.

Gilberto recuerda que el primer estadio de Medellín, hecho en madera, fue la cancha de Los Libertadores (actual barrio San Joaquín). La gente asistía a fútbol con la ropa de diario, y los más elegantes lo hacían de saco y corbata. Lucir las camisetas de los equipos no estaba en los planes ni en la idea de nadie entre los seguidores.

A los partidos se iba en tranvía para disfrutar de un fenómeno que tomaba fuerza. Después del juego, como remate de la jornada, se bailaba con las novias o las esposas en el barrio Naranjal, donde se gestaron las hinchadas en medio de los aguardientes y sin distingos de clase ni colores. Los atractivos eran muchos para una afición que había nacido siguiendo a los amigos y conocidos en los equipos del barrio; el juego comenzaba a ponerse serio y los fines de semana ya tenían un destino.



Burgos habla de Hernando Echeverri, uno de los seis hermanos Irra, como el mejor futbolista de la época: “Jugaba hasta de portero”. Destaca como grandes en esa línea de tiempo, enmarcada por los años treinta y cuarenta, a Alberto Villa, Manuel ‘Carrunga’ Londoño, Roberto Soto, Ignacio Cano, Hernando Restrepo, Alfonso y Rafael Serna, Guillermo Maya, el Mico Zapata —quien lo bautizó como Chalín— y Libardo Rico.

El Cura Burgos

El fútbol antioqueño creció y se hizo poderoso gracias al ímpetu de Jesús María ‘el Cura’ Burgos. “Formó el equipo Romano, en el sector de Niquitao”, reseña el periodista Jaime Herrera Correa en el libro *Un siglo de pasión roja*. A finales de los años veinte, Burgos Castaño se afianzó como directivo del Medellín Fútbol Club y le dio vida al elenco que estuvo a poco de desaparecer.

“Con el Cura Burgos jugué en el Gran Colombia en el que también estaban Francisco ‘Cobo’ Zuluaga (después actuaría en partidos amistosos en el Atlético Nacional y formaría con Millonarios y la selección de Colombia), Manuel Marín, Martín Montoya y Emiliano Guerra. Jesús María, quien llevaba el equipo a los pueblos de Antioquia, fue locutor, fundador de la famosa revista *La Catedral* y trabajaba al lado de otro destacado periodista como lo fuera Antonio Henao Gaviria”, evoca el viejo patriarca del balón.

El Piscalabis del Yosista

Los hermanos Miguel y Gilberto Burgos Palacio llegaban a las canchas de Medellín con los guayos envueltos en periódicos. Los animaba solo el inmenso amor que sentían por el fútbol. Durante varios años actuaron juntos en el equipo conocido como el Yosista, cuadro en el que el entrenador les daba Piscalabis, una bebida “levanta muertos” que los ponía a volar en la cancha. “En más de una ocasión remontamos el marcador en los segundos tiempos después de tomar Piscalabis, que incluso se preparaba con algo de cola granulada y un poquito de alcohol”, rememora Gilberto.

Chalín Burgos, convertido en experto conductor tras haber sido inicialmente alistador de carros en la Ford, jugaba al fútbol cuando los patrones le daban permiso. Actuaba como puntero derecho y pasó a ser defensor o volante cuando los afanes lo obligaban,

pero más pudo el trabajo y el gusto por los carros, por eso pasó de la cancha a la tribuna.

Chalín se dio el lujo de no pagar entrada en la cancha del viejo hipódromo de Los Libertadores por su amistad con José María Mejía, presidente de la Federación Antioqueña de Fútbol. Lo que más disfrutó años después fueron las primeras fechas en el surgir del profesionalismo en el estadio de San Fernando (donde hoy queda la Central Mayorista de Antioquia). Allí iba con los amigos y familiares a apostar a los caballos y después... a ver rodar el balón. El viaje en bus hasta el estadio le costaba veinte centavos y el ingreso al estadio, un peso.

Con enorme satisfacción recuerda haber estado en la inauguración del Atanasio Girardot, el jueves 19 de marzo de 1953. Le tocó llevar arena y material en una *pickup* para la construcción del escenario que se pudo levantar gracias a la labor del secretario de Hacienda de la época, el entusiasta Jacques de Bedout Villa. El día de la apertura de la obra, gigantesca para la época, cuenta Chalín con brillo en los ojos que cantó el primer gol convertido en el Coloso de la 74 por el paisa Rodrigo Ospina (primo hermano de los hermanos Ramírez). “A los cinco minutos del juego entre la selección Antioquia y el América”, tal como lo detalla el periodista Carlos Emilio Serna Serna en el libro *40 años de historia del estadio Atanasio Girardot y su unidad deportiva*.

Chalín, nacido el 24 de diciembre de 1918, siempre estuvo en el ambiente del balompié y se dio el lujo de

Malicia Soto, el cobrador de penaltis

El famoso equipo Huracán, otro que conformó la tercera profesional de elencos paisas de antaño, tenía a Roberto Soto como uno de los mejores cobradores de penaltis del país y a quien le decían Malicia porque engañaba a los porteros con la mirada. Cuentan Chalín y su hermano Miguel que Soto, que jugaba de interior (denominación de la época para el puesto de volante), alternaba en el medio con su hermano el Chino Soto. Roberto era el encargado de recoger la limosna en la misa dominical de la iglesia de La Candelaria, ponchera en mano. Chalín lo recuerda bien: “Malicia Soto cobraba los penaltis con las dos piernas. Nunca hubo nadie como él para patear desde los doce pasos. No fallaba y siempre despistaba a los porteros”.

tener el carné 001 de hincha oficial del Deportivo Independiente Medellín, credencial que le entregó el presidente Alberto Villa. Posee además otro documento que lleva en su billetera, cual valioso tesoro, el que le entregaron cuando tenía 93 años y lo acreditaba como el seguidor más viejo del Poderoso.

El fútbol lo llevó a tanto que resultó cercano a estrellas como el Charro José Manuel Moreno, con quien hablaba de la pelota en el puesto de los recordados juegos de Marcos, aldeaños a las canchas Marte de la unidad deportiva Atanasio Girardot. “Cuando venía Millonarios llevábamos a los argentinos para que gozaran viendo cómo Marcos hacía un arte de la preparación de jugos. Era todo un espectáculo”.

Conoció a ídolos rojos como José Vicente Greco y Omar Orestes Corbatta, pero lo que recuerda con mayor regocijo es que tuvo viviendo en su taller por tres años al defensor argentino Ómar Ayala, otra insignia del Medellín: “Era un tipazo, un hombre de bien, gran jugador; y nos hacía unos asados que válgame Dios”.

Su tono calmo sube de decibeles. Viene a la memoria de nuevo el cuadro embajador, el Millonarios de las estrellas de la recordada época de El Dorado, y como queriendo alardear, con todo derecho, evoca la portentosa formación que vio actuar en el estadio San Fernando. “Ese Millos tenía a Cozzi, Pini, Cobo, Soria, Rossi, Ramírez, Maurín, Pedernera, Di Stéfano, Báez y Cabillón”.

Las letanías de Chalín suenan como la lección ante una exigencia escolar. Nada de apoyos ni de ayudas. Su mente grabó con tinta indeleble el paso de los mejores, de futbolistas de novela como el Charro Moreno, quien fuera jugador y entrenador del DIM en los años cincuenta, y al que compara con el también gaucho Lionel Messi.

“Messi es lo mejor de hoy. No hay quien lo iguale o remplace”, señala Gilberto Burgos, quien no volvió a visitar las tribunas del estadio Atanasio Girardot debido a la violencia que acompañó el inicio de la década del 2000, con el agregado de que no ve futbolistas como los de antes: “Porque esos sí que sabían jugar; entretenían a la gente y acariciaban el balón”. ★

55A45





y la del AEK de Atenas. En su santuario Sergio también conserva las boletas de los partidos del rojo desde 2008, recuerdos que para él son reliquias. Sin embargo, no se considera un fanático, más bien un amante del fútbol que colecciona cosas del equipo con el que más simpatiza. “Ante todo soy un seguidor del fútbol, y después, soy hincha del Medellín”, asegura el joven, quien duerme sobre un cojín gigante con los colores del Decano.

Lo mejor de su colección, en todo caso, está en el garaje, donde más de sesenta camisetas comparten paredes con afiches de Ben Affleck, James Bond y Marilyn Monroe. “Eso es cosa de mi papá, pero yo los voy a quitar para hacerle espacio a nuevas camisetas”, promete Sergio.

Y entre ese montón de camisetas se encuentran algunas con mucha historia, como la del título de 2002, en Pasto, donde fue figura Mao Molina. También tiene la conmemorativa de los cien años del equipo, la número 1417 de las 1913 que imprimió el rojo para sus hinchas. Le han ofrecido hasta cuatrocientos mil pesos por ella, pero Sergio no la vende ni por un millón.

Sergio ha vivido cuatro títulos del Equipo del Pueblo y varias gestas en Copa Libertadores y en clásicos. Sus ídolos son todas esas estrellas del nuevo milenio: Choronta Restrepo, Mao Molina, David González, Néider Morantes y Christian Marrugo. Para él no son tan importantes el Charro Moreno, Felipe Marino, Caimán



Sánchez o Corbatta. Sin embargo, como periodista en formación, respeta esas leyendas y todo lo que se les atribuye, sean mito o realidad.

“A mi papá le gusta Malásquez, dice que es su ídolo, pero yo no lo vi. Cuentan que le pegaba muy duro a la pelota y que hacía goles increíbles, pero yo solo he sido testigo de los recientes diez o doce años”, explica.

Hay una experiencia que define a Sergio como verdadero hincha del DIM, y es su partido favorito de toda la historia, o al menos el que recuerda con mayor nostalgia. “Llegó un tiempo en el que mi familia dejó de acompañarme al estadio porque el equipo iba a muy mal. Me tocó ir solo a un partido entre el DIM y Once Caldas. Apenas habíamos cuatro mil personas en el Atanasio y estábamos por fuera de los ocho. Recuerdo que si ganábamos podíamos clasificar con 25 puntos, pero el Once se fue arriba 0-1. Luego el Medallo le dio vuelta y se puso 2-1. Mostraron la tabla de posiciones en la pantalla gigante y estábamos adentro. Nos pusimos a saltar y a gritar de la felicidad. Era una alegría tan íntima, pues éramos muy poquitos, y muchos nos pusimos a llorar. Luego el Once Caldas hizo el segundo y el tercero, y perdimos 2-3. Volamos, pero todos aplaudimos a los jugadores porque lo habían entregado todo”.

Esa tarde Sergio se graduó de hincha, de los hinchas que sufren a sus equipos en las malas y los gozan en las buenas. Desde ese día ya no tuvo que pedir permiso para ir solo al estadio. Se había ganado ese derecho.

Para hacer crecer su pequeño museo del Poderoso, Sergio se la pasa buscando objetos que tengan que ver con el equipo y no ve la hora de graduarse para comenzar a trabajar y correr con los gastos de su colección y su fiebre. Por ahora tiene camisetas, gorras, paraguas, bufandas, relojes, porcelanas, toallas y hasta cadenas de bicicleta con los colores de su DIM amado. Trata de asistir a todos los partidos, incluso a los que el rojo enfrenta como visitante. Una vez, rebosante de emoción, compró pasajes de ida y vuelta a Barranquilla para ver al Medellín contra Junior en un partido que se jugaría a las cinco de la tarde. Juró haber comprado el tiquete para las cinco de la mañana, pero la aerolínea le confirmó que el vuelo salía a la hora del juego. Perdió el dinero y se ganó más de un mes de *bullying* de familiares y amigos. Pero no le importó, pues esas cosas solo les pasan a los hinchas de corazón. Sabe que la enfermedad por un equipo hace andar los relojes al revés y troca los calendarios. En cualquier momento su amor le jugará un nuevo engaño y lo hará cometer otra barbaridad en honor a su equipo. Gajes de un hincha joven con alma de viejo. ★

Sueño poderoso

EL DIM tuvo una memorable participación en la Copa Libertadores de 2003. El equipo dirigido por Víctor Luna y comandado por Mao Molina, David Montoya, Tressor Moreno, David González, Choronta Restrepo, Choto Cortés y Amaranto Perea conquistó el continente con su buen fútbol. Para clasificar primero en su grupo tuvo que ganarle a Barcelona de Guayaquil,

Colo Colo y Boca Juniors. En octavos eliminó a Cerro Porteño desde los doce pasos y en cuartos dejó atrás a Gremio de Porto Alegre con un gol en el minuto 90 de William Vásquez Chacón que casi tumba el Atanasio. El sueño poderoso sucumbió en semifinales ante el Santos de Robinho, que en la final no pudo con el Boca de Carlos Bianchi, ganador ese año de su quinta Copa Libertadores.





Mi albo querido

Por **Andrea Ávila**

Mi nombre es Andrea, y soy hinchita del Once Caldas. Resido en Medellín desde el 2001, desde que tenía siete años de edad. Nací en Manizales y vine a Medellín cuando mi padre consiguió trabajo aquí.

Me volví hinchita del Once Caldas porque era una forma de sentirme cerca de mi Manizales del alma. Mi abuela le enseñó este amor a mi padre y mi padre me lo inculcó a mí. Cada vez que ella venía a Medellín hablábamos de fútbol, ella me enseñó a escuchar los partidos por radio, y si los televisaban prendía el televisor y lo dejaba sin volumen para prender su radio de bolsillo.

Mi abuela me enseñó a no olvidar en dónde había nacido así que amar al Once Caldas era amar a Manizales. Me interesaba ver los partidos, le pedía a mi abuela que



me trajera una camiseta con el número 9 en la espalda que era el número de mi ídolo Sergio Galván Rey.

Cuando estaba en la escuela peleaba con mis amiguitos porque ellos eran hinchas del Nacional y del Medellín, y existía cierta rivalidad por eso, nunca quise cambiarme de equipo y como era una orgullosa pequeña hincha no callaba mi amor aunque me colmaran de burlas por ser diferente. Once Caldas era fútbol, era familia, era ciudad, era amor, era compartir algo con un padre amoroso aunque de pocas palabras. Mientras mis amiguitos dibujaban sus escudos del verde o del rojo en los cuadernos, yo adornaba los míos con el escudo de mi albo querido. Vi al Once Caldas coronarse campeón en el 2003 cuando tenía nueve años. Habían conseguido su segunda estrella, la primera la habían ganado en 1950. Obviamente cada victoria del Once Caldas la presumía con mis compañeritos de clase como cuando ellos presumían de las suyas. Pero nada de lo que estaba pasando en ese momento podía haberme preparado para lo que vendría después.

1 de julio del 2004, final de la Copa Toyota Libertadores, partido de vuelta entre Once Caldas y Boca Juniors de Argentina, después de empatar los partidos de ida y vuelta todo iba a resolverse desde el punto penal. Toda Colombia estaba unida bajo los colores de mi Manizales amada: verde, blanco y rojo que representaba toda su tradición cafetera y su equipo, un Once Caldas que había hecho un torneo impecable. El humilde equipo manizalita, del que nada se esperaba, estaba a contados minutos de hacer historia. Era de noche, yo vivía en el barrio La América y era un manajo de nervios. Mamá, papá y yo frente al televisor. Once Caldas iba por delante dos goles a cero cuando Juan Carlos Henao tapa el disparo de Franco Cangelé que sella para siempre ese día como el más feliz de mi vida. Todo Medellín estalló en gritos de alegría, los carros pitaban en las calles, la gente se abrazaba, sentía este triunfo como suyo, todos éramos Colombia, todos éramos Once Caldas. Mi madre me besaba y me abrazaba y yo lloraba de la alegría. Se escuchaba el

pasodoble de la feria de Manizales, salimos a la calle a ver la tremenda celebración en los alrededores. Yo que siempre me sentí diferente porque nadie aparte de mi familia compartía este amor me sentí por primera vez incluida y amada, así entendí que Medellín también tenía cosas para ofrecerme y que si buscaba el calor de hogar no tendría que ir muy lejos. Mientras escribo esto se me hace un nudo en la garganta. Nunca olvidaré lo que sentí y viví en ese momento.

Abuela, muchas gracias por enseñarme lo que son el amor y la lealtad. Papá, muchas gracias por compartir esta pasión conmigo. Aún somos tu y yo sentados frente al televisor, con el corazón en la mano, muchos años después de la alegría futbolística más grande de nuestras vidas. Quizás esta sea la única pasión que compartimos como padre e hija, así que déjame decirte algo: solo por compartir tiempo contigo podría ver todo el fútbol que quisieras. Te amo papá. Te amo Once Caldas campeón de América, gracias por unir y llenar de orgullo a todo un país.★

El Indio

Por **David E. Guzmán**

Genry vivió sus primerísimos años inocente del fútbol. Era una época en la que difícilmente transmitían partidos por televisión. Pero cuando entró a la escuela de su natal Urrao, a los ocho años de edad, empezó a escuchar a otros niños hablar de dos equipos. “Decían que el Medellín era para la gente que vivía en Medellín y que Nacional era para el resto de Antioquia”, recuerda. Entonces todos los urraños eran hinchas verdes, seguidores de un equipo de media tabla en el que la estrella del momento era un arquero argentino, Raúl Navarro. Era mediados de los setenta, se hablaba de las atajadas del extranjero y de la reciente vuelta olímpica del club en 1973. Entonces ya no hubo más remedio: Genry Durán Vélez perdió la inocencia futbolera, empezaba a ser culpable de amar al Atlético Nacional.

Los días de partido Genry trabaja como siempre: abre su tienda en el barrio La Castellana temprano en la mañana, recibe a los proveedores, despacha a sus

clientes, entrega devueltas, cobra, paga, atiende el teléfono, va a la nevera y al horno microondas, saluda, conversa. Pero cuando juega Nacional no se queda hasta las seis para cerrar el negocio, a media tarde su esposa lo releva detrás de la vitrina para que él pueda ir a preparar su penacho, pintarse la cara y armarse de pendón y bandera para salir al estadio. Pero el que sale de casa para el Atanasio Girardot ya no es Genry, es un indio, el Indio de Urrao.

La primera aparición del Indio en la tribuna Oriental del estadio fue en agosto de 1995 cuando Nacional se enfrentaba al Gremio de Porto Alegre en la final de la Copa Libertadores. En medio de todos los disfraces de la barra Escándalo Verde, Genry apareció con un penacho de plumas verdes y blancas, la cara pintada de esos mismos colores, varios collares indígenas y la camiseta de rayas, todo con el escudo de Nacional.

“Yo pertenecía al Escándalo Verde y para las finales o los clásicos teníamos la costumbre de que una

gallada se disfrazara. Esa vez una pelada se disfrazó de monja, otro fue de médico, otro se puso saco y corbata, y así”, relata Genry, quien para esa ocasión recicló las plumas que le sobraron del traje de indio que había usado el mes anterior durante las fiestas del Cacique Toné, en Urrao. “Me hice un disfraz de indio pero alusivo a Nacional”, dice entre risas hoy, sabedor de que esa iniciativa le marcó un destino. Porque a partir de entonces, es decir, hace veintiún años, va al estadio personificando al Indio. “Desde ese día me empezaron a exigir que fuera así a todos los partidos, las veces que iba sin el disfraz me sacaban de la barra, por recocha, hacían como que no me conocían”.

El Escándalo Verde se acabó en el año 2000, pero entonces Genry conformó su propia barra: Urrao Paraíso Verde, en honor a su pueblo, del que salió en 1993 para establecerse definitivamente en Medellín. Y sigue sin falta al equipo, al que acompañó incluso hasta La Bombonera, en Buenos Aires, en el año 2004.





“Yo estuve la vez que le ganamos a Boca allá en Copa Suramericana. Viajé con los jugadores en el bus para el estadio, ya conocía a varios y ahí conocí a otros, como al Totono Grisales, que después del partido se puso un disfraz que yo llevaba para un amigo”, relata, un disfraz de indio, claro. Y Totono hasta dio declaraciones en Fox con el penacho puesto.

En la tribuna Genry congrega, alrededor de él la barra grita, canta y se emociona. El Indio es el personaje estrella, el líder, y en cada partido siempre hay alguien que le pide el favor de arrimarse para una foto. Cuando el partido termina Genry es de los que se queda con el equipo, siempre que se puede, en el camerino. Por eso ha conocido a todos los jugadores que han pasado por Nacional en estas dos décadas. “Tengo colección de fotos con todos”, afirma. Y sí, en la vitrina de su tienda exhibe fotos con Calero, Aristizábal, Asprilla, Ángel, Usuriaga, Osorio, al lado de recortes de prensa de cuando el Indio ha sido noticia en diferentes medios. El santuario se extiende hasta su habitación, al fondo de la tienda, llena de banderas, banderines y más fotos de su verde amado. Allí tiene un afiche autografiado por el inolvidable Andrés Escobar.

El Indio también acompañó al equipo durante muchos años por los estadios del país. “Viajaba mucho cuando se podía, pero últimamente no volví a viajar, eso se volvió muy complicado con esos pelaitos peliando,

no pueden ver un hincha de otra ciudad porque es a peliar a toda hora, entonces no aguanta”, se lamenta Genry, un hincha de verdad, tranquilo, que sabe ganar, perder y empatar.

“Ser buen hincha es no estar metido en problemas ni andar pintando las paredes con los nombres de las barras; ni poniéndole problema a los seguidores de los otros equipos o al que tenga una camiseta diferente. Hay que respetar la diferencia, todos no podemos ser hinchas del mismo equipo, es como todos tener la misma novia, no se puede”, y agrega: “El fútbol no es una guerra, es un deporte, es para uno divertirse y pasar bueno. Los hinchas vamos a animar y se sabe que el equipo de uno puede ganar, perder o empatar, lo que sea, el que gana celebra y el que no, se va para la casa y ya, la vida continúa”.

Para Genry el mejor partido es el clásico, “es el que más me gusta”. Y que hayan vuelto las dos hinchadas, la de Nacional y la del Medellín, le gusta aún más. “Eso es bueno con las dos hinchadas, con una sola es como ir a una fiesta y que no dejen entrar parejas, que toque bailar solo”, se ríe el Indio. Y recuerda cuando en los noventa las hinchadas de los dos rivales eran revueltas. “Se iba al estadio en familia, los de la Putería Roja y el Escándalo Verde éramos en la misma tribuna separados apenas por un cordoncito policial. Nunca hubo problemas más allá del enfrentamiento con cánticos”. Se le

nota la nostalgia por esas fechas de clásico en las que desde la entrada hasta la salida se mezclaban rojos y verdes y solo se separaban durante los noventa minutos de juego. “Como uno llegaba al estadio tres o cuatro horas antes, había que llevar fiambre, eso era al que mejor fiambre llevara, y mientras empezaba el partido nos dedicábamos a jugar cartas”, relata Genry, que llegó a hacer parte de los desafíos de apuntau en los que se enfrentaban grupos de hinchas de lado y lado. “Cuando empezaba el partido ahí sí cada uno para su barra, pero nos volvíamos a reunir a la salida a analizar el juego”.

Para este jefe de la tribu la alegría más grande que le ha dado su equipo es la Copa Libertadores de 1989, en un momento en el que Nacional era un equipo pequeño y estaba conformado por puros criollos. “La Libertadores era algo inalcanzable y más para Nacional que no era el equipo más grande de aquí de Colombia, era de los pequeños, que estaba despegando, pero desde ahí se hizo grande”, el orgullo le siembra una sonrisa al Indio fiel. Hincha y amigo de los dueños del balón. Jugadores como Christian Marrugo y Camilo Zúñiga estuvieron incluso en su matrimonio, y Juan Fernando Caicedo, delantero del DIM que vivió hasta hace poco en el edificio frente a su tienda, suele visitarlo no solo para utilizar los servicios del negocio sino también para hablar de fútbol.

Desde la tribuna Genry ha visto pasar a todos los jugadores en estos años, los que han crecido en el club para luego despedirse como estrellas y los que no han logrado brillar como prometían. En especial recuerda a Juan Pablo Ángel, quien empezó en 1993 como un muchacho desconocido y se despidió del equipo en 2014 consagrado como futbolista y amado como persona.

Pero esta pasión también le ha ocasionado tristezas, y aunque las derrotas en el campo de juego son muy duras, como las finales perdidas, lo más difícil para el Indio ha sido superar la muerte violenta de Andrés Escobar. “Muchos amigos y conocidos dejaron de ir al estadio después de eso, se desencantaron del fútbol... fue muy duro, muy berraco...”, admite. Sin embargo, el mismo equipo le ha dado la fortaleza para seguir yendo, sin falta, siempre a Oriental, siempre con su atuendo. “En Oriental, toda la vida, fui algunas veces a Sur pero no es lo mismo, no me acomodé, y si no es con el disfraz ya no soy capaz de ir”.

Genry —sí, con G, “porque cuando eso hasta los registradores eran analfabetos”— se confiesa enamorado y fiel, no importa que el tiempo pase, que las barras cambien, será el Indio de Urrao, hincha incondicional de Nacional, siempre. “Este es el amor verdadero, el único”.★



Fútbol en pantalla negra

Por **Rafael González**

Un viento helado, impregnado de un olor que combina sangre, carne fresca y grasa, recorre los pasillos del ala suroccidental de la Plaza Minorista de Medellín. En los callejones, decenas de trabajadores caminan afanados cargando canecas de plástico repletas de pedazos de cerdo y de res. Otros, con sus ovellos manchados, llevan en sus hombros mitades de marranos que dejan un rastro de gotas que se van secando en el piso gris del Sector 8 del mercado.

Es sábado, ya casi mediodía, y todo está agitado. Detrás de las vitrinas, los empleados reciben pedidos, liman, despedazan, gritan, trozan y despachan. Cada tanto abren los congeladores que, de nuevo, dejan salir ese aire frío y pesado que se mete en los pulmones. El lugar es un submundo dentro de la plaza. A pesar del descontrol todo está ordenado. Los carniceros lucen sus delantales blancos de dril y encima un sobretodo de plástico del mismo color. Todo funciona bien, hasta las básculas que con rapidez marcan el peso y sentencian el precio de las carnes.

Entre la gente, por uno de los pasillos, una figura se acerca caminando lenta y decidida hacia las carnicerías. Sus pasos son acompañados por un bastón plegable de aluminio que tiene en su mano derecha. Es un hombre recién bañado y bien peinado, con el pelo corto, medio rubio, tirado hacia atrás. Lleva bluyín, tenis y luce una camiseta de Independiente Medellín con el número 15. Su estatura, 1,74 metros, y su estado físico, lo hacen ver como una persona

atlética, que cuida su figura. Luce más joven que los 42 años recién cumplidos que señala su cédula.

Mientras avanza por los pasillos, Jaime Ramírez, o Jimmy, responde a los halagos, los saludos y los insultos.

—Jimmy, ¡quitate esa camisa! ¿No te da pena? —le grita un carnicero mientras se ríe.

—¿Para qué me la voy a quitar? ¿Pa que te la pongás vos? —le responde.

—Hoy pierden parcero. Se van a quedar afuera.

—Tranquilo mijo. Eso lo coronamos papá —replica Jimmy, sin perder la calma.

Siempre contesta. No se queda con nada. Desde otras carnicerías le dan ánimo, lo saludan. Él se ríe. Agarra la camisa, toma el escudo del Medellín de 2001, ese que tiene solo dos estrellas, y le da un beso. Así les responde a muchos. Los metidos, que no dicen nada pero no se pierden detalle, también sueltan la carcajada. Saben que Jimmy es un *rockstar* en ese lado de la plaza. Tiene que ver con todos. Los carniceros lo conocen y lo aprecian.

El sueño del balón

Jimmy llegó a la Minorista cuando tenía once años, a mediados de los ochenta, recién inaugurado el mercado. El ejemplo de su padre, carnicero y comerciante, lo

llevó a frecuentar el lugar a diario. En los expendios de la época aprendió a manejar los cuchillos y a conocer de los cortes del ganado.

“Al principio no me dejaban arrimar mucho, pero con los días vieron que era trabajador y me empezaron a soltar mandados. Me gané la confianza de todos”, recuerda Jimmy.

Y entre esos primeros destinos hubo uno que aprendió rápido, bien y le quedó gustando para siempre: pelar cabezas de cerdos y vacas. Solo tardaba dos minutos y medio en dejar el cráneo de un marrano liso y sacarle las tres libras de esa carne que para muchos es desperdicio, pero en los barrios populares se usa para acompañar la sopa o freír.

A esa edad, su gusto por la carnicería solo era opacado por el fútbol, su otra pasión. Por eso cuando no estaba en la plaza, andaba en una cancha o en el estadio viendo al Medallo. Esa afición la heredó de su tío José Oliver Medina, quien lo llevó primera por vez



al Atanasio por allá a finales de los setenta, cuando la tribuna Norte todavía la llamaban Corea.

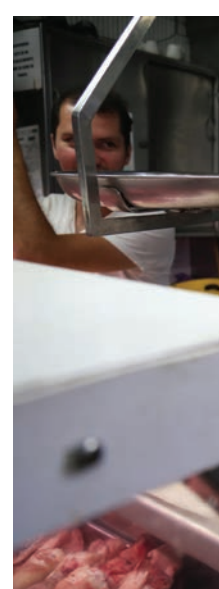
La adolescencia de Jimmy pasó entre el oficio de carnicero, las canchas de arena y el estadio. En la plaza se volvió uno de los arregladores de cabezas más conocidos, jugaba al fútbol con amigos de Manrique Guadalupe y su calidad lo llevó a probarse en el Medellín, pero no quedó “porque era muy indisciplinado y loco”, recuerda. Así se despidió del sueño de ser jugador profesional. Pero nunca dejó las graderías.

Pasando al negro total

El último sorbo de la cerveza no alcanzó a bajar por la garganta de Jimmy cuando sintió que la noche se congelaba. Los gritos de quienes estaban a su lado cada vez sonaban más lejanos. Sintió nuevos golpes en su cabeza y cuando quiso reaccionar estaba tirado en el piso. Las botellas y las sillas le caían encima. Quiso levantarse y fue ahí cuando sintió un olor muy familiar. ¡Era sangre! Pero esta vez era la suya. Solo alcanzó a decir:

—¡Llévenme a Policlínica!

Así terminó la noche de Jimmy el 22 de septiembre de 1994 en un bar de la carrera 70 de Medellín. Mientras tomaba cerveza con unos amigos recibió varios disparos en la cabeza. El primero le destrozó la órbita del ojo izquierdo. Los demás lo dejaron inconsciente y solo recuerda su súplica de que lo llevaran al centro asistencial.



Días después del atentado, todavía convaleciente en la cama de hospital, se le acercó una doctora, que muy seria y pausada le dijo:

—Jaime... usted se va a quedar ciego.

—Doctora, cuénteme algo que yo no sepa — respondió.

Lo daños en el otro ojo también eran irreversibles y los médicos tuvieron que operar porque otros órganos podían comprometerse.

“Eso fue muy berraco. Lo más hijueputa fue que no iba a jugar fútbol nunca más”, recuerda.

Pero lejos de quedarse rumiando su tristeza, Jimmy aceleró su recuperación. Empezó a caminar de a poco, pegado de las paredes de su casa. Comenzó a salir a la calle ayudado por su esposa y al mes del atentado pidió que lo llevaran a la Minorista.

“Volvió a las carnicerías y al principio no lo dejaban arrimar. Creían que por estar ciego se iba a cortar las manos pelando las cabezas. Pero a los días ya estaba trabajando de nuevo. Nadie lo creía”, dice Fabio García, comerciante de carne y amigo de Jimmy desde hace 32 años.



Del negro al rojo

Después del atentado Jimmy se volvió un oyente fiel de los comentarios radiales de Wbeimar Muñoz Ceballos, cada vez que jugaba el Medellín. La radio le alegraba el alma, era esa conexión entre él, la tribuna y la cancha. Pero antes de acabarse el año se propuso ir al estadio. Y así fue.

Se enfundó una camiseta del Medellín y con el transistor pegado a su oreja, acompañado de amigos y familiares, se montó en el bus de Manrique. Aunque no veía nada, todo se le hizo familiar. Los olores de las chazas afuera del Atanasio y el bullicio de la

gente eran iguales. Los de cada domingo. Pero esta vez Jimmy ponía su atención en todo. Memorizó cada hueco, escalón, puerta, resalto, baranda y baldosa por los que pasó antes de sentarse en la tribuna. Esa tarde de domingo, con el Unión Magdalena como rival, celebró a los abrazos los dos goles del triunfo del DIM en la tribuna Norte. "Por lo menos debuté como ciego ganando", dice.

Pocos meses después cumplió otro sueño que tenía aplazado desde que perdió la visión. Conoció a varias personas de un club de fútbol para discapacitados

visuales llamado Nueva Generación y volvió a patear el balón.

En el Atanasio, ya en 2001, Jimmy creó una barra con sus compañeros del equipo, hinchas del Medellín, que nombró Nueva Visión Roja. Junto a ese puñado de discapacitados visuales vivió de cerca, en la parte baja de la tribuna Oriental, el subtítulo de ese año. Y doce meses después, la tercera estrella del Medellín tras 45 años sequía. Esos dos torneos le sirvieron para formar una buena amistad con John Javier 'Choronta' Restrepo, uno de sus ídolos. Y Choronta fue quien le dio a

Jimmy una de las alegrías más grandes en 2009, durante la campaña para la quinta estrella del DIM. “Sentí el grito de la gente y empecé a celebrar. Al momento me abrazaron y me dijeron: ¡Gritá marica, goool! Me dí cuenta de que era Choronta. Se había saltado las vallas de publicidad y había venido a dedicarme el gol”.

De la carne al hueso

Ya es mediodía de sábado en la plaza. Jimmy se saca la camiseta con el número 15 y empieza a doblarla. Le da una vuelta y la desdobra. Agarra el cuello y las mangas. Hace un doblez y otro más. La prenda casi está lista, reducida a un cuarto de su tamaño, pero vuelve a extenderla. Es como un ritual. Repite tres veces los movimientos y la deja a un lado. Se pone el delantal blanco de dril y el sobretodo de plástico.

Toma el cuchillo de mango blanco con la mano derecha y con la izquierda sostiene la chaira (la lima circular) para sacarle filo. Con movimientos rápidos frota el metal durante unos cuarenta segundos y pasa el pulgar suavemente. No está contento con el filo. Pide la piedra de amolar y vuelve a pasar la hoja hasta que queda conforme. Se pone el guante de malla de metal en la izquierda y con esa misma mano acerca la cabeza del cerdo con la trompa apuntando hacia él. Comienza la faena. Mete el filo de lleno en el cachete izquierdo y en quince segundos ya no hay piel de ese lado. Otros treinta segundos y toda la careta queda afuera.

Del animal solo queda hueso, filamentos, grasa y algunos pedazos de músculos rosados que completan la figura de la cabeza. Jimmy pasa el cuchillo por las cavidades y saca la carne que apila a un lado del tablón blanco, en el mostrador. Afila de nuevo. Retira la quijada de abajo y medio minuto después el cráneo está completamente pelado. A un costado, tres libras de carne reposan para ser vendidas.

Termina y se va tranquilo por los corredores. Se despide de todos. Aparece de nuevo el *rockstar*. Afuera atiende clientes. Además de pelador, ahora vende lotes de

carne que le dan en consignación en los expendios. Hace cuentas. Suma más rápido que una calculadora y no se preocupa de que le metan un billete falso. Reconoce, al tacto, la legitimidad y el valor de cada uno.

Se va a su casa solo y se prepara porque al otro día hay que jugar. No falla al partido dominical de mediodía con la selección Antioquia para discapacitados visuales en la cancha La Chalaca, un predio que les prestan en La Estrella. En el gramado Jimmy es un león. Deja la piel en cada jugada. Corre tras el balón sonoro y lo maneja con las dos piernas. No ha perdido la calidad de volante mixto que exhibió en su adolescencia. Se agita, bravea, insulta y mete duro en cada entrada.

“Ese temperamento fuerte le ha servido para ser goleador nacional y para integrar la selección Colombia”, asegura Mauricio Montoya, su entrenador.

Jugando se siente pleno, como en el estadio viendo al Medellín. Y no se desanima por bobadas, como la que le ocurrió el pasado 18 de octubre de 2016, cuando en una puerta de Oriental del Atanasio Girardot, una portera nueva, del otro lado del molinete y con más ínfulas que mando, le dijo: “Usted no puede entrar. ¡A ver su boleta, señor?”. Jimmy no quiso explicarle que nunca había necesitado boleta para ingresar, se guardó sus palabras. Tampoco quiso hablarle de los veintidós años que lleva entrando a la cancha sin poder ver pero vibrando con Medellín, ni de que fue fundador de una barra. Solo le dijo a Sebastián, uno de sus siete hijos, que entrara tranquilo a la tribuna y que disfrutara del juego.

Se sentó a esperarlo en una de las jardineras de afuera del estadio. Medellín y Cerro Porteño empataron sin goles en esa noche fría. Jimmy, afuera, pegado del radio, quiso vivirlo como siempre. Oyó los gritos de la gente a lo lejos, trató de concentrarse. Tanto que se animó a seguir algunos de los cánticos de aliento que llegaban desde la popular. Hizo su mejor esfuerzo, pero no fue igual. ★

Licencia para escapar

Por **Jorge Valdano**

Algún día en mitad de un partido, llamarán por teléfono a la portería de Higuita y alguien, quien sabe quién, contestará que ha salido. Arquero con la mente en el arco ajeno, portero con licencia para escapar, guardameta con derecho al amplio jardín comunitario que es todo campo de fútbol: ese es René Higuita. Que lance y detenga penaltis es una anécdota menor: estamos hablando de un portero que no sale del área para despejar sino para jugar. Es el libero de una defensa en línea y en sus ratos libres de portero se le puede ver anticipando de cabeza, bajando la pelota con el pecho, tirando paredes o jugando en profundidad. Después de cualquiera de estos viajes, regresa con cara de no haber roto un plato al predio en donde le dejan usar las manos, dejando en el aire miradas perplejas, sonrisas incrédulas, gestos de estupor. ¿Quién dijo que en el fútbol está todo inventado?

Tomado de *El País* de España, junio 21 de 1990





El Abuelo

Por **Joaquín Botero**

Guillermo Morales, alias el Abuelo, asiste con regularidad a la tribuna Sur del Atanasio Girardot desde 1966, mucho antes de que se construyera el "segundo piso". Recuerda incluso que en ocasiones llegó a ver a su querido Atlético Nacional trepado a los árboles, detrás de las tribunas Sur o Norte.

El Abuelo pocas veces ha visto a su equipo desde un lugar distinto a la tribuna Sur: solo en las ocasiones en que la administración local la ha cerrado por mal comportamiento de los hinchas y cuando asistió al triunfo de Nacional en la final de la Copa Libertadores de 2016 en el palco del equipo. El 5 de julio anterior había sufrido una grave fractura de rodilla y tibia de la pierna derecha tras un frenazo torpe en su motocicleta. Por comodidad y una crisis de dolor previa al partido de

vuelta frente al Independiente del Valle de Ecuador, se hicieron los arreglos para que ingresara al selecto lugar. Lo vio junto a los ex técnicos Francisco Maturana y Bolillo Gómez, pero al final las lágrimas de alegría se mezclaron con las de tristeza por no haber podido estar con sus compañeros de la barra Los del Sur. “Fuera de mi hábitat”. Un video en YouTube muestra el emotivo día.

El ingreso del Abuelo a Los del Sur fue como una compleja danza de un bailarín rebelde y una tropa desenfadada. Cuenta Raúl Martínez, uno de los líderes, que cuando nació la barra en noviembre de 1997, “el Abuelo toda la vida había permanecido en el mismo punto detrás del arco. Pero va llegando más y más gente y se va expandiendo y lo vamos convenciendo de que se corra”.

El Abuelo interviene para describir el baile: “Entendí el fanatismo porque lo sabía de los hinchas de Boca Juniors. Pero llegué a un punto cerca del banderín de *corner* y les dije que de ahí no pasaba. La barra siguió creciendo al lado y ellos respetaron mi puesto y el de mis hijos”. Por entonces, cuarentón, tenía un abundante cabello canoso y ensortijado, por eso surgió el apodo.

“Ellos con sus trapos eran pura novelería y muchos pelados cantándole a la tribuna. Eso no lo soportaba yo. Desde ese momento tuve que hacerme respetar porque no dejaban ver”, cuenta. Raúl agrega que lo que aquel no soporta es que haya cuatro o cinco alrededor que no vean el partido. Sigue el Abuelo: “Yo voy a fútbol a ver la bolita, no a la muchacha del lado”. Así les enseñó a sus dos hijos, Juan Guillermo y Andrés, a enfocarse: “¿Dónde está la bolita?”.

Juan Guillermo recuerda que el papá los convenció de que desde Sur se veía mejor la cancha y que podían observar los fuera de lugar hasta en la zona norte.

Familia y profesión

El Abuelo nació en Titiribí en 1954. No creció en una familia aficionada al fútbol, pero “la pasión viene desde el vientre de mi madre porque ese año Nacional quedó campeón por primera vez”. Recuerda de niño en su pueblo a Jaime Posada el dueño

de una distribuidora de cerveza y gaseosa. “Tenía afiches y recortes de equipos pero no del Medellín. En mi casa no había radio, entonces yo iba a oír los partidos de Nacional al negocio”.

Desde que asistió al estadio por primera vez hizo “hasta lo imposible” por no faltar los domingos a las 3:45 p.m. Venía solo y alcanzaba a tomar en la calle Colombia el último bus de regreso a Titiribí pasadas las seis de la tarde.

Morales y su esposa Margarita crecieron en la misma cuadra en Titiribí. Se casaron en 1980. Juan Guillermo nació cuando Nacional ganó el campeonato en 1981. Luego llegó Adriana, y Andrés, el Flaco, nació en 1989 cuando el verde levantó su primera Copa Libertadores. Los dos hombres heredaron el fanatismo y siempre se ubican frente al padre en la tribuna, recostados a la baranda. Ya no hay que preguntarle dónde está la bolita. La familia se mudó hace veinte años a Medellín y vive en La Floresta.

“Mi mujer respeta mi pasión o la tiene que aguantar, porque sabe que gústele o no, nada me va a detener para ver al Nacional. Por lo demás he hecho el ochenta por ciento de lo que ella dice. Nunca nos hemos separado. Siempre estuve con mis hijos cuando estaban pequeños y solo salía a trabajar y a fútbol. Mi primera fijación fue formarlos. Entregué lo mejor de mí. Una vez apareció un amigo que llevaba ocho años sin ver y con ganas de sacarme y yo le dije que respetara, que estaba con mis hijos. Que mejor mañana conversábamos”.

La paternidad dio sus frutos. El hijo mayor es abogado y trabaja en la Personería Municipal de Medellín en la unidad de derechos humanos. No falta a fútbol y trabaja por la barra. “Pero también le ha tocado defender a hinchas del Medellín desde su posición. O darles la razón cuando han sido violentados por los del Nacional o reconocer si los nuestros violan la ley”, dice el padre. Es sureño, pero se ha ganado el respeto de los miembros de Rexixtenxia Norte. Adriana, la segunda, empieza con éxito su negocio de ventas por internet, y Andrés, el menor, adelanta estudios de Derecho.

De joven, el abuelo se ganó la vida como mesero y hasta fue recolector de café. Luego un profesor lo ayudó a inscribirse en la Escuela Normal Superior en el barrio Villa Hermosa y desde entonces es docente. “Trabajé con adolescentes, cosa difícil, más en la ciudad. Una vez un muchacho escupió en el tablero y perdí los estribos y lo empecé a insultar. Fue una falla mía”. Terminó el año y pidió traslado a la primaria en la que lleva doce años. Ahora enseña Sociales en Manrique. Hace paralelos entre Simón Bolívar y Cristóbal Colón y personajes de la actualidad. “¿A quién se les parece?”, así estimula la conversación.

En ocasiones, de paso por tantos barrios que ha transitado, lo saludan sureños. “De entrada no los reconozco porque no tienen la camiseta. Además es imposible recordar tantas caras, nombres y sobrenombres”.

Durante la realización de esta entrevista, en la sede de la barra cerca de la carrera 70, varios miembros lo saludaron y lo felicitaron por su recuperación. “Usted sí es un berraco”, “por allá lo esperamos”. Aún usaba muletas, pero atrás quedaron las semanas más difíciles que coincidieron con la conquista de la Copa Libertadores.

“La palabra fanático es muy fuerte, pero me siento fanático. El aficionado va de vez en cuando y escucha el partido por radio o lo ve por televisión. Es un placer que uno siente siempre. Todos los días recuerdo al equipo”, dice.

Morales le dijo a su madre que no se muriera un día que jugara Nacional, “porque ahí la dejo. Se me murió un viernes y la enterré un sábado”.

El Abuelo tiene amigos hinchas del Medellín. Habla de las tensiones con fanáticos del DIM antes o después de los clásicos, pero de su parte nunca hubo palabras ni actos violentos. “No hay nada más tonto que pelear por una camiseta. La barra debe evitar la confrontación con otros”.

Cuando está tomando licor evita los corrillos en los que se habla de política, religión y fútbol. “Yo no peleo por el fútbol, simplemente no me pongo nada rojo”. Pero que no se interprete como un desprecio al color del rival de patio. El Abuelo es un hombre de agüeros: viste determinadas prendas del equipo según el partido.

Intenta controlar a los que se sientan alrededor suyo en la tribuna: Jorge Gómez se ubica a su izquierda, Iván Moscoso a su derecha, los dos hijos al frente. “Si Raúl se mueve entre la tribuna y vamos perdiendo lo hago que regrese a su puesto y luego ¡jaz! Empatamos. O si alguno tiene la visera de la cachucha hacia atrás le pido que la mueva hacia adelante y luego ¡gol de Nacional!”.

El pasado en presente

El Abuelo evoca los tiempos en que era más fácil para el hincha interactuar con los jugadores. Le gustaba ver la pretemporada en las épocas del técnico Zubeldía. O cuando los jugadores se bajaban de sus autos al lado del estadio y él era feliz estrechando manos. “Ahora solo los podemos ver en una cancha. Igual no los busco como en las épocas en que tenía breves intercambios. Me parecían amables el Toro Tamayo, la Chancha Fernández, Eduardo Julián Retat, Eduardo Emilio Vilarete, Lorenzo Carrabs y el técnico López Fretes”.

Pero en la cancha, ¿cuál ha sido el jugador más grande que has visto? Responde sin pausa: “El argentino Jorge Hugo ‘la Chancha’ Fernández y el Poeta de la Zurda, el peruano César Cueto, por su plasticidad, gambeta y túneles. Colombiano, Higuita: después de ese loco nadie”.

Los seis títulos conseguidos bajo las órdenes de Juan Carlos Osorio no lo emocionan: “Fueron aburridos, insípidos. Yo no recuerdo nada. Era un fútbol mecánico. Grandes fueron Zubeldía o Maturana”.

El fanatismo del Abuelo por el Atlético Nacional no es igual al que siente por la selección Colombia. “Fui criado con el fútbol de Brasil”, durante tantas décadas que Colombia estuvo ausente de la Copa Mundo hasta que regresó a Italia 90. “Le hice fuerza cuando Pacho la llevó. Y le hago fuerza por los jugadores que hay de Nacional o los paisas. Pero cuando pierden no me da esa tristeza como cuando pierde Nacional que me cierro a todos los medios de comunicación”. El Abuelo es verde en las dichas y en las amarguras, no conoce otros colores para sus penas y sus gritos. ★





No esperé

Por **Sara Stefania Hernández**

No tuve que esperar 45 años, no fui testigo de una maldición que no dejó ganar muchos campeonatos, no aguanté las burlas ni los comentarios de los de la otra esquina. Pero ese diciembre del 2002, con siete años recién cumplidos, lloré, sufrí y celebré lo que hasta ese momento era lo más grande que me había pasado. Ese día, después de terminar arrodillada en el suelo por el gol más bonito que han visto mis ojos, al lado de muchos señores, conocí la pasión más irracional, grande y fiel que la carne puede sentir.

La primera vez que fui a ver un partido de fútbol tenía cinco años. Estaba en Oriental con mi padre. El escenario era imponente, los seguidores, los canticos, los gritos y el aliento. Sin lugar a dudas el fútbol era una extensión de mí, pero sentía que esa fiesta no era mía, el verde solo es lindo en la naturaleza, en los árboles. Hoy lo entiendo, ese día estaba tan obnubilada, sentía que el estadio era a donde



perteneía, así que hice mi fiesta, gritando y saltando. No recuerdo mucho de ese juego, solo que el otro equipo era el Quindío y que la parcialidad local coreaba el nombre de Leonel Álvarez.

Fueron varias las veces que visité el Atanasio, siempre con mi papá al lado, pero comenzaba a parecerme aburrido, lo extraordinario que fue la primera vez ya era común, la piel ya no se erizaba. En secreto, le hacía fuerza al equipo rival para que ganara. Mi padre estaba tan emocionado que me compró el uniforme completo, hasta guayos, la camisa con el número 20, el de Mackenzie. Era feliz, no por los colores o por el dorsal, sino porque quería jugar fútbol.

En las noticias se hablaba de un rey de copas que todo lo ganaba y de un equipo del pueblo que cambiaba de entrenador y ocupaba los últimos lugares de la clasificación. Sin saber por qué, las noticias del equipo que iba perdiendo atraían más mi atención. Tal vez me inspiraban los colores rojos y azules de aquella casa,

pero es que el verde gritaba en mi cama, en mi ropa, en mi familia, y no porque yo quisiera.

Yo no escogí ser hincha del Deportivo Independiente Medellín. El cupido del fútbol me flechó y gracias a ese dios puedo decir que siento el más glorioso júbilo que el alma puede resistir.

Era un amor profundo pero prohibido. Decir que la hija de Carlos, el más verde de los Hernández, la familia más verdolaga de Manrique, tenía el corazón rojo e hinchado de amor por el DIM podía ser todo un drama. Hasta que en ese 2002, saqué eso que nos identifica a los hinchas del Medellín: valentía. Le conté a mi padre y como en muchas otras cosas de la vida me subestimó, creyó que era un gusto pasajero, una idea inducida por mis tíos, pero no, el carácter se concibe desde pequeño y esa determinación aún perdura, esa, como las otras que también pensó pasajeras.

La noche de la tercera estrella, me embriagué de júbilo e ilusión, la piel sentía la gloria, celebré como

si hubiera esperado los 44 años y diez meses, era una revancha con mi padre, con la vida, conmigo misma. Cuando me preguntan cómo me volví hincha del DIM, respondo que fue una elección de personalidad, de representación, identificación. Es tan importante el deporte para mí que el seguir un equipo o jugador de cualquier disciplina tiene que ver en la forma como entiendo y siento la vida. La tenacidad, la fuerza, la esperanza, los sueños, la resistencia, el amor, la pasión, la entrega, el honor son virtudes que identifican al Poderoso, los mismos que me definen. Se ama lo propio, por eso amo a este equipo.

Ya van cuatro títulos vividos y varias decepciones, pero esta sensación no se va. Rojo y verde, en la misma sala, mi padre y yo compartimos los clásicos. Por presentarme el fútbol, gracias papá. Pero también se aprende por contradicción, y lo que se lleva en el alma y en el corazón, ni la sangre lo puede cambiar.★

Fútbol y tango

Por **Juan Guillermo Romero**

Son las 7:55 de la noche del sábado 22 de octubre de 2016, y ya los equipos están en la cancha. En unos minutos va a comenzar el clásico 292 entre Atlético Nacional y Deportivo Independiente Medellín, y el bar Atlenal, ubicado en una vieja casona, situada en la calle 38 sur, número 37-03 del barrio Mesa de Envigado, tiene todas las mesas ocupadas. Unos cuarenta hinchas verdolagas acostumbrados a ver allí los partidos de su equipo, muchos de ellos amantes de los tangos —la otra especialidad de la casa—, se encuentran prestos a celebrar un nuevo triunfo.

—Aníbal, ¿no pagaste el cable, o qué? —grita un hombre canoso, desde la primera mesa. Atrás, en la última, otro más joven, se suma a la aparente protesta.

—El Éxito todavía está abierto, por si tenés que comprar otro televisor mejorcito, ¿hacemos una vaca o qué?

Pero Aníbal Rojas, el dueño del bar, no se amilana ante los comentarios.





—Eso sí, hablen de a uno, que así los puedo ir atendiendo a todos —les replica de inmediato, sin mirarlos, mientras consigue que el sonido de la señal televisiva salga a través del amplificador del bar.

Festivo y familiar, ese ha sido siempre el espíritu del bar Atlenal. Don Aníbal lo sabe muy bien, pues antes de comprarlo, el 29 de enero del 2000, este era uno de los sitios que él frecuentaba cuando quería tomarse los tragos. Por entonces, el dueño era Arnoldo Urdinola, su propietario durante 47 años y quien después de adquirirlo el 23 de abril de 1953, lo transformaría en el santuario verdolaga que es hoy.

Según don Aníbal, muy amigo de Urdinola (a tal punto que después de su muerte, decidió homenajearlo al colgar un retrato suyo en la zona frontal de la barra), este le puso Atlenal al bar cuando en la administración municipal de Envigado le exigieron oficializar el nombre del sitio, para efectos de un mayor control de la venta de licores, a mediados de los años sesenta. Hasta esos días, la mayoría de los envigadeños reconocían a este lugar como El Quijote, el apodo de don Ernesto Álvarez, quien lo abriera en 1937, como una especie de

tienda en la que se comercializaba toda clase de abarrotes y verduras, y en donde ya se oían los tangos con cierto fervor, pues apenas dos años atrás, la máxima figura de este género, el argentino Carlos Gardel, había muerto en un accidente aéreo ocurrido en el campo de aviación de Las Playas, como se conocía por entonces al actual aeropuerto Olaya Herrera de Medellín.

Cuando el narrador de la transmisión televisiva se refiere al equipo verdolaga como el actual campeón de América, muchos en el bar aplauden; pero más todavía, desde el fondo, alguien grita:

—Eso sí, con respeto por el verde, hijueputa.

Lo que desata más aplausos y muchas risas. Entre tanto, doña Rocío García, la esposa de don Aníbal, entra y sale cargando unas pequeñas bandejas de icopor, que lucen débiles ante los alargados chuzos, las exuberantes picadas de carnes o las gigantes hamburguesas que suele preparar todos los fines de semana en un pequeño puesto ubicado en la calle, junto a una de las puertas del bar. Por su parte, Jhony, Edwar y Álvaro, los hijos, se dedican a servir aguardiente, ron, whisky o cerveza, a medida que los llaman desde las mesas.

Don Aníbal parece encargarse solamente de comentar una que otra jugada mediante algún chiste y de contraatacar a quienes pretenden burlarse de él, pues los clientes, de tanto conocerlo, saben que es muy fácil ponerlo a hablar.

—A ese balón hay que ponerle ojos. Está ciego como el caballo del gitano —comenta don Aníbal cuando Arley Rodríguez lanza un disparo que pasa muy lejos del arco rojo.

—Aníbal, Aníbal... nada de chistes ahora —lo interrumpe un hombre sentado junto a la barra.

—Eh, acaso vos sos Armani pa atajarme —le responde don Aníbal.

Las risas se escuchan en varias mesas. El humor de don Aníbal se ha impuesto una vez más. Las señoras que acompañan a sus maridos son las que más celebran sus chistes. Una de ellas, incluso, se atreve con un apunte:

—Yo no sé por qué dicen que Rescaldani es bonito. A mí se me parece a un muñeco de torta.

Y así, en medio de estos chistes se va la primera media hora del partido, hasta que llega el gol del DIM mediante una palomita de Juan Fernando Caicedo. La mayoría coincide en que es un golazo.

Los clientes del Atlenal suelen ser personas mayores de cuarenta años, que ya se han soltado el fanatismo que pudieron manifestar años atrás. Son clientes que llevan años frecuentando el lugar y que van muy tranquilos junto a sus esposas, familiares y amigos porque saben que allí siempre habrá con quien conversar de tango, de fútbol, de cómo van el país y el mundo. Atlenal es, por esencia, un lugar para la charla.

El marco es ideal. Una casa vieja en una esquina, de tejas de barro y paredes pintadas a la mitad de verde y blanco, situada a cinco cuadras del parque principal de Envigado, en la calle que va hacia el hospital, y en la que ondea una inmensa bandera nacionalista, adornada con el trofeo de la Copa Libertadores de América, cada vez que el equipo verde juega. Y adentro, cuadros y cuadros en todas las paredes, a los que siempre alguien, sin importar que sea cliente de años o primerizo, les

dedica unos pocos o muchos segundos. Sí, siempre hay alguien que pregunta por el origen de uno o cuenta lo que sabe de otro, que los mira sin más, que les toma fotos o que los examina cual curador de museo hasta que por fin se deja caer en una silla.

En un lado están los cantantes de tango: Gardel, D'Arienzo, Sosa, Moreno, Laborde, en representación de los 1 500 acetatos de tango que don Aníbal tiene en los compartimentos contiguos a las botellas de licor, entre las que sobresalen las viejas cervezas, que él vende a diez mil pesos con el argumento de que por tener diez o más años allí son de mejor sabor que las del diario; una tradición con la que creció en Angostura, su pueblo natal. Y, ¡oh, sorpresa!, un cuadro del DIM de los años cincuenta. Cuando algún visitante lo acusa de traición, don Aníbal se defiende de inmediato.

—Hay casi cien cuadros de Nacional por uno de Medellín; eso dice quién es quién.

En efecto, en la pared del fondo hay un sinnúmero de cuadros con las diversas alineaciones verdolagas que han coronado algún campeonato. En el medio, un elegante reloj de pared de origen alemán y más arriba, una gran foto de Andrés Escobar. A un lado, el baño, y enseguida, un piano modelo 1944, al que le caben cien canciones, los tangos más solicitados en el lugar: *Cuartito azul*, *Las cuarenta*, *Lejos de ti*, *Cambalache*, entre otras. Y unos pasos más allá, el viejo enfriador, causante de una de esas imágenes en vía de extinción ante las estilizadas neveras de hoy: la del tendero metido de cabezas en el enfriador mientras busca la cerveza más helada o las acomoda en medio de tintineo de las botellas.

El primer tiempo termina y don Aníbal pone los tangos de rigor. Unos segundos antes del inicio del segundo, como una especie de cábala, suena *Tango para Nacional* de Eliseo Marchese y Carlos Valdés, interpretado por Los Caballeros del Tango. "Nacional es el grito de tu hinchada / son las voces de la barra que te alienta sin cesar / Nacional, tu casaca color verde / como es verde la esperanza de que llegues a triunfar". Lo tiene en el acetato original de 78 revoluciones, un disco por el que le han ofrecido tres millones de pesos, según cuenta don Aníbal, que también se mueve en el mundo de los coleccionistas de música.





Y lo del disco parece funcionar, a los cinco minutos de la segunda parte, Rescaldani anota el empate de penalti y a los quince, Juan Pablo Nieto marca la ventaja. Pero cuando todo es fiesta y hay quienes se atreven a imitar a Leonel Álvarez, el técnico rojo, imaginando qué excusas utilizará para justificar la derrota de su equipo, justo unos minutos antes del final, el árbitro decreta un nuevo penalti, esta vez en contra de Nacional, que es transformado en gol por Christian Marrugo. El encuentro termina empatado a dos goles, y aunque algunos pocos alegan durante unos minutos que el equipo verde se relajó, un rato después ya todos están hablando de los próximos encuentros, de los jugadores que no estuvieron, del tango que está sonando. Una prueba más de que Atlenal es uno de esos sitios donde, por fortuna, el fútbol sigue viéndose como un simple juego; pues como don Aníbal no se cansa de decir:

—Pase lo que pase, todos vamos a morir, incluso los jugadores —y suelta su risa.

Por eso, muy seguramente, tiene a un lado del televisor plano que todos miran sin parar mientras la bola rueda, el cuadro que describe la muerte del justo y abajo, su contraparte, la muerte del pecador. Las dos pinturas que para él tienen más valor en el bar, los dos cuadros que lo acompañan desde niño. ★

Un tango para Nacional

“ Custodiando los tres palos agrandado está Navarro con una línea de cuatro que defienden con ardor. Oscar Calics y Moncada con Campaz y con Osorio y en el medio Abel y Tito que hacen hablar al balón. Edificando paredes van Fernández y Tamayo junto con Santa y Hurtado para llegar hasta el gol. Y de la mano de Curti vienen todos los domingos para que la fiel hinchada anime al nuevo campeón ”.

Así dice el tango compuesto por Eliseo Marchese, adaptado para celebrar el primer lugar en el torneo apertura de 1971. Su origen se remonta al título de 1954, cuando la letra hablaba de Gabriel Mejía, Turrón Álvarez y Paternoster, entre otros. *Un tango para nacional* y *El pregón verde*, que popularizara la orquesta Los Nuñez cuando Nacional levantó la Copa Libertadores de 1989, son las dos canciones más representativas de Atlético Nacional.



1972.

Un eslabón más

Por **Joaquín Botero**

John Jairo Jaramillo recuerda el año 2000 cuando compró el local donde hasta hacía poco funcionaba un negocio de rock llamado Bar de la Calle Luna. “Queríamos un lugar para bailar salsa que quedara arriba de la avenida Oriental. Era marzo y pintábamos las paredes mientras pensábamos en un nombre. Eslabón perdido, dijo uno, y luego otro agregó ¡prendido! Ahí se quedó el nombre”.

El Eslabón Prendido no carga fama solo por la salsa ni porque el martes sea el día más atareado con bandas en vivo, ni por tener su propia orquesta, Eslabón All Stars. Se reconoce principalmente por ser uno de los lugares más famosos de la ciudad que acoge a fanáticos del Deportivo Independiente Medellín, quienes a veces ven los partidos o celebran o repasan las derrotas sin hacer otra cosa que hablar del equipo mientras oyen salsa.

La llegada de la salsa y del fútbol fue simultánea. “Desde el primer momento, los dieciséis años que lleva la barra Rexixtenxia Norte, estuvo la bandera del Medellín y en ocasiones las de equipos extranjeros, traídas por sus hinchas. Nunca del Nacional”, cuenta Jaramillo.

Las paredes del Eslabón son azules y rojas y hay un *collage* que imita un paisaje citadino. El tablado para las bandas está junto a la entrada a la derecha mientras que la barra se encuentra al fondo junto a la pared izquierda. Encima del mostrador está el televisor para los partidos, y detrás cuelga la gran bandera del Poderoso. Hay cuadros de la Fania All Stars y del Che Guevara. “Somos hinchas de la revolución cubana”, dice John. También hay un afiche con la silueta de un técnico inolvidable para los rojos y un letrero que dice: EL PUTAS, Leonel Presidente.

El Eslabón Prendido, la Casa de Asterión y El Guanábano forman un triángulo de negocios a una cuadra de distancia el uno del otro. Asterión es propiedad de John Harrison Tobón, también hincha del Medellín, mientras que El Guanábano es feudo de hinchas del Nacional y pertenece a la Mona Gloria Uribe, fanática del verde. “Somos súper amigos. Al margen del fútbol, no competimos por el público debido a que son tres lugares con características diferentes”, dice Tobón.





Los dueños de los tres negocios tienen muy buena relación y, al mismo tiempo, muy claro el amor por equipos opuestos. “Cuando juega el verde ellos no se arrian al Guanábano”, cuenta Claudia Toro la novia de John Harrison. “No podemos ir allá porque están jugando ‘los del frente’”, dice Claudia. Los llaman así para evitar nombrarlos.

John Jaramillo dice que en El Guanábano son muy radicales; “en cambio nosotros somos un grupo de amigos, no hacemos bromas públicas en las redes sociales, solo entre nosotros así seamos quince o treinta”. Califica su fanatismo como algo “tierno”, y lo compara con la amistad. “Todo es un placer y un chiste entre los hinchas, con humor y buena convivencia”.

Si Medellín juega un partido fuera de casa, el visitante puede ver el encuentro sin volumen en el gran televisor del Eslabón, mientras cantan algunos miembros locales de la Rexixtenxia Norte. Cantan y consumen. O si el partido es de local, los que quieren van a rematar al bar. Subdivisiones de la barra como las de Yarumal, Rionegro y otros municipios de Antioquia en ocasiones han grabado sus videos en el local ubicado en Maracaibo entre Girardot y Córdoba.

Abundan los turistas extranjeros con pinta de mochileros los martes de salsa en vivo. “Son muy curiosos por el fútbol y por la salsa y algunos traen sus banderas y las colgamos”, dice el propietario cuyo negocio está reseñado en *Lonely Planet*, la famosa publicación especializada para turistas aventureros.

Jaramillo sabe separar la amistad y el fanatismo de los rigores de administrar bien un negocio. Asegura ser el capataz y el todero. Son cuatro empleados, él incluido, todos hinchas del DIM y han trabajado juntos desde que abrió el negocio.

Cambio de tribuna

John Jaramillo cuenta que tenía un tío materno acomodado que de niño lo llevaba a una "tribuna de las elegantes" a ver jugar al Nacional. Pero él creció en la casa

de la abuela paterna con tíos que iban a ver al DIM. "Eso era a mediados de los setenta. Tenía trece años y le dije a mi abuela que estaba aburrido de ir con el tío a fútbol y que me regalara para la boleta para ir con mis otros tíos, o sea sus hijos. En el argumento le recordé que yo le hacía los mandados. Nunca más volvería a ver jugar al Nacional excepto en los clásicos". Luego empezó a trabajar y a pagar sus entradas. Toda la familia es muy futbolera: los hermanos y sobrinos, inclusive la mamá que con más de ochenta años todavía va al Atanasio a ver al DIM.

"El fútbol es mi goce: no necesito ni psiquiatra ni pastillas", cuenta John. Ya no se siente con la fuerza de antes para soportar los empujones usuales si está en medio de la Rexixtenxia Norte, pero casi siempre va a los partidos importantes, "porque ahí se goza más el fútbol". También lamenta las excesivas medidas de seguridad, el no poder entrar su propio fiambre, ni agua, o que hagan quitar los zapatos a la entrada.

Luego de miles de minutos acumulados en la tribuna tiene muy clara su lista de jugadores del Independiente Medellín que recuerda con mayor cariño. Ahí están Oscar Pareja, Álvaro Escobar, la Gambeta Estrada, Ezequiel Cano y David González. "Y técnicos, Víctor Luna, cuando nos dejó terceros en una Copa Libertadores, y Leonel que nos ha dado dos títulos nacionales".

Encadenados al Eslabón

La apertura del Eslabón fue cercana al final de la sequía de títulos de 45 años que concluyó en 2002. Desde entonces han levantado cuatro trofeos. En 2002, cuando quedaron campeones en Pasto, John Jaramillo no viajó al sur del país pero Harrison Tobón sí. Esa noche la pasaron en vela hasta que regresó el equipo el lunes y los hinchas se reunieron en el Atanasio Girardot y luego hubo muchos festejos en los barrios. Y en el Eslabón.

Hace algunos años por casualidad llegó al Eslabón una hermana del técnico Leonel Álvarez sin saber



a dónde se había metido, y ni clientes ni empleados sabían quién era ella. Después se volvió clienta.

Jugadores que han ido a compartir con los hinchas son David González, el emblemático arquero. También John Javier 'Choronta' Restrepo, el Conejo Jaramillo, Ezequiel Cano, Rodrigo Riep, el Camello Jorge Horacio Serna y el extécnico Víctor Luna, quien como jugador vistió las camisetas de Nacional y América en la década del ochenta.

Dice sobre el Estabón el periodista Guillermo Zuluaga autor del libro *Mi Medallo, una pasión cosida al alma*: "Además de la música está su gente: es frecuentado por universitarios, por profesionales nostálgicos, por una chica que quiso huirle a esa ciudad de postal tan impostada y se vino pal centro, por un médico que recién salió de su turno, por un exfutbolista, por un obrero de barrio".

Zuluaga habla de "un rito" que lo hace único: antes el cierre, de los bafles sale la voz de Alfredo Gutiérrez quien le declara el amor al equipo: "Grita el pueblo clamoroso. Viva el DIM el Poderoso". El dueño se desprende de su camiseta y comienza a ondear la bandera sobre la barra. "La gente se contagia por la alegría del tema y terminan bailando y cantando".

Recuerda además cuando recibió una llamada una noche de martes: "Venite que en el Estabón está Mao y traé el libro (Mi Medallo). No lo tenía a la mano, pero llegué en menos de veinte minutos. Mauricio Molina estaba recostado en una pared. Muchos querían tomarse fotos con él. Ese día se había dañado el negocio para su regreso al equipo. Me saludó muy amable. 'Qué triste que no se haya dado lo de su llegada al equipo', le dije. 'Sí, también estoy triste', interrumpió. 'Pero en seis meses quizá vengas a terminar tu carrera', insistí. Al día siguiente se reunieron de nuevo los dirigentes y su apoderado y se anunció el retorno de Mao al Medallo".

Generoso con la competencia John Jaramillo menciona otros dos bares en el Centro donde también se vive la pasión por el DIM: Universo Rojo, al lado de la estación San Antonio del metro, y Gran Combo enseguida del puente de La Toma. "Ese lleva por ahí treinta años y hacen tremendas frijoladas. Lo bueno es que en todos los barrios no faltan los bares dónde juntarse a celebrar nuestro equipo". ★



La muerte de un hincha

Por **Alfonso Buitrago**

*Cuando yo me muera
yo quiero que mi cajón
lo pinten de verde y blanco
como mi corazón.*

Canto de Los del Sur

El primer sepelio al que asistió Mariana Pérez, 68 años, relacionado con su afición por el fútbol, fue al del maestro Oswaldo Juan Zubeldía, el 18 de enero de 1982. La velación fue en cámara ardiente en el coliseo Iván de Bedout y ella hizo guardia de honor toda la noche. Otro muy sentido que recuerda fue el de Andrés Escobar, el 3 de julio de 1994, velado en cámara ardiente en el mismo coliseo. Cuando Mariana muera quiere encontrarse con ellos y con todos los hinchas que están en el más allá, quiere rezar con ellos y hagan fuerza juntos para que a Atlético Nacional le vaya bien.

Jefferson Pulgarín, 36 años, conductor de coche fúnebre y uno de los coordinadores de servicio de la Funeraria San Vicente, recuerda vívidamente el último entierro






de un hincha de Nacional que atendió. El cuerpo iba en un ataúd convencional, de lámina de hierro, pero pintado de verde. Los féretros personalizados para fanáticos de los equipos locales son fabricados por la empresa Infolut, propiedad de la familia Lotero. Fue Orlando Lotero, fundador de la empresa, quien se los inventó hace unos doce años. Así lo recuerda Mario Alberto Muñoz, conocido como Mario Cofres, maestro soldador y mano derecha del ya fallecido Orlando. También fue el viejo Lotero quien se inventó los cofres de lámina de hierro.

“El servicio fue hace unos tres meses”, dice Jefferson, pero no recuerda el nombre del difunto. Sabe que murió por arma blanca, en los alrededores del estadio Atanasio Girardot, y que vivía en el barrio París, en Bello, donde tuvieron lugar la misa y un homenaje que le hicieron familiares y amigos en su casa. El funeral duró más de cinco horas y Jefferson llevó su paciencia al límite para que no ocurriera otra tragedia.

Mariana va al estadio desde que tenía ocho años y hace 39 fundó la barra Comando Tribuna Verde, que se ubica en Occidental Baja y de la que es su presidenta. También hace parte de la junta directiva de Ubanal, la Asociación de Barras de Nacional. Le dicen la “mamá” de los jugadores porque hasta que pudo entró al camerino de Nacional –hace dos años la Dimayor prohibió la entrada de extraños a los camerinos– a poner sus vírgenes y santos y a rociar con agua bendita el espacio, los uniformes y los guayos. Así se hizo cercana a los jugadores y conocida de hinchas y periodistas.

En la final de la Copa Libertadores de 1989 tuvo un preinfarto. Estaba sentada en una tribuna del Campín, muy nerviosa, y de repente vio el estadio negro y cayó





al piso. La sacaron por detrás de la tribuna colgada de un lazo y la llevaron al camerino de Nacional donde estaban los médicos, quienes le dieron los primeros auxilios. Recuperó la conciencia y lo primero que pidió fue que la dejaran ver el partido, pero los médicos no la dejaron salir. “Mariana, te tenés que controlar, no te podés morir, mirá que tenés que ver a Nacional campeón”, le decían. Poco a poco logró calmarse y pudo ver los penaltis. “Luego me tiré a la cancha y vi a René. ‘Loco, entonces qué, ¿qué hay para mí?’, le dije. Y se quitó los guantes y me los regaló”, cuenta Mariana.

El apagón de ese día y que sus tres hijos hayan trabajado en una funeraria le han ayudado a ser más consciente de la muerte, “aunque sea muy duro dejar a los hijos y no volver a ver a Nacional, ¿no te parece esa mucha tristeza?”, dice sentada en la sala de su apartamento en una de las lomas de El Poblado, mientras saca gorros, banderas, fotos y recortes de periódicos de un maletín que parece para hacer un viaje del que no va a regresar.

“En mi velorio me gustaría que hubiera una bandera de Nacional y que yo vaya con la camiseta, puede ser esta que tengo puesta, la de campeón de la Libertadores de este año, en un cajón verde y blanco, con el escudo del equipo. No estoy de acuerdo con los entierros, a mí me gusta más la cremación porque volver a sacar los restos es otro dolor y otro duelo. Me gustaría más bien tener la urna con las cenizas, también verde y blanca, y que tenga el escudo de Nacional y la foto

de uno con la camiseta. Eso es lo que yo quiero para mi otra vida”, agrega buscando en el maletín los guantes que le regaló Higuita.

Hace dos años le tocó vivir en la distancia la muerte de Radiolo, el fundador y presidente de la Academia Verde. “En Ubanal somos como hermanos. Nos reunimos cada mes y siempre que vamos a empezar lo llamamos y lo convocamos: ‘Radiolo, venga para acá que usted también tiene que estar aquí’”, dice con nostalgia. La última vez que lo vio fue en el estadio y después se fue de viaje para Miami. Su esposo la llamó para contarle. “Fue horrible, lloré dos días, era mi hermano del alma. Llamé a la señora para decirle que hiciera de cuenta que yo estaba con ellos y que le dijera a Radiolo que nunca lo iba a olvidar. Y que se acordara, ya que estaba junto al Señor San Pedro, de decirles que nos colaboraran para que Nacional fuera berraquito. Y vea, Nacional es un berraco”.

Después de mucho buscar en el maletín, encuentra los guantes de René, metidos dentro de un gorro navideño color verde con estrellitas doradas. “Mire qué hermosura, mire cómo están de gastados”, dice sobando los pedacitos de caucho que todavía quedan pegados de las palmas de los guantes. “Por ahora, esta es la herencia que le voy a dejar a mis hijos, ellos los tienen que tener. A mí que me metan en la urnita verde y blanca y que lleven las cenizas al estadio para no perderme partido”.

A Jefferson Pulgarín le tocó el servicio de un joven que apuñalaron por portar la camiseta de Nacional. Desde que fueron por el cuerpo a Medicina Legal había hinchas con camisetas y banderas esperándolo. Lo llevaron a la funeraria para preparar el cadáver y los hinchas se fueron detrás. Eran unos quince y se quedaron afuera esperando.

Esa mañana lo llevaron a la sala de velación Villanueva, que ya estaba llena de hinchas. “En la tarde, cuando llegamos a la sala para continuar el servicio, llevarlo a la misa y luego al cementerio, fue un caos”, cuenta Jefferson sentado en una cafetería al frente de la funeraria. “Era el gentío habido y por haber, llenamos dos buses, había gente sentada y parada, y otros montados en el techo de los buses con tambores, maracas, carrascas, banderas. Al muerto lo iban a cantar en una iglesia del barrio París y la inhumación era en el cementerio San Pedro”.

En la misa, dentro de la iglesia, solo se veían los allegados, la familia y los amigos más cercanos, la hinchada se quedó afuera, porque adentro no cabía. Tenían grabadoras de las que salían las canciones del Nacional. Cuando acabó la misa, la mamá del difunto se acercó a Jefferson.

—¿Será posible que lo llevemos a la casa? Es aquí a cuatro cuadras, porque le vamos a hacer un homenaje —le dijo.

—Con mucho gusto, no hay problema —dijo él.

El cofre verde estaba cubierto con la bandera del equipo. Los amigos lo llevaron en hombros y con las manos le pegaban al ataúd y le cantaban canciones del equipo. "En ese momento –cuenta Jefferson– la familia pierde protagonismo y vocería, el dolor los pone en *stand by*, como diciendo 'que ellos hagan lo que quieren'". El que lideraba era un joven de unos diecisiete años, vestido con la camiseta de Nacional, que iba en una moto. Parcero, vamos a hacer esto, vamos a hacer lo otro, necesitamos que nos colabore porque era el parcero de toda la vida, le decía a Jefferson. "De hecho, a la mamá, la responsable ante nosotros, le agradaba lo que estaba pasando. En parte porque le daba cierta calma ver que su hijo fuera tan querido".

El numeroso grupo de hinchas cerró la calle al frente de la casa, el carro fúnebre se quedó en la mitad de la multitud. Entraron el cofre y lo pusieron en la sala de la casa. Los amigos del barrio empezaron a hacer piques en motos. "Era una casa humilde, pero grande. En un servicio así, uno se tiene que armar de mucha paciencia porque puede pasar lo que uno menos piensa. Es un momento de dolor, la gente está sensible y mucho más con un hincha, porque ellos se apoyan mucho. Hay consumo de alcohol y drogas. Cuando saben que vamos para el cementerio se desbocan en el consumo", cuenta Jefferson. El homenaje duró una media hora.

Además de los dos buses a cargo del servicio funerario, los allegados pusieron dos buses más para ir

al cementerio. Llenaron los buses, con gente hasta en los techos, y los dejaron forrados con banderas y pancartas. El cofre iba en el coche fúnebre, adelante unas cincuenta motocicletas y detrás carros particulares y los cuatro buses.

Cuando llegaron a la autopista norte, las motos la cerraron, no dejaban pasar a nadie. "Yo iba al paso del impulso del carro, prácticamente en neutra", recuerda Jefferson. Hubo un momento en que uno de los muchachos de las motos tocó el vidrio del coche fúnebre, azarado.

–Oiste hijeputa, qué es lo que querés, hacele más despacio –le gritó a Jefferson.

–Hijo, más despacio es el carro parado, mirá que ni la aguja del velocímetro se mueve.

–Hacele despacio que no queremos llegar rápido al cementerio.

A la altura del puente de la Madre Laura, el lento cortejo se encontró de frente con el bus oficial del Nacional, con todos los jugadores, que subía hacia Rio-negro. "Me acuerdo y me da escalofrío. Uno tiene que ponerse en los zapatos de ellos, como ser humano, yo también soy hincha de Nacional, pero no fanático, lo vivo como me enseñaron, en familia, sin necesidad de algarabía", dice Jefferson.

Cuando lo vieron, unos se tiraron de los buses, las motos pararon y los parrilleros se bajaron, y todos se fueron a parar el bus de Nacional. La autopista

colapsada en ambos sentidos. Empezaron a pegarle al carro y a saltar y cantar. Hay casualidades de casualidades. Estar en ese funeral, con un hincha de Nacional que murió por portar la camiseta, ¡y en ese momento pasar el bus con todos sus jugadores! Varios de ellos se bajaron. Uno se quitó la camiseta y la amarró en la parrilla de la parte de arriba del coche fúnebre. Se abrazaron, se tomaron fotos, y los jugadores volvieron al bus. El cortejo continuó rumbo a San Pedro, despacio, despacio.

A pocas cuadras del cementerio, los de las motos le dijeron a Jefferson que parara.

–Parcero, ¿hay algún problema con que lo llevemos en hombros?

–No, ningún problema –les dijo Jefferson.

–Nosotros sacamos el cuerpo y ustedes váyanse para el cementerio que allá les llegamos.

Sacaron el cofre y lo cargaron. Adelante iba la banda con sus instrumentos, como en un desfile. Varios se querían llevar la camiseta del jugador que estaba amarrada al coche fúnebre, casi se arma una pelea, pero se la dieron a la hermana del difunto, quien se la puso encima de lo que llevaba puesto.

Llegaron al cementerio a eso de las cinco de la tarde. En la entrada retumbaban los cánticos y los tambores. "Uno se emociona –recuerda Jefferson–. Me hicieron estremecer, sea lo que sea, eso lo mueve a uno como ciudadano, como alguien que quiere disfrutar el fútbol y le da tristeza ver a lo que se puede llegar".





La bóveda asignada era en un segundo piso. Los hinchas siguieron hacia la galería con el cofre en hombros. La gente no cabía en el corredor. El sepulturero no sabía qué hacer. La familia iba adelante. Lo demás abrían espacio para que ellos pasaran. Jefferson subió con la mamá para coordinar la despedida y estar pendiente cuando quisieran ingresar el féretro a la bóveda. “Muchas veces maltratan al sepulturero –dice Jefferson–, porque es el encargado de tapar la bóveda y muchos no lo admiten. O la familia, o los amigos, o los hinchas, se van a tirar a la bóveda para que no la cierren. No falta el que quiera meterse con el cofre; por eso me quedé al lado del sepulturero. Recuerdo los cantos, como si estuvieran en un partido, y el himno de Nacional... Ahí vienen los duros / ahí vienen los fuertes... Muchos tomaban fotos y grababan con los celulares”.

Después de una hora, llegó el momento del último adiós, el final del último partido. El cofre estaba completamente abierto. El difunto, vestido con la camiseta de Nacional, tenía entre dieciocho y veinte años. “Era monito y cejoncito, de cara muy pulida”, recuerda Jefferson. Los amigos se le tiraban encima para abrazarlo y besarlo. “Si no hay beso al fallecido, no hay nada. Le echaban aguardiente y le soplaban humo de cigarrillos de marihuana. Yo trataba de decirles que tuvieran cuidado porque en la preparación habían maquillado el cuerpo y se le podía correr, pero todos se le tiraban encima y lo besaban”.

Atrás se oían los cantos. Los últimos que se despidieron fueron los miembros de la familia. Cuando ellos dijeron métalo, varios muchachos se pegaron de las maniguetas del cofre. Unos hinchas empujaban hacia adentro, había gritos, euforia, y otros no

lo soltaban. Empezaron los estrujones. “Yo tenía que darle la bolsita institucional a la mamá con las tarjetas de los ramos, la cinta del coche fúnebre, los recordatorios, pero quedó estripada”, dice Jefferson con una mueca.

Finalmente pudieron meterlo y el sepulturero, entre estrujones, logró poner la tapa y revocar. La lápida de mármol se pone treinta días después. Sobre el revoque, con un palito, el sepulturero escribió el nombre del difunto y la fecha de nacimiento y muerte. Cuando terminó de escribir, un hincha le pidió el palito y empezaron a escribirle mensajes. Jefferson aprovechó para hablar con la mamá.

—Qué pena, no le puedo entregar la bolsita en buen estado porque mire cómo quedó.

—Tranquilo, no hay problema —le dijo ella.

La salida del cementerio y la despachada de los buses son otros de los momentos más delicados, como la salida del estadio en un clásico. “El despacho se tiene que hacer con la mayor paciencia que uno pueda tener y mucho profesionalismo. Si les decís tres veces para dónde va el bus, ellos entienden que los estás echando. Y surgen los problemas”, cuenta Jefferson.

Entre la salida y la aglomeración afuera pasaron unos veinte minutos más con cantos, fumando, bebiendo, llorando, abrazándose. El funeral terminó hacia las siete de la noche, cuando lograron llenar los buses, de nuevo con gente en los techos. “Cuando la muerte es por haber llevado la camiseta, es algo muy importante para los hinchas de una barra”, concluye Jefferson y se despide. Otro servicio para el más allá lo está esperando. ★



Ataúdes de colores

Por **Alfonso Buitrago**

El ataúd es todavía más humano, o, digámoslo de una vez, es francamente humano. Da la impresión de una persona envuelta en algo. Un ataúd anda, se mueve, transporta; solo que lo hace en coche o en parihuela, pero lo hiciera caminando si no tuviera los pies fundidos, pegados y tiesos. Tan humano es, que las gentes lo odian, lo maldicen, lo increpan, y lo tratan como a un ser viviente y fatal. Por eso cuando un ataúd se cae, produce una impresión trágica, estridente y horrible, como si un hombre se cayera de una torre. Un ataúd conmueve.

Gotas de tinta, Luis Tejada

Hace unos años, un niño de ocho y una niña de once años lloraban sin consuelo en el interior de la Funeraria San Vicente. Se golpeaban el corazón y gritaban: “¡Mi papá, mi papá!”. Alonso Correa Castaño, gerente de mercadeo de la funeraria, se acercó para apoyarlos. Les dijo que ya iban a salir para la sala de velación y entonces la viuda le contó que estaban esperando a que les trajeran la ropa para vestir a su esposo. En ese momento, llegaron unos familiares. Sacaron la ropa de una bolsa y se la entregaron al embalsamador que preparó el cuerpo. “Lo niños dejaron de llorar, hubo cierto descanso, como un refrigerio en medio de ese desierto de dolor”, recuerda Alonso.

“¿Y los pantaloncillos también?”, preguntó la niña. “Sí, también”, dijo la madre. Toda la ropa tenía los colores y los símbolos del Atlético Nacional. “No es que les quitara el dolor, eso sería fantástico, pero lo atenuó. Como si dijeran: ‘Está como tiene que estar’”, agrega Alonso y me ofrece una posible explicación sobre por



qué vestir a un muerto con el uniforme de un equipo de fútbol: “La palabra deudo viene de deuda, deuda por la vida, porque les debemos mucho a los seres queridos que nos han dado su vida para compartirla con nosotros. La vestimenta era parte de quedar en paz, de zanjar ese negocio espiritual tan difícil”.

Alonso recuerda que hace más de veinte años conoció a un hombre octogenario, un “patriarca” lo llama él, lleno de hijos y nietos. El anciano, fanático del partido Conservador, había vivido en persona la violencia de mediados del siglo XX y “se quedó gravitando en ella, atado a su pasado”, dice Alonso, reflexivo, mientras piensa en su teoría sobre los ataúdes que me dirá más adelante.

El viejo tenía una petición para el momento de su muerte, deseo que consideraba una misión sagrada para su familia: que lo enterraran en un ataúd de color azul. Cuando murió, sus deudos transmitieron la última voluntad del patriarca a los encargados de la funeraria. Se trataba entonces de pagar una deuda, pero ¿un ataúd azul? Para la época era una extravagancia, en particular para una familia conservadora.

“El cofre es muy importante —dice Alonso—, porque es muy sensible y contiene mucho simbolismo, aunque hoy en día ha cambiado la percepción hacia él. Antes solo eran de madera y hacían las veces de una matriz en la que retornar a la madre

tierra para que la naturaleza abrazara nuevamente el cuerpo fallecido. Una cama con cuatro tapas”.

La funeraria no tuvo más opción que honrar su principal postulado. El patriarca conservador gravitaría en su viaje al más allá en una matriz de color azul y sembraría una semilla que años después recogerían fanáticos de otros colores, que viven la lucha y la muerte a través del fútbol. Un cofre, lo tenía claro Luis Tejada hace noventa años, también es un mensaje.

Alonso cree, pero no está seguro, pues “ha pasado ya mucho tiempo”, que fue Orlando Lotero, fundador de Industrias Funerarias Lotero (Infulut), quien preparó el ataúd más conservador que hubiera hecho hasta entonces. Conservadoramente azul. Transgresoramente azul. “La simbología cromática del ritual funerario está constituida por colores fríos: negro, granate, borgoña, blanco, colores sacros, solemnes”, cuenta Alonso, quien cada vez parece más un académico que un vendedor.

Al entierro del patriarca, además de la plana mayor conservadora, asistieron políticos y ciudadanos afines al partido Liberal. En la muerte, hasta el enemigo merece una muestra de condolencia. Y fue allí que a algún otro partidario del bando contrario se le ocurrió que en su velorio yacería en un ataúd rojo. Así pues, el origen de los cofres personalizados para hinchas del fútbol tiene que ver con la política, como casi todo lo que es definitivo en una persona y en las tradiciones de una comunidad.

“En algún momento alguien exigió un cofre de su equipo del alma y como nuestro eslogan es ‘más allá de sus exigencias’, que es darles a los clientes lo que ellos ni siquiera saben que necesitan y darles más de lo que ellos quieren, vimos que se podía. En ese tiempo estaba don Orlando, un funerario de alma, y dijo que lo hacía. Así nació esa cultura del cofre —dice Alonso y una vez más desmenuza una palabra—. Ritual viene de rito y rito viene de rutina, y empieza a ser rutinario que cuando ocurren estos episodios de muerte, unos con antecedentes violentos, otros porque la persona se accidentó yendo para un partido de fútbol o porque se excedió

en licor y amaneció muerto, en cualquier caso nosotros cumplimos con sus deseos y lo seguiremos haciendo”.

Mario Alberto Muñoz, más conocido como Mario Cofres, maestro soldador y discípulo en el oficio fúnebre del difundo Orlando Lotero, dice que su patrón era un gran visionario del negocio funerario. “Se le presentó la idea y la hizo realidad. Fue un



impacto. Sacamos el de Nacional, Medellín y Envigado. El que mejor quedó fue el de Envigado, pero ante la poca hinchada y el poco fanatismo nunca se negoció el cofre y tuvimos que repintarlo de otro color”.

No sabremos cómo o por qué se le ocurrió la idea a Lotero, el secreto está guardado con él en su cofre, aunque el más famoso hacedor de ataúdes de la ciudad no quería que lo metieran en uno. Sabemos que era hincha “a morir” del Nacional. Y que entendía como pocos lo que un alma necesita para descansar en paz (o lo que necesitan sus seres queridos).

Cremación directa fue la voluntad final del viejo Lotero, fallecido en 2014. De la camilla al horno, sin escalas por la cama de cuatro tapas. Pero fue Mario, empleado de confianza, quien intercedió ante la familia para hacerlos recapacitar ¿Cómo iba a despedirse don Orlando sin el mejor cofre que su empresa pudiera producir? ¿Por

qué no proporcionarle un cofre de lámina metálica como los que él había introducido por primera vez en la ciudad, hecho con esmero por su mejor aprendiz? Recapacitaron. La última voluntad de un difunto muchas veces es la penúltima. El ataúd fue de color negro, sobrio y solemne, con los mejores arreglos.

“Lo de los cofres de los equipos de fútbol fue hace unos doce años —recuerda Mario—. A mí me dijeron que íbamos a sacar unos cofres en honor a los equipos y me pareció una idea genial, innovadora y única, y dio un golpe en Latinoamérica. Aquí estuvo el periodista Manuel Teodoro haciendo un reportaje, después vino Rafael Poveda, Fox Sport Uruguay hizo una entrevista de radio, salieron en Tele-mundo y Univisión en Estados Unidos. Debido a ese apogeo estoy completamente seguro de que los argentinos y los mexicanos le copiaron la idea a don Orlando. Con muy buenos acabados, eso sí. El del Boca es con la tapa repujada con el escudo y todas sus estrellas, que son más de 35, en alto relieve. En México los hacen de forma industrial con troquelados. Nosotros los hacemos de forma artesanal, a mano y uno a uno”.

El hincha —la palabra surge como referencia a quien “hinchaba” o echaba aire a los balones— está “hinchado” de emociones. Cuando un hincha va al sepelio de un miembro de su barra se quiere desahogar. “En sus cánticos, en sus gestos, en su caminar está expresando que no está de acuerdo con que su hincha, que es miembro de una hermandad, se vaya”, dice Alonso.

Los colores de los cofres producen una conexión con las emociones de los dolientes. Son un indicativo para decir: “Este es nuestro, yo estoy aquí porque el verde o el rojo me identifican”, me explica Alonso y lo veo listo para redondear su teoría: “El cofre es vital en el ritual funerario por lo que simboliza: solemnidad, respeto, orden, incluso miedo. Y sirve para medir sentimientos, capacidad económica, interés por el fallecido, gusto”. Un ataúd no solo conmueve, como diría Tejada, sino que puede ser paliativo, como vestir el cuerpo del difunto con el uniforme del equipo de sus amores. ★



0066964



Amuleto rojo

Por *Juan Felipe Almonacid*

El azar de la cuna suele determinar la dirección de tus pasos. Si naciste en un lugar donde el fútbol se cuele en todos los rincones y el equipo de tu ciudad solo sabe ganar, estás predestinado a un escudo. Si, además, tu dedicado padre es un fervoroso hincha, no tienes escapatoria. Pero hay amores de la infancia que germinan donde parece improbable.

El abuelo Juan murió en Cali mientras yo crecía dentro de la panza de mamá. Bogotá me recibió en un parto complicado, y, ausente mi abuelo, sus hermanos fueron la fuente de alcahuetería y amor a la distancia. Mientras papá celebraba estrellas azules en la capital, la familia de mamá vivía desperdigada por todo el Valle del Cauca, territorio bajo el dominio agrícola de los cañaduzales y futbolístico del Deportivo Cali: verde en todas las direcciones. Pero en los domingos de fútbol, los corazones de mi familia materna tenían el color anatómicamente correcto: rojo escarlata.



Me cuentan que el bebé que fui tenía los crespos rubios del abuelo Juan, y el adulto que soy conserva el carácter afable de Mario. Mario, el que tenía puesto fijo en el estadio Pascual Guerrero, a quien conocí una tarde de vacaciones en la casa caleña de la familia de mamá. Sentado en sus piernas escuché las historias de su rojo del alma.

América siempre fue el equipo del pueblo, del trabajador raso que recorre el ingenio verde del hacendado, secándose el sudor de la cara con un trapo rojo como la resistencia. En la cancha, un famoso maleficio del garabato impedía la gloria, hasta que llegó aquel 19 de diciembre del 79 con el regalo del primer título. El segundo se hizo esperar hasta el 82, y el azar, misterioso, quiso que ese fuera también el año de mi nacimiento. El relato del tío abuelo honraba los años de sequía y justificaba las dudas que manchaban el éxito reciente de su escuadra. Ante sus ojos yo era el

amuleto de los últimos triunfos. Cinco campeonatos locales consecutivos y dos finales de Libertadores a partir de mi llegada parecían darle la razón.

Cumplí cinco años y papá, orgulloso, me entregó su regalo: una camiseta de Millonarios. Azul como el cielo, sin figuras malignas que pudieran corromper mi inocencia. Mientras la miraba sin asomo de entusiasmo, mamá anunció la llegada de una encomienda especial desde Cali. No fue sino ver mi felicidad desbordada para que papá reconociera su derrota. Mi primera rebelión.

Días después se definía el campeonato con Millonarios y América como los más firmes candidatos al título. El domingo de la última fecha estrené mi regalo. Vestido de rojo me senté frente al televisor junto a papá. Los azules alcanzaron la estrella doce y los poderes mágicos que el tío abuelo me había atribuido se esfumaron. Escondido bajo las cobijas, llorando, apreté

el diablo de la camiseta con todas mis fuerzas. ¿Cómo puede ser, si apenas estoy estrenando este amor? ¿Qué es esto que me están exigiendo? Papá entró a mi habitación, triunfante como hincha y sabio como padre. Me acompañó a la sala y marcó larga distancia nacional. El tío Mario, cálido y suave como un pandebono, me prometió que vendrían días felices y otros dolores. Me dijo que lo natural es el fracaso, que la victoria es excepcional y que la magia no me había abandonado.

Hoy, después de festejar varios títulos, llorar finales de Libertadores y sufrir el desgarrador descenso, conservo la pequeña camiseta roja de ese rito iniciático. El día del descenso llamé a Mario y fui yo quien consoló su aflicción. Anoche hablamos de nuevo, con la alegría del regreso a primera. Al oír su voz arrastrada y bondadosa, recordé la llamada del 87, agradecido de tener el corazón rojo escarlata y sin condiciones, aunque esté a kilómetros de distancia del Pascual. ★

La radio sigue siendo el rey

Por **Silvio Bolaño**

Mantener el paso ganado. Hay que ser absolutamente moderno.

Arthur Rimbaud

El fútbol es el deporte moderno por excelencia y para serlo tuvo, tiene y tendrá como principales aliados a los medios de comunicación. Aunque las barras, la prensa, la radio y la televisión nos dicten en 2016 la manera de interpretar y de sentir el balompié, la evolución de los formatos digitales nos permite a los aficionados de hoy algo mucho más tentador que comprar una revista deportiva con fotos a todo color y disfrutar de análisis escritos por especialistas: usar las redes sociales para fisgonear y compartir nuestras experiencias.

La era digital nos ha multiplicado a los hinchas la posibilidad de cumplir nuestra necesidad —o acaso de satisfacer nuestra vanidad— de dejar de ser espectadores u oyentes: ahora podemos ser el jugador número 12 también por fuera de las canchas. Ahora no solo

somos espectadores, oyentes y televidentes: también somos actores y podemos ser vistos incluso por nuestros ídolos. Ahora podemos hinchar las pelotas por nuestro equipo en un video que subimos a una cuenta de YouTube o de Facebook y dizque marcar tendencias entre otros aficionados a la pecosa.

Al revolucionar los medios de comunicación las redes sociales también han revolucionado la manera de sentir y de comunicar todo lo relacionado con el once contra once. De esta manera, si en el siglo XX llegó a ser el deporte rey dada la capacidad que tuvo para hacer universales las normas de un juego que garantiza la individualidad, internet nos facilita ver como propio un fenómeno de masas tan potente que únicamente es comparable con la religión y la guerra.

Lo extraordinario de la situación es que los hinchas estamos convencidos de que nuestra pasión es única y diferente, aunque estemos cantando en la barra popular y nos comportemos como lo haría cualquier otro barrista desde Montevideo hasta Tesalónica. Esto, que confirma lo absolutamente moderno que es el fútbol, no siempre fue así.

Atrás quedó el tiempo en el que la radio era el medio más influyente entre los ciudadanos, dada su capacidad de acercarnos a lo que creemos es la realidad. Esta tecnología de comunicarnos a través de ondas, por la que en 1938 el genial Orson Welles lograra engañar a millones de personas en los Estados Unidos en una transmisión radial que representaba la guerra de los mundos, ya no es suficiente para los hijos de la era digital. Es difícil satisfacer la imaginación de los nativos digitales a través de la palabra. Aunque Colombia sea uno de los países que más escuche radio en América Latina y se haya demostrado que todavía hoy es el medio óptimo para comunicar la información de actualidad, por ejemplo, durante la tragedia del equipo Chapecoense, la radio ya no es el más codiciado de los medios de comunicación.

Pero a mediados de siglo XX ella era el epicentro de divulgación de la alta cultura en la Villa de Aburrá: la música, las noticias y las radionovelas eran presentadas con la gracia de quien tiene como objetivo imponer modelos estéticos y morales a la sociedad. Los

locutores eran personas distinguidas y cultas como Jaime Tobón de la Roche, quien fuera durante muchos años la voz del deporte, un hombre reconocido por su elegancia y rigor. Jaime Tobón fue el modelo de la foto de inauguración del estadio Atanasio Girardot: su presencia era garantía de calidad. También fue el único narrador del célebre empate a cuatro de Colombia en la Copa del Mundo de Chile, en esa ocasión su voz fue escuchada desde Arica hasta la antigua Unión Soviética. La radio deportiva tuvo en Medellín a personajes como Antonio Henao, Pastor Londoño, Roberto Callejas o el mismo Armando Moncada, maestros que dejaron una importante herencia en la descripción, la claridad y la belleza de las imágenes radiales.

Para conocer pormenores de esta evolución en Medellín entrevisté a tres referentes de la radio, ellos tomaron el relevo de los pioneros y nos han enseñado a vivir el fútbol desde 1960 hasta nuestros días. Se trata de Jorge Eliécer Campuzano, Wbeimar Muñoz Ceballos y Luis Fernando 'El Paisita de Oro' Múnera Eastman. Los tres coinciden en que el éxito de sus carreras es el resultado de haber hecho lo que los demás no hacían. O sea innovar, estudiar y continuar innovando.

Por ejemplo, a finales de los años sesenta, Campuzano y Wbeimar empezaron a hacer camerinos, logrando conectar al oyente con esa realidad tan exclusiva, tan idealizada, del lugar donde se gestan las hazañas futboleras. Ambos caballeros llevan cincuenta





años en el medio. Narrador de 27 copas Libertadores de América, Campuzano regresó hace un par años a Medellín para reinventarse, cerca de su familia y de su amigo Wbeimar, quien acaba de terminar otro máster en dirección técnica de fútbol.

—Perdón por la pregunta pero, ¿para qué otro máster, don Wbeimar?

—Para estar actualizado.

La innovación del Paisita, más que de forma, es de lenguaje. Cuando todavía no era reconocido, Luis Fernando Múnera se montaba a los buses o iba a los partidos de barrio con el fin de escuchar hablar a la gente, pues quería aprender los términos futboleros del lenguaje popular para aplicarlos a la narración.

—Yo admiro al que compone ópera, porque hace algo para una de cada diez personas. Yo en cambio hago un producto para siete personas de cada diez, entonces tengo que esforzarme para transmitir ese sentimiento; por eso me gusta escuchar a la gente.

Al analizar la actualidad en la que el narrador y el comentarista ya no tienen el poder de manejar a la tribuna completa, los tres coinciden en que la radio sigue cumpliendo la función de llegar a las multitudes.

—A mí me dicen que la radio ya no tiene el poder de influenciar a los hinchas en el estadio y yo les digo que eso no es del todo cierto. Ahora los hinchas nos escuchan desde el teléfono celular, que es más ligero y hay emisoras que se oyen mejor en internet. Puede

ser que el narrador ya no tenga el poder de decirle a la tribuna cómo festejar pero sí cómo pensar y sentir el fútbol, porque llegamos a más de seis millones de personas y estos oyentes se multiplican cuando hablamos de los otros medios de comunicación que reproducen los contenidos —Wbeimar nos dice.

El Paisita de Oro afirma algo parecido:

—Yo sigo narrando para la tribuna pero es innegable que el espectáculo y la manera de vivir el fútbol se transforman. Cuando llegué a la radio sobre los años ochenta casi nadie iba con una camiseta de su equipo al estadio, solo las pocas barras que había. Por ese entonces estaban empezando la Putería Roja y el Escándalo Verde y fui yo, inspirado por mis viajes a Argentina y a Europa, el que vino a venderle al hincha la idea de que tenía que ser parte del espectáculo, convertirse en un actor más, el jugador número 12. Los del Sur y los de la Rexixtenxia hacen ahora su espectáculo por ellos mismos, ¿cómo no me va a gustar eso? Es un niño que ya se hizo grande. Pero ellos me siguen escuchando y me lo dicen, me agradecen y quieren tomarse fotos conmigo.

Las barras populares ocupan hoy el lugar del locutor que animaba, marcaba los tiempos y, de alguna manera, manejaba a los asistentes al estadio. Jorge Eliécer Campuzano cuenta que durante un temblor de tierra tuvo que apagarle el micrófono a su compañero que había entrado en pánico, y se le ocurrió calmar los ánimos de los aficionados diciéndoles que el Coloso

de la 74 había sido construido con medidas sismo-resistentes, que tuvieran la cortesía de mantener la calma... La verdad es que las tribunas no habían sido reforzadas en aquel entonces, pero lo aconsejable era mantener la cordura.

En otra ocasión Jorge Eliécer tuvo que inventarse la narración de cómo una reina de belleza daba una vuelta olímpica para saludar a los espectadores. ¿Cómo narrar eso para quienes están en sus casas?

—Estimados oyentes, ¡la reina va a saludar ahora a la tribuna popular! —inventaba Campuzano. Lo extraordinario de la historia es que la reina hacía lo que él decía que ella iba a hacer. Ese era el poder que el narrador tenía en el estadio. ¿Cuántos loritos, o radiotransistores, entrarían durante aquellos años al Atanasio Girardot?

Quizás la anécdota más poderosa de aquella influencia que ejercía Campuzano sea la leyenda de la narración de La Malasqueña, uno de los mejores goles en la historia del fútbol colombiano. Esta es una de las narraciones más sonadas por recrear el gol más célebre en la historia del DIM. Sucedió en 1984. Malásquez entra por la mitad del área entre dos defensores que se quedan reclamando un fuera de lugar, burla al arquero, toma la pelota cerca de la línea, le amaga a un defensor y queda frente a la red en el momento en el que llegan a taparle el espacio. En esa jugada todo es agonía y lentitud hasta que el peruano chuta como si tuviera en el guayo un taco de billar.

Años más tarde Malásquez contaría a la prensa que en el momento no supo si tenía perfil para pegarle al balón pero que escuchaba a Campuzano gritar: “¡Malásquez!, ¡Malásquez!, ¡Malásquez!”, hasta que en un momento oyó el célebre: “¡Mé-ta-la!” y de este modo supo que tenía ángulo para chutar. De ahí en adelante todo es leyenda: “¡Al marco, goooooo!”.

—Paisita, ¿cuál es su narración más importante?

—Muchas, muchas, muchas. Pero yo dejo eso al sentimiento de los hinchas porque hago algo popular, así que son ellos los que me dan las claves para saber qué es lo que estoy haciendo bien. Sin lugar a dudas el penalti de Leonel en la final del 89 tiene un lugar importante por lo que representó para Antioquia y para Colombia; para los que vivimos de cerca esa gesta del equipo de criollos fue también algo muy especial, de alegría infinita.

—Investiqué entre los hinchas del Atlético Nacional y existe un gol que pueden volver a escuchar siempre por la emoción que usted transmite. Jugaban Nacional y River Plate en el Atanasio en 1995. Tiro libre a favor de Nacional, cobra René. El Loco da un par de pasos, chuta al travesaño y la manda a un rincón. Usted entra en ese delirio que lo caracteriza: “Y gol y gol y gol y gol, golazo, goooooo... Gol del mejor del mundo, René, este estadio se quiere caer... Es el sello de la tierra, es el sello de Antioquia, del más grande del mundo y es René, gol eterno...”.

—La emoción que vivimos en ese momento es indescriptible, tanto así que solo puede entenderse con una narración que intente expresar algo parecido. Algunas personas critican la emoción con la que yo canto los goles, o critican que no cante los goles de los rivales que juegan contra Medellín o Nacional, pero es que no puedo hacerlo. Yo soy un artista que expresa un sentimiento colectivo y no puedo mentir. No puedo dar una nota tan alta si no siento el gol. Ahora todo es más audiovisual y es inmediato el contacto con el oyente no solo a través del teléfono, sino de las redes sociales. Mire, en la final de la Libertadores contra Independiente del Valle dije unas palabras y me pasé toda la noche hablando con gente que vive en el exterior, era gente

que estaba conmovida y quería agradecerme. Ellos me decían esa noche lo mismo que puedes leer que me escriben en YouTube: “¡Lloré!, ¡lloré!, ¡lloré!, ¡gracias, Paisita!”.

No es novedosa la relación entre los locutores y las barras. En 1972 se fundó la primera de todas, allá en la calle Cúcuta donde don Rosendo, y con esa primera barra, llamada la Danza del Sol en homenaje a los peruanos que jugaban en el DIM, Wbeimar Muñoz Ceballos hizo tertulias radiales con su programa *El Estadero Deportivo*.

La diferencia entre las barras de antes y las de hoy, cuenta Jorge Eliécer Campuzano, es que las primeras vivían el fútbol en un ambiente más familiar. Las familias se ponían la ropa del domingo y bajaban a las mangas del estadio a comer pollo, sancocho, frisos. No era tampoco que fueran a fútbol porque jugara Nacional o Medellín exclusivamente, sino que esa misma familia antioqueña que iba a la tribuna lo hacía como una especie de religión así jugara Nacional o Medellín, y aunque fuera hincha de uno también cantaba los goles del otro y le hacía fuerza. Esta es una diferencia sustancial al público futbolero de hoy.

Entrevisté al Paisita antes del partido de Atlético Nacional contra Millonarios en Medellín por los cuadrangulares finales del segundo semestre del torneo colombiano de 2016, cuando estremeciera a la hinchada con el canto de un gol en dedicatoria al Chapecoense. En esa ocasión Luis Fernando me confesó que su arte consiste en darle su voz al sentimiento de las multitudes. Él es consciente de que a través de los medios digitales se está comunicando con millones de personas. La dedicatoria del gol para el Chapecoense había sido ya reproducida un millón de veces el día siguiente a su publicación en Facebook. De la misma manera que reconoce que la tecnología cambia la manera de transmitir su narración, el Paisita sabe cómo asimilar la fuerza de las barras populares para alimentar su arte. En ese video puede observarse la comunión que logra con la barra popular de Los del Sur. El Paisita, a quien le encanta escuchar a los locutores brasileños, es el maestro en transmitir sentimientos.

Pero la función de un narrador también es la de crear imágenes. El fútbol puede entenderse sin ser visto y un ejemplo de esto es la existencia de la barra de ciegos

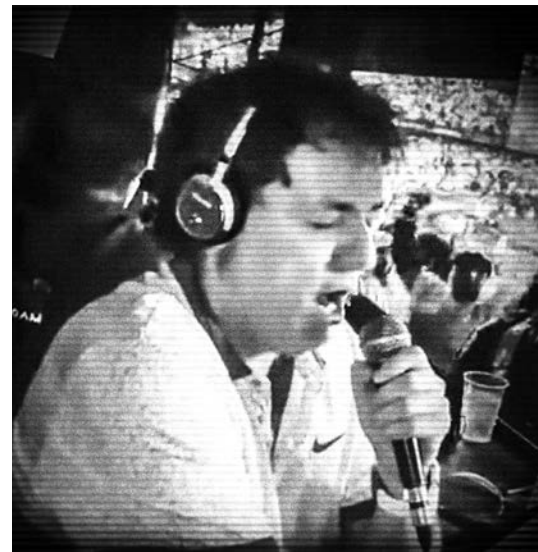
del DIM que se llama Visión Roja. Wbeimar nos dice que el mejor en esto tal vez sea el uruguayo Víctor Hugo Morales, fundador de Radio Continental en Buenos Aires, famoso por la metáfora de “barrilete cósmico” que usara para nombrar a Maradona en el 86 ante los ingleses. Cuenta que cuando Batistuta tomaba la pelota, Víctor Hugo cantaba: “Pelota al pie, melena al viento, rostro al frente... Avanza la belleza argentina. Suben cinco, defienden cuatro...”.

Así como han cambiado los medios de comunicación también próximamente cambiará la manera de ser barrista. El fútbol está en la cresta de la ola de la cultura popular y sus hinchas lo miramos desde una playa que siempre tendrá la marea alta. Pero sabemos que nunca dejará de tener el poder de hacernos volver a la infancia, ya que la pecosa nos transmite las mismas emociones que nos transmitía cuando jugábamos los picados interminables que ganaba el que hacía el último gol. Esto no cambiará nunca.

Algo parecido sucede con la magia del narrador, del comentarista, de esa voz que nos hace sentir parte de un juego que no estamos jugando pero que nos comunica un sentimiento diferente al del cronista deportivo, ya que nos hace partícipes, desde su cabina, del ritual más popular que haya engendrado la modernidad. Es por eso que la radio, aunque carezca del trono de la imagen, tiene la materia prima que lo hace reinar. ★

El más alegre de América

■ No miren sus relojes que se les caen sus papitas Mekato, minuto diecinueve, ataca Nacional. Señores, Sebastián y Gaviota están entrando en este momento a la finca”. No, no es un error, usted está leyendo bien. En 1994, Luis Fernando Múnera Eastman, conocido como el Paisita de Oro, era el narrador de fútbol más escuchado en el Atanasio Girardot; y *Café, con aroma de mujer* era la telenovela más vista en Colombia. Múnera, muy hábil en interpretar el sentir popular decidió entonces, sumarle a sus descripciones de los partidos cada uno de los puntos de giro de la telenovela que, al emitirse todos los días a las ocho de la noche, coincidía con los partidos nocturnos de los miércoles. Así las cosas el fútbol y las telenovelas, para muchos, los dos grandes anestésicos de los colombianos, se mezclaron esas noches como nunca antes.





Un rojo en medio de verdes

Por **Mauricio López**

Freddy Indurley Grisales, el famoso Totonó, soltó de manera inesperada una frase contundente: “Soy hincha del Medellín desde que estaba chiquito”. Cuando la dijo no habían pasado muchos años de su paso por Atlético Nacional, equipo con el que conquistó tres títulos y del que fue ídolo indiscutible. Y claro, sus palabras se le devolvieron como un búmeran, e hirieron de muerte su relación con los aficionados verdolagas.

“Dejaron de quererme, o al menos eso dicen muchos, pero yo me encuentro con algunos en la calle y todavía se toman fotos conmigo o me dan la mano. Tal vez el tiempo lo cura todo, o es que hay personas que se toman las cosas demasiado en serio. El fútbol es un simple deporte, no es la vida”, dice Freddy, quien hoy goza la tranquilidad del retiro como profesional, aunque sigue metido en las canchas, en condición de entrenador.

Tiene 41 años y sigue tan gomoso como cuando empezó su camino futbolístico a finales de los años ochenta, en las canchas de Bello y Medellín. Siempre fue un *crack* y un aficionado al fútbol de primera. Asistía a partidos de barrio, de la Primera B, del fútbol aficionado y del profesional. Iba al Atanasio a ver al Medellín y al Nacional. Le gustaban las dos escuadras y soñaba con jugar en ambas.

“Yo nunca he sido fanático de ningún equipo, y además, cuando uno toma el camino del profesionalismo, lo único que quiere es jugar y jugar”, señala.

Totono jugó desde 1998, cuando debutó con el verde, hasta 2011, año de su retiro, cuando jugaba con el Deportivo Pereira. Con Nacional forjó una historia de triunfos que lo llevó a la vitrina de los ídolos, pero todo se vino abajo durante la final del torneo colombiano de 2004, cuando el Medellín derrotó a Nacional en la final 2-1, y se quedó con el título. La noche posterior al encuentro, dicen, Totono festejó con los jugadores del rival en una prestigiosa discoteca de la ciudad.

“Yo en ambos equipos tenía buenos amigos. Con ellos había compartido en Nacional y en la selección Colombia. Yo no me embriagué ni festejé, simplemente acompañé a buenos amigos en un buen momento para ellos”, explicó Freddy en su momento, pero la afición verdolaga lo borró para siempre del diario de los inmortales de los puros criollos.

“Recuerdo que llamaban a insultarme, o me gritaban groserías en la calle. Incluso llegaron a silbarme muchas veces en los partidos, pero yo siempre le fui fiel a Nacional, hasta el último momento”, cuenta Freddy, quien en una ocasión, paseando con su familia en un centro comercial, recibió un paraguazo de una señora de la tercera edad.

“Esa señora parecía loca y me decía que por qué le había entregado el título al Medellín. Me pegó muy duro, pero la verdad es que me dio risa. Recuerdo que era domingo y cuando la gente vio la escena, empezaron a silbarme. Me tocóirme”, recuerda.

Freddy Grisales creció en un hogar muy humilde y el fútbol le cambió la vida. Gracias a Nacional fue convocado en repetidas ocasiones a la selección Colombia, y también tuvo la oportunidad de ir al exterior, a defender las camisetas de San Lorenzo de Almagro, Colón de Santa Fe, Barcelona de Ecuador e Independiente de Avellaneda. Estuvo a punto de ser fichado por el Aston Villa de Inglaterra, pero el negocio se truncó y Totono dijo a la prensa: “Jamás en mi vida conocí jugadores más malos que los de ese equipo”.

El jugador antioqueño, que había alcanzado a entrenarse un par de semanas con los villanos, fue repudiado por los hinchas ingleses por medio de cartas y de cánticos. “Allá fue ídolo Juan Pablo Ángel, pero creo que a mí jamás me olvidarán”, expresa entre risas Grisales, hoy técnico formador de pequeños talentos en Niquía.

Con el DIM, el equipo de sus amores, jugó muy poco. Tan solo once partidos y tres goles llenan su historial con el elenco escarlata. No logró ningún título y tampoco es considerado ídolo por los aficionados del Poderoso. Mejor dicho, a Totono lo quieren más en Pereira que en Medellín.

“Así es el fútbol, y la verdad, no me arrepiento de nada. Siento que hice mi carrera como debía. Siento que aporté mucho a los equipos donde estuve. También tuve malos momentos, lo admito, pero creo que mi carrera fue buena”, dice.

Hubo un momento en el que hablar de Totono con un hinchita del verde era como nombrar a Jehová en un culto cristiano evangélico. Después de la final de 2004, decir Totono frente a un sureño es como invocar al mismísimo demonio.

Hoy día nadie molesta a Freddy. La gente lo reconoce en la calle, e incluso le estrechan la mano y se toman fotos con él. El fútbol profesional es un capítulo cerrado, aunque su vida sigue girando alrededor de la pelota. ★



Hijo de tigre...

Por **Juan Guillermo Romero**

En 2011, Alejandro Arcila Zapata tenía tan solo cuatro años. A esa edad, sus padres Juan Carlos y María Paulina decidieron llevarlo por primera vez al estadio Atanasio Girardot para que viera el equipo que ambos siguen juntos desde que eran novios: el Deportivo Independiente Medellín. El rival de turno era el Deportivo Pereira, un partido tranquilo, ideal para abonar la semilla roja que ellos juzgaban lo suficientemente aferrada al cerebro del niño. Sin embargo, por más que ellos se empeñaron en hacerle comprender que los jugadores de rojo eran mejores y en mostrarle cómo ese color era el mismo que ellos portaban con tanto orgullo, Alejo comenzó a gritar: "¡Amarillos, amarillos!". Al oír aquello, los dos, muy contrariados, le replicaban con desespero: "Rojo, hijo, rojo". Pero el niño, fiel a los estudios neurológicos que afirman que a esa edad el interés es más grande por los descubrimientos que por las repeticiones, volvía a arremeter: "¡Mangos, mangos!". No había caso, la asociación de una fruta que le gustaba

con el uniforme del rival encerraba un mensaje que hoy es una realidad: el Deportivo Independiente Medellín no sería el equipo de Alejandro.

Pero el asunto no paró ahí. En la familia de María Paulina rondaba el espíritu verdolaga. Uno de sus hermanos, Juan Felipe, todavía se ríe cada vez que recuerda que para él fue muy fácil conducir al niño hasta el redil nacionalista. En el primer partido que fueron a ver juntos, antes del pitazo inicial, los jugadores verdolagas enseñaron a la tribuna una gran pancarta en la que se leía: "Alejo, estás con nosotros". Este mensaje dirigido a su compañero de equipo Alejandro Bernal, quien días antes había sufrido una fuerte lesión en una de sus rodillas, se convertiría en la mejor carnada. "Alejo, mira cómo te recibe Nacional", le dijo el tío, cual pescador de área que capitaliza una bola suelta que solo necesita que alguien la sople para meterse al arco.

Sí, golazo verde, y risas en la cara de Alejo. La misma expresión que hoy lleva a Juan Carlos a recordar sus épocas de hinch ultrafanático en la adolescencia y la juventud, pues cada vez que Nacional anota un gol, Alejo corre por todo el apartamento agitando la camiseta de su equipo amado en una clara

provocación hacia su padre. Una burla que puede abarcar uno a uno a todos los jugadores del Medellín, a quienes Alejo considera unos mediocres sin importar las jugadas que hagan o los títulos que consigan; o incluso, extenderse al uniforme del equipo, sobre todo cuando el DIM viste uno morado en lugar del rojo tradicional.

Juan Carlos recuerda que lo suyo era peor, pues Alejo es apenas un niño de nueve años. María Paulina, su esposa, recuerda que de novios si el DIM perdía un partido, Juan Carlos entraba en un mutismo inmanejable por uno o dos días, y él mismo describe con cierto tono de sorpresa, como si se tratara de otra persona, que cuando Medellín volvió a quedar campeón en 2002, después de 45 años, una vez Mauricio Molina anotó el gol que acercaba la tercera estrella roja, su cerebro le ordenó meterse a un baño a rezar sin parar para que el partido terminara cuanto antes.

Por imágenes como estas, Juan Carlos celebra que su hijo haya elegido el tenis y no el fútbol como el deporte que prefiere practicar. Como la gran mayoría de los padres de familia, no quisiera que su hijo



se volviera un barrista consumado. Para su fortuna, el tenis ha captado gran parte de su atención y energía, a tal punto que ha cambiado los estudios presenciales por la educación virtual, pues entrena unas cuatro horas diarias con un objetivo claro: convertirse en tenista profesional, al estilo de Juan Martín del Potro, su gran ídolo en el deporte blanco. Sin embargo, en muchas ocasiones ni el tenis logra separarlo de su amor por Nacional, o de su odio por el Medellín, no se sabe. Según sus palabras, cada vez que está entrenando en las canchas de la liga de tenis, contiguas al parqueadero que suelen utilizar los hinchas del Medellín para

ensayar sus pregones, el solo sononete hace que comience a pegarle con mucha más fuerza a la bola; lo dice casi con rabia.

En los nueve años de vida de Alejo, Juan Carlos solo lo ha acompañado unas tres veces al estadio, y eso porque su esposa le ha tendido la emboscada al etiquetar el plan como una actividad familiar. Uno de sus principios de vida, innegociable por demás, es no darle plata al rival de patio de su Medellín del alma. Así las cosas, María Paulina es la que suele sacrificarse para acompañar a su hijo, quien para fortuna de ellos escoge muy bien los partidos a los que quiere ir. Para Alejo, su padre es un bulto de sal, pues todavía recuerda que la última vez que fueron a ver a Nacional, en un partido contra Santa Fe, el verde perdió 1-0.

A sus 38 años, Juan Carlos Arcila ha entendido a la perfección que volverse hincha de un equipo es algo que puede resultar impredecible. La incidencia de la familia, el detonante en su caso, no funcionó con su hijo. Queda claro, no hay fórmulas, puede ser el primer partido que alguien ve de un equipo, los triunfos constantes de un club, sus ídolos e incluso una extraordinaria jugada de alguno de ellos lo que termine enamorando al potencial hincha. Juan Carlos, por ejemplo, todavía guarda en su memoria una de esas inolvidables jugadas que disfrutara la noche del 14 de noviembre de 1984, cuando apenas tenía seis años: la famosa Malasqueña. Esa noche, el peruano Eduardo

Malásquez se sacó dos veces al portero del Unión Magdalena y a varios defensas los dejó tirados en la grama, mientras los narradores deportivos y todos los hinchas se atragantaban de gol... de golazo, esperando ansiosos que su máximo ídolo de entonces se decidiera a patear de una buena vez. Alejo, por su parte, les contará un día muy seguramente a sus hijos que un tal Franco Armani, en la noche del 12 de mayo de 2016, detuvo tres disparos a quemarropa de los jugadores de Rosario Central, marcando la ruta para que Nacional quedara campeón de la Copa Libertadores por segunda vez. Una jugada que Alejo nombra como "la triple", mientras su cara se ilumina.

Sí, de estas y otras anécdotas se alimentan los hinchas para hacerse cada vez más fieles a sus equipos, aunque algunos se atreven a romper incluso con la famosa frase que lanzara el escritor uruguayo Eduardo Galeano: "Un hombre, en su vida puede cambiar de mujer, de partido político o de religión, pero no de equipo de fútbol". Sí, Galeano dijo un hombre... Y por lo tanto, María Paulina, la esposa de Juan Carlos no quedó incluida en semejante sentencia. Ella se confiesa roja conversa después de que fuera hincha verde por herencia hasta que comenzó a acompañar, sin una sola falta durante dos años, a su afiebrado novio Juan Carlos, sin importar cuál fuese el rival de turno. Es más, ella todavía recuerda la cara de felicidad de él cuando en un clásico le dijo: "Amor, te quiero contar algo: le estoy haciendo fuerza al

rojo". Once palabras que en el cerebro de Juan Carlos se correspondían con los once gladiadores que esa tarde él seguía sin descanso desde la tribuna. Otra anécdota que hoy ante los frecuentes triunfos verdolagas, y sobre todo al saber que es ella la que suele llevar a Alejo al estadio, podría augurarle tiempos de soledad a este hincha rojo, que sabe muy bien que el amor a un hijo mueve montañas.★



Bicampeón continental

En 2016, después de una campaña casi perfecta donde solo perdió un partido, Atlético Nacional se coronó por segunda vez en su historia campeón de la Copa Libertadores. De la mano del profesor Reinaldo Rueda, terminó su grupo invicto y sin recibir goles, superando a Peñarol, Huracán y Sporting Cristal. Franco Armani, Alexis Henríquez, Farid Díaz, Alex Mejía, Macnelly Torres, el Lobo Guerra, Orlando Berrío, Marlos Moreno, Miguel Borja quedarán en la historia de un equipo fuerte en defensa y efectivo en ataque. Le ganó la final a la sorpresa del torneo, Independiente del Valle de Ecuador, luego de eliminar en octavos y cuartos a los argentinos Huracán y Rosario, y en semifinales al Sao Paulo. En diciembre, como campeón de Copa, el verde participó en el Mundial de Clubes de la Fifa en Japón y quedó en tercer lugar detrás del Real Madrid y el Kashima Antlers, escuadra japonesa que lo venció en la semifinal.





De Millos me enamoré

Por *Daniel Alexander Moreno*

Mi nombre es Daniel, tengo 30 años, nací en Bogotá de padres boyacenses, actualmente vivo en Medellín por trabajo. Mi historia con el Club Deportivo Los Millonarios ahora Millonarios FC es una historia de amor, de amor a primera vista, de amor incondicional, de amor que aguanta tempestades, lluvia, críticas, burlas, porque así es el amor, se fortalece en las dificultades y el que no es capaz de aguantar, no merece decir que ama.

Año 1996, Bogotá, Colombia. Mis padres, personas para las que el fútbol es una actividad sin importancia, no entienden cómo la gente puede llegar a querer o amar tanto a un equipo de fútbol, algo sin fundamento, sin razón. Yo, un niño que ve cómo su amiguito de la cuadra cuenta con un brillo inimaginable en los ojos que fue al Campín a ver a Millos, un equipo vestido de azul que según su papá es el equipo de fútbol más grande de este país, el equipo que escribió con letras doradas la historia del fútbol profesional colombiano.



Don Carlos, el papá de Oscar, mi amigo, nos contaba de grandes jugadores de otro planeta: Alfredo Di Stéfano, Amadeo Carrizo, Adolfo Pedernera, Delio 'Maravilla' Gamboa, Alfredo Castillo, Néstor 'Pipo' Rossi, Alejandro Brand, Willington Ortiz... una lista tan larga como un trancón de Transmilenios en hora pico por la Caracas. Eran muchas historias, muchos títulos, mucha gloria de la que hablaba don Carlos, transmitía tanta emoción y tanto entusiasmo que para la mente de un niño era algo fascinante.

Ese año '96, casualmente, fue un año en el que Millonarios jugaba lindo, hacía soñar a la gente y cumplía cincuenta años de vida. En el cuadro azul había grandes jugadores como Jorge 'Polilla' Da Silva, Ricardo Lunari, Marcio Rodríguez Cruz, José Clei Santos, Guillermo Castrillón, Orlando Rojas, Eugenio Uribe, Héctor Valoyes, Edy Villarraga, Flaminio Rivas, Rodolfo Rosero, Osman López, Bonner Mosquera, Alex Daza, John Mario Ramírez... una nómina para ser campeón.

Casualmente, la primera mitad del torneo no fue buena, hasta que llegó Miguel Augusto Prince, exjugador campeón de 1988. Según recuerdo Millos gana en Barranquilla y en la última fecha del cuadrangular final derrota a Nacional en el Atanasio Girardot con goles de Marcio Cruz y Ricardo Lunari; esperando un gol del América en Cali, Bogotá parecía una fiesta: carros con globos y banderas recorrían la ciudad, todo estaba listo para una fiesta, tal vez la fiesta más grande que yo iba a ver en mi corta vida. Pero no se dio y Millonarios se tuvo que conformar con el subcampeonato. A pesar de eso, el equipo fue recibido en el aeropuerto El Dorado como un campeón. Ese día por la avenida El Dorado, con Oscar y don Carlos, vi la felicidad en la cara de la gente, vi la pasión, la alegría, el amor incondicional de miles de hinchas que salieron a recibir a su club, a demostrarle que lo amaban, que estaban orgullosos, les hacía latir el corazón y hacía que de sus ojos brotaran lágrimas de amor.

Cuando fui más grande empecé a ir al estadio, me ilusionaba cada año con la nómina que iniciaba el torneo, compraba boletas como podía, le pedía dinero a mis papás para ir al estadio con las tres mil personas que iban a ver a un Millonarios a puertas del descenso, un equipo desangrado por sus dirigentes, por sus dueños, pero ahí seguía, igual de enamorado que el primer día. Fueron momentos duros que sin duda ayudaron a formar mi carácter y volvieron este amor más fuerte que el acero, ese amor que me hizo hincha, socio, abonado, enamorado... A pesar de la distancia sigo comprando mi abono cada torneo, ilusionándome, enamorándome, sufriendo, refunfuñando cuando jugamos mal, pidiéndole al Dios del cielo que nos ayude a volver al lugar que nos merecemos.

Yo me enamoré, de Millonarios me enamoré. No me arrepiento de este amor, es lindo, es lo mejor que me ha pasado en la vida. ★

El goloso de la 74

Por **David E. Guzmán**

Una vez me llevaron a fútbol un miércoles del año 84, a un largo y tedioso 0-0 entre Nacional y Santa Fe. A la salida, mi papá se dejó guiar por el humo que salía de la parrilla de una chocoana. Eran casi las diez de la noche y quizás pensó que lo mejor era regresar a casa con la cena resuelta. Cuando llegamos fui a saludar a mi mamá pero al acercarme para darle el besito me apartó con cierto asco; me miró desconfiada y le preguntó a mi papá por qué yo tenía la boca grasosa y amarilla.

—No sé, nos comimos un chucito en el estadio —respondió mi papá.

—¡Pero cómo se te ocurre darle eso al niño! ¡Esos chuzos son de carne de rata! —vociferó mi mamá indignada y me llevó al lavamanos.

Mientras ella misma me enjabonaba la jetica yo no podía dejar de pensar que la carne de rata era una manjar, y que no era la primera vez que degustaba sus

sabrosos jugos, pues con mi tío Memo ya habíamos comido en anteriores idas a fútbol. Pero no le dije nada a mi mamá, ella no tenía por qué saber que lo mejor de ir al estadio, además de ver al verde, era mecatiar sin ningún tipo de consideración.

★ ★ ★

Uno de mis preferidos era el chicharrón bogotano. Los pasaban vendiendo en una gran canasta de donde sobresalían sus formas diversas y estrambóticas. Se necesitaba un litro de gaseosa para proceder a su ingesta. Saladitos y chicludos eran perfectos para combatir la hambruna en un partido de noche fría. Cerveza y chicharrón bogotano, o rosquita gigante, debió ser uno de los mejores casaos de la época.

El perro caliente y los sánduches de mortadela, preparados con anticipación y exhibidos como pequeñas obras de arte gastronómico, también hacían las





delicias de los aficionados. Hoy, la arepa con salchichón y salsa rosada es el imán que atrae a los hinchas de Sur y Norte. El chorizo tampoco se queda atrás. No hay entretiempo de un partido donde las zonas de comidas no estén cercadas de golosos. En Oriental y Preferencia los palitos de queso son los mimados de la afición, dispuestos en una urna transparente diseñada especialmente para que los palitos y sus respectivas porciones de mermelada seduzcan al antojado. En otro tiempo reinó el sánduche cubano, un clásico de Preferencia, paradójicamente lo más sofisticado que se vendió por años.

He visto crecer la oferta de comidas en el estadio, atrás quedaron los días de los famosos “comepollo”, que entraban con uno o dos *cocaricos* con papa cocida, y los amantes del arroz chino, para quienes la falta de cubiertos no era problema: cuchareaban con





la cédula. En las afueras el panorama de los kioscos también ha cambiado, las canecas llenas de botellas de cerveza, con sus etiquetas flotando en el agua helada, dieron paso a modernas neveras y vitrinas que siguen ofreciendo, por el bien de los paladares y las familias, caretas de marrano, picadas, mazorca, chunchurria, empanadas, morcilla, papas criollas, arepas de queso con lecherita y hasta sancochos de bagre y carne asada.

Pero no solo los platos fuertes, el mecato dulce ha sido otra tentación para los hinchas: desde los tibios churros azucarados y las crispetas fragantes de las afueras hasta el Supercoco y el Bon Bon Bum que circula en la tribuna. "¡Últimos últimos!", grita el manicero con su canasta recién abastecida de bolsitas con coco confitado y maní salado y dulce. De pronto algo te pasa rozando la oreja, es un paquete de De Todito que un vendedor lanzó desde abajo. Con su costal roído y repleto de mecato espera que el billete baje de mano en mano mientras despacha otros dos paquetones. Pero sigamos con el dulce: el mejor amigo de la tribuna es el chococono, que calma sed y hambre y se agota en segundos, sobre todo en lo alto de la tribuna popular donde la hinchada es más propensa a la boca seca.

No hay como chupar paleta en el estadio en un partido de domingo. Recuerdo un vendedor que las tiraba como proyectiles y la gente ávida estiraba sus manos como si quisiera cazar una pelota de jonrón.



Todos querían la suya. Eran tiempos de sol, tiempos de refrescarse con cerveza de verdad. Fría en los bajos, al clima en la tribuna a no ser de que se pescara recién despachada. Ahora funciona el placebo, como le dicen algunos hinchas a la pola sin alcohol que al menos sirve para pasar unas bocanadas. Cigarrillo, tinto o chicles son alternativas para calmar la ansiedad,

despertar un poco del letargo o mascar el juego y descifrar la táctica.

Si la fiesta es inminente, un rumor se empieza a escuchar en las gradas, "guaro, guaro, guaro". En algunos partidos es mejor tener con qué calmar los nervios, además también se consigue agua y mango biche con sal y limón para darle un toque casero a los brindis. El

mango, la única fruta que se vende dentro del coqueto. Hace poco fui a Preferencia después de muchísimos años y me sorprendió ver al mismo vendedor de mangos de toda la vida, con su bandeja al hombro y su rostro manchado por el sol. En un momento pasó por mi lado y lo miré detenidamente a ver si se acordaba de mí, pero no, descargó su bandeja en el muslo mientras



hacía un descanso y clavó su mirada de águila cazadora en la tribuna.

★ ★ ★

Cinco años después del incidente del chuzo, mi papá, mis primitos y yo planeamos una ida al Atanasio para ver un Nacional-Junior. Mi mamá, sin hacer alusión a aquella imagen de su hijito con la boca

grasienta, propuso que hiciéramos una gran torta para llevar y no tener que comprar nada allá, solo las gaseosas. Así fue. El sábado en la tarde mi papá empezó a preparar la torta con mi asistencia, pero cometimos varios errores con las cantidades de leche y harina que íbamos adicionando para equilibrar la mezcla. Al final, salió una torta extraña, dura y rústica pero rica

de sabor. "Apenas para que coman en el estadio", dijo mi mamá sin dejar espacio a cualquier otra opción. "Se llama Torta Llanera", añadió rápidamente mi papá y buscó algo para envolverla. De ninguna manera estaba dispuesto a que lo regañaran otra vez, sabía que mi hambre no era solo de gol. ★

El suplicio de los árbitros

Por **Roosevelt Castro**

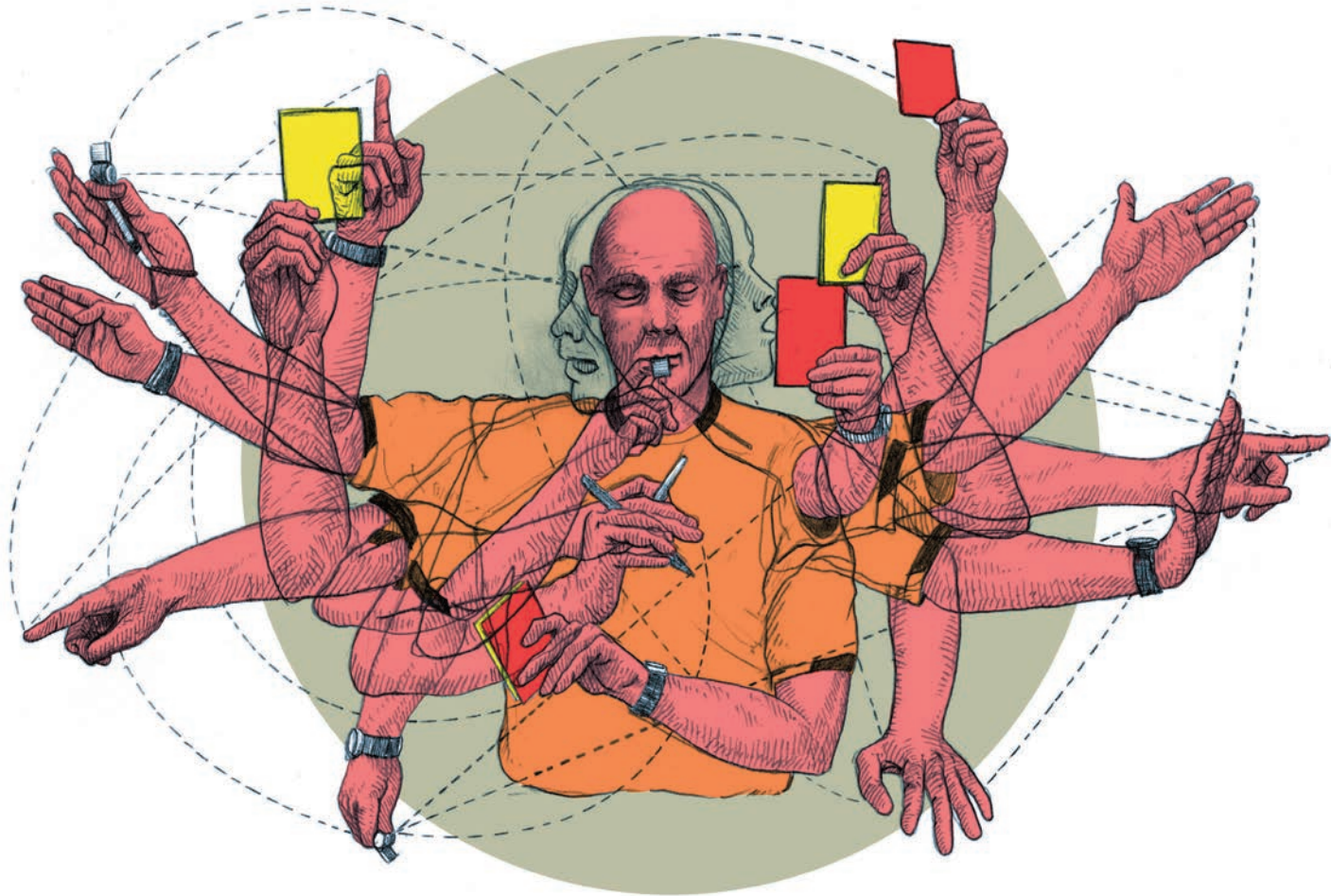
Su trabajo consiste en hacerse odiar. Única unanimidad del fútbol: todos lo odian. Lo silban siempre, jamás lo aplauden. Los derrotados pierden por él y los victoriosos ganan a pesar de él. Coartada de todos los errores, explicación de todas las desgracias. Los hinchas tendrían que inventarlo si él no existiera. Cuanto más lo odian, más lo necesitan.

Eduardo Galeano

En los años ochenta del siglo pasado en Colombia los narcos determinaban qué era justo y qué no y, por ende, qué debía castigarse o premiarse. El fútbol no escapaba a ese tenebroso estado de cosas y los árbitros fueron unas víctimas más de ese control totalitario.

Era un secreto a voces que muchos partidos se arreglaban antes del pitazo inicial, y que por los estadios deambulaban los "hombres de los maletines", sobornando jugadores, líneas, centrales y hasta técnicos.

A quienes no les salían las cosas en la cancha, tomaban acciones extremas en las calles. Por ejemplo secuestrar a un árbitro para enviar una advertencia a todos los demás. Eso le sucedió a Armando Pérez Hoyos en 1988, raptado en el aeropuerto de Rionegro por sicarios de Pablo Escobar Gaviria, quienes lo retuvieron varias horas para lanzar un aviso macabro a todos los jueces: "Árbitro que no cumpla honestamente con su función, será borrado del mapa". Quienes entregaron esa especie de sentencia decían representar a seis equipos del rentado local, entre ellos, Nacional, Millonarios y Junior.



Ese fue solo el anuncio de la tragedia, la cual se consumó el 15 de noviembre de 1989 en Medellín, con la muerte del línea Álvaro Ortega. Lo acompañaba Jesús Díaz, el mejor árbitro colombiano de esos días, a quién le tocó oír las últimas palabras de su amigo y colega: “Me hirieron, me jodieron, Chucho. Coge a ese hijueputa”. Ortega murió en la Clínica Soma en el Centro de Medellín.

Durante muchos años, los árbitros entraron a las canchas colombianas aferrados a sus escapularios, y convencidos de que cualquier error podía significar la muerte; las cosas han cambiado y ahora se le teme sobre todo al escarnio de las redes sociales. Con las sentencias macabras o con las rechiflas y los insultos por vía digital, lo que los árbitros viven dentro de los estadios, y más cuando pitan clásicos, es una verdadera prueba psicológica.

El debut profesional del casanareño Imer Machado se produjo en 2007, en un partido entre Bucaramanga y Equidad que culminó 1-2, y que marcó el descenso a la B del conjunto leopardo. Machado recuerda esa tarde en el Alfonso López como uno de los momentos más difíciles de su carrera.

“Lo primero fue el olor. Cuando entramos al camerino arbitral había un olor a podrido que no nos permitía concentrarnos. Vaciamos varias veces el baño, aunque parecía limpio. Luego buscamos debajo de las sillas, detrás de los camerinos, pero nada vimos. Resulta que

habían escondido una rata muerta y la habían dejado en un pequeño microondas. Nos tocó cambiarnos en el pasillo, a la vista de periodistas y curiosos. Luego entramos al campo y de inmediato empezaron los gritos, los insultos. ‘Cuidado y desciende el Bucaramanga por culpa de ustedes’. ‘Ojo con lo que pitás hijueputa’. Y así por el estilo. A los líneas les fue peor. Yo sé que no somos los personajes más carismáticos, pero la gente debería ponerse en nuestros zapatos, y entender que somos personas normales, con vidas por fuera del fútbol”, relata Imer, quien padeció un infierno en los minutos finales, pues Bucaramanga iba perdiendo y todos sus intentos por empatar se truncaban por fueras de juego, o por aguerridas acciones de los defensores de Equidad, que para los aficionados eran faltas no sancionadas por el de negro.

“De verdad que uno termina concentrándose y el estar corriendo de un lado a otro calienta el cuerpo y uno supera los nervios, pero recuerdo que estaba agitado y al principio me temblaban las piernas. Las barras del Bucaramanga no hacían ruido como otras del país, al contrario, todos se comían las uñas, o lloraban en silencio. Me tocó ver señoras de avanzada edad, o niños con sus padres, todos llorando. Ver esa escena lo pone a uno triste, y hasta hace que uno pite cosas en favor de ese equipo que se hunde. Toca ponerse frío para cumplir el reglamento. Fue un debut complicado. Tuvimos que salir custodiados por la policía. Recuerdo

que me tiraron pedazos de carne, piedras, pilas y hasta un biper”.

Machado ya se retiró. Alcanzó a pitar cerca de doscientos partidos profesionales y cumplió como pudo en siete finales. Una de ellas, entre Junior y Once Caldas, en 2010, lo dejó marcado como persona no grata en Barranquilla.

“Debo reconocerlo, ese día no estuve a la altura de los acontecimientos. Me equivoqué y los barranquilleros me tomaron odio, pero esa es la vida del árbitro, hacerse odiar, quiera o no quiera”, señala.

Entre las experiencias inolvidables de árbitros colombianos está la de Armando Pérez Hoyos en la final de Italia 90, en el Olímpico de Roma, entre Alemania y Argentina. Los más de 73 mil aficionados coreaban a gritos los nombres de los jugadores. En medio de la silbatina general, salió al terreno la terna arbitral, comandada por el uruguayo nacionalizado mexicano Edgardo Codesal Méndez y secundado por Pérez Hoyos y el polaco Michał Listkiewicz. Era la primera y única vez que un juez cafetero, antioqueño para más señas, era designado por la Federación Internacional de Fútbol Asociado, Fifa, para estar en una final de Copa Mundo.

“Yo me sentí muy tranquilo, aunque el ambiente era impresionante, pero es que yo no iba a tomar las principales decisiones. Eso le tocaba a Codesal”, afirma el juez de línea antioqueño, quien acababa de perder a su padre, Hernán, semanas antes de la definición mundialista.

Y la tranquilidad de Pérez se extinguió al primer minuto de instalarse en su línea. Los hinchas argentinos le recordaron constantemente a su madre, mientras que otros aficionados, de diferentes partes del mundo, le decían cosas en idiomas que él no entendía, pero que seguramente no eran elogios.

“A mí nada de eso me sacó tanto de concentración como el espectáculo mismo. Tenía 38 años y estar en esa final era cumplir un sueño. Era como un niño en una dulcería, como un invitado a una fiesta privada con las modelos más hermosas del mundo. Miraba para un lado y veía al gran Franz Beckenbauer, miraba para la cancha y veía a Maradona, a Burruchaga, a Matthaus. Hubo un momento en el que me quedé tan abrumado por lo que estaba viviendo que dejé pasar una jugada en la que Littbarski casi anota, y estaba en fuera de lugar. De inmediato se me vinieron encima Gustavo Dezotti, Pedro Troglío y Maradona. ‘Pero qué hacés pendejo, qué hacés. Tomátelas, tomátelas’, me decían juntado los cinco dedos de cada mano. Tener a Maradona en frente, insultándote, te deja frío. Ni siquiera me quejé con Codesal”, expresa Pérez Hoyos, quien había sido el árbitro central en la semifinal de Copa Libertadores de 1987, entre Cali y América.

En esa ocasión, el Cali pagó un aviso de prensa grandísimo, en el que se ponía en entredicho la capacidad del antioqueño. Le echaron la hinchada encima y esa noche en el Pascual Guerrero fue un tormento.



Ensamblaje, Esteban Zapata, 2016.

“La verdad, veía la cara de los hermanos Rodríguez Orejuela en cada aficionado. A veces no tenía fuerza ni para correr. Tenía miedo, pero saqué el partido adelante. Pensé que no iba a salir ileso del estadio. Cuando todo terminó y pasó el América, me metí al camerino, recé, recogí mis cosas y salí corriendo. La policía nos acompañó hasta el aeropuerto. Al año siguiente me secuestraron en Rionegro y creí que era por ese motivo, pero fue el Cartel de Medellín. No fue fácil mi carrera”, cuenta Armando.

Otro árbitro que ha tenido que pasar por malos momentos dentro de un estadio es Wilson Lamouroux, llanero, quien es profesional hace más de doce años. En 2012, en el partido de vuelta de la gran final de la Primera B, entre América y Alianza Petrolera, le invalidó injustamente un gol a Julián Lalinde, de la Mechita, que habría significado el retorno del conjunto vallecaucano a la A. Lamouroux tuvo que salir en tanqueta.

“Me querían linchar. Recuerdo que terminó el partido y la policía corrió a custodiarme, pues los jugadores del América se me fueron encima. También había otras personas, directivos o invitados, no sé, pero me gritaron de todo. Me dijeron rata, ladrón, perro. Le juro que sentí miedo y pensé en mi familia. Me hablaban pero yo no

respondía. Solo quería irme, pero el estadio parecía un volcán a punto de explotar sobre mí”, recuerda.

Para colmo, en 2015 le tocó pitar el partido entre Bogotá y América, que terminó 1-0 para los capitalinos, resignando de nuevo las opciones de ascender del América. El partido fue tranquilo y el marcador justo. Muy pocos aficionados estaban en las tribunas y casi todos eran del América. Lamouroux, otra vez, tuvo que salir con la policía. “No sé cómo no me han matado, porque me han llegado cartas, mensajes de texto y todo tipo de amenazas por las redes sociales. Pero los árbitros, cuando somos honestos, tendemos a ser tercos, y yo no me arrugo ante ningún partido”, dice el metense, uno de los referis más polémicos del fútbol colombiano.

No hay duda de que ser árbitro es una manera de llevar la contraria. Se necesita vocación de aguafiestas para vestirse de negro y enfrentar un estadio colorido con un pito y dos tarjetas. Merecen un respeto que es inútil pedir a la tribuna. ★



Erizo plateado, Esteban Zapata, 2016.

La travesura de un árbitro

Le sucedió a Wilmar Roldán, el hombre de negro de Remedios. Jugaba Argentina, no importa contra quién. El caso es que el juez antioqueño llegó al estadio con una Nikon en el bolso, iba de cuarto árbitro. Antes de que arrancara el encuentro preguntó: "Me puedo tomar una foto con Maradona". Le dijeron que no, pero él, con la cámara colgada del hombro, agarró camino para el camerino de los gauchos, y una vez en la puerta, se hizo el duro: "Bueno, necesito verificar la camiseta de Higuain". "¿Qué?", le respondieron. "Me traen esa camiseta pero ya", replicó el paisa. Diego, entonces técnico de la albiceleste, se le acercó muy afable: "Escuchame viejo, ¿pasa algo malo?, decime y lo arreglo". Roldán le respondió: "No, nada, tranquilo maestro". Pero el Diego insistió: "Lo que necesités me decís". Y entonces Roldán se atrevió: "Diego, sería posible una foto contigo". "Claro, claro", le respondió el mejor de todos los tiempos. Roldán salió satisfecho del camerino sin mirar la camiseta del Pipita Higuain.



Debuta el hincha

Por **Jaime Barrientos**

Ser futbolista profesional es el sueño de muchos jóvenes. Un sueño cultivado en canchas y campos de entrenamiento. Debutar en el club que se lleva en el corazón es un privilegio de pocos, una forma de unir el sueño del joven jugador con las pasiones del hincha, las glorias de la cancha y la tribuna. El estreno de un jugador ante su afición lo marca para siempre. Y si ese partido lo juega con la camiseta que ha llevado como hincha, el sentimiento se multiplica.

Jugadores históricos de Independiente Medellín y Atlético Nacional pueden tener muchas cosas en común: títulos con sus equipos, participaciones en selección Colombia y haber jugado en el extranjero. A los cuatro de esta pequeña formación los une algo que sobrepasa lo deportivo: un sentimiento nacido en las tribunas del Atanasio Girardot.



Roberto Carlos Cortés Restrepo

Las calles del barrio San Isidro en Itagüí tuvieron desde niño a Roberto Carlos 'Choto' Cortés corriendo con un balón. De su hermano mayor, además del apodo, heredó su calidad y gusto por el fútbol. Recuerda con nostalgia que en medio de las recochas del barrio se soñaba jugando en el Atanasio con el Medellín. Es hincha rojo desde que tiene memoria y, en 1997, después de haber jugado con la selección Antioquia, debutó como profesional en el Once Caldas. Estaba feliz, pero él sabía que, además de "jugar profesional", tenía que hacerlo en el Poderoso.

Esta aspiración no tardó mucho en concretarse. En 1998 fue transferido al DIM y el 25 de enero jugó en la Tarde Roja, un evento organizado para darle la bienvenida a la nueva plantilla del Medellín con un amistoso ante el América, parte de la preparación de la temporada que iniciaba. Lo mejor estaba por llegar, la semana siguiente, el 1 de febrero de 1998, tuvo la oportunidad en un partido oficial.

Fernando 'Pecoso' Castro, director técnico de ese DIM, se la jugó con el lateral izquierdo de veinte años desde la primera fecha de la Copa Mustang contra Envigado. Ante más de veinticuatro mil hinchas Choto corrió por la banda izquierda con la condición física que



siempre lo caracterizó. No recuerda el resultado, tal vez por la emoción de haber debutado ante su hinchada en la cancha donde unos pocos años atrás, había alentado al Medellín de Pareja, Juárez y la Gambeta Estrada. El empate a cero pasó a ser anecdótico. "Fue algo inexplicable el haber podido jugar con el equipo que siempre llevé en el corazón", expresa Cortés. La ilusión de vestirse de rojo se hizo cierta para el hincha poderoso que Choto llevaba por dentro, por fin pudo salir a jugar con una misma camiseta para hincha y jugador.

Debut de Roberto Carlos Cortés

1 de febrero de 1998

Alineación: Jorge Rayo, Wilson Pérez, Alexander Fernández, Sergio Guzmán, Roberto Carlos Cortés, Juan Carlos Ramírez, Edgar Carvajal, Francisco Wittingham, Giovanni Hernández, Luis Zuleta y Plácido Bonilla
Medellín 0 - Envigado 0



David Ospina Ramírez

El 12 de febrero de 2006 más de veintiocho mil espectadores presenciaron el debut, en el Atanasio Girardot, de David Ospina como cancerbero de Atlético Nacional. Con apenas diecisiete años y 165 días, buzo verde, pantaloneta negra y medias del mismo color hasta arriba de las rodillas, al mejor estilo de Miguel Calero, Ospina vio cómo el sueño que tuvo desde que en 1995 fue al estadio por primera vez para ver a Nacional, se cumplía enfrentando al Atlético Junior. Fue hincha verde desde niño gracias a la pasión que le transmitió don Hernán, su papá.

A pesar de que su debut como profesional había sido una semana antes en el estadio Pueblo Nuevo de San Cristóbal, Venezuela, contra el recién ascendido Cúcuta Deportivo, el actual arquero del Arsenal FC asegura que en el Atanasio todo cobró un sentido diferente. Era jugar en la cancha que siempre sintió como propia y ante un público que imaginaba coreando su nombre y celebrando sus

Debut de David Ospina

5 de febrero de 2006

Alineación: David Ospina, Carlos Díaz,
Humberto Mendoza, Oscar Passo,
Andrés Casañas, Cristián Marrugo,
Tosé Amaya, Gerardo Bedoya, Hugo Morales,
Víctor Aristizábal y Sergio Galván
Cúcuta 3 - Nacional 2

atajadas. Lo segundo se cumplió en el anhelado estreno. La gente reconoció inmediatamente en David a un golero de proyección. Los nervios que sintió en la concentración del Hotel Belfort fueron disminuyendo en la medida que se acercaba el pitazo inicial. Santiago Escobar, entrenador del verde, había planeado que el novel arquero solo jugara el primer tiempo, pero decidió dejarlo los noventa minutos del empate a dos en un partido con cuatro expulsados.

Hoy David juega en la Liga de Campeones de la Uefa, y además fue titular en un Mundial, sin embargo, el golero indiscutido de la selección Colombia, afirma que ese 12 de febrero fue distinto, fue el día en que se unió el hincha con el futbolista.

David González Giraldo

David González era el tercer arquero del Independiente Medellín en el segundo semestre de 2002. El rojo no andaba bien y al mal momento del equipo se le sumaba que sus dos arqueros principales no estaban disponibles para el clásico antioqueño del 25 de agosto. Leonel Rocco tenía un problema muscular y Agustín Julio tenía varicela. David, con sus veinte años cumplidos, sería el titular frente al rival de siempre. González iba a debutar como profesional en el Atanasio contra Nacional. Nadie pudo haberlo imaginado mejor.



Debut de David González

25 de agosto de 2002

Alineación: David González, R. Muñoz, Andrés Orozco, Amaranto Perea, J. Castrillón, Jair Benítez, Edgar Carvajal, John Javier Restrepo, David Montoya, Tressor Moreno, Agostinho
Medellín 1 - Nacional 1

“No solo cumplí mi sueño sino el de todos mis familiares y amigos hinchas del DIM. Sobresalir y ser conocido por jugar en el equipo del que siempre fuiste hincha era como una fantasía. Esa sensación de tu primer partido profesional es inigualable y más ante tu afición”, asegura el único cancerbero que ha quedado tres veces campeón con el rojo de la montaña.

En Nacional jugaba su primo Carlos Giraldo y eso hacía de ese clásico un enfrentamiento familiar. Para David, el debut con el equipo que se ha acompañado como hincha significa algo diferente: “La presión es con uno mismo. Cuando se debuta con otro equipo la presión es más con la hinchada y con los directivos que te llevaron”. Antes de empezar el clásico un periodista le pidió que dijera unas palabras en holandés, porque era de conocimiento público que hablaba varios idiomas. David no se acuerda qué le respondió, pero sí tiene muy presente que ese periodista le “metió más presión de la que ya tenía”.

Una vez terminado el empate a uno que presenciaron más de veinticuatro mil personas, sus familiares le preguntaron cómo se había sentido y su respuesta fue contundente: “Quería seguir jugando, quería jugarlo otra vez”.

Iván Ramiro Córdoba Sepúlveda

Cuando el papá de Iván Ramiro Córdoba lo llevó por primera vez al Atanasio Girardot lo cautivó ver de cerca a los jugadores. En ese momento supo que el Atlético Nacional era el equipo que quería y que algún día iba a defender sus colores. Verse metido en esa camiseta lo convirtió en un hincha verdolaga.

Iván Ramiro fue campeón con la selección Antioquia, integró selecciones Colombia juveniles y jugó en el torneo de ascenso con el Rionegro. Se probó en el Independiente Medellín, pero como dijo en una entrevista: “El destino fue justo y debuté en el equipo del que soy hincha”.

Nacional iba a enfrentar al Deportivo Pereira en la última fecha de la primera vuelta del Torneo Finalización de 1996. Un equipo mixto tenía la responsabilidad de terminar bien esa fase para comenzar lo que se venía. Iván Ramiro iba a debutar con su equipo. Ese jueves 14 de marzo el periódico *El Colombiano* publicó un artículo de página entera sobre el joven defensa de diecinueve años que estaba listo para jugar al lado de Alexis García, Chicho Serna y Víctor Aristizábal.

Iván entró a la cancha y recuerda que para él fue “éxtasis total”. Además de cumplir en defensa, hizo parte del primer gol de la noche al peinar un centro de la Flecha Gómez para que Aristi anotara y lo celebraran los más de trece mil hinchas. El verde ganó 3-1 e Iván Ramiro, con una calificación de seis puntos por su desempeño, empezó una serie de partidos como titular que en 1998 lo llevaron al San Lorenzo de Almagro, en Argentina.

Córdoba anotó el gol que le dio la Copa América a Colombia, único título que tiene la selección de mayores, y fue el primer colombiano en ser campeón de la Liga de Campeones de la Uefa. Sin embargo, dice que “no hay como jugar para el equipo que uno quiere, eso va más allá de un contrato. Te mueve por dentro la pasión del equipo en el que siempre has querido estar”.★





Debut de Iván Ramiro Córdoba

14 de marzo de 1996

Alineación: Darío Aguirre,
José Fernando Santa,
Rafael Vásquez,
Iván Ramiro Córdoba,
Francisco Mosquera,
Carlos Gutiérrez,
Mauricio Serna,
Juan Guillermo Villa,
Alexis García,
Víctor Aristizábal,
John Jaime Gómez
Nacional 3 - Pereira 1

La voz del Atanasio

Carlos Giraldo García se ha convertido en parte del mobiliario del Atanasio Girardot. Una generación ha crecido oyendo en su voz las alineaciones, los cambios y los autores de los goles de su equipo. En el reino por excelencia de los cantos, los insultos y los gritos desbocados, los altoparlantes traen una especie de voz de la conciencia. “Sé que con mis mensajes he contribuido a generar una ‘cultura estadio’”, dice Giraldo, quien trabajó como obrero en la construcción del metro de Medellín y luego, con más de cuarenta años, cumplió el sueño de estudiar Comunicación Social. Lo hizo porque desde niño soñaba con estar frente a los micrófonos, contando historias sobre futbolistas, ciclistas y atletas. Carlos es el *speaker* oficial del Coloso de la 74 desde 2001, reemplazó a Etelberto García, quien había sido la voz del estadio desde su inauguración en 1953.



Magia en la tribuna

Nada más efímero que un tifo. La gente los ve durante unos pocos minutos sin dimensionar cuánto trabajo hay detrás de estos majestuosos mosaicos ni cuántos cerebros planean el diseño de cada pequeña pieza. Equivocadamente pensamos que son una invención reciente, que en el Atanasio sus pioneros son los creativos de las barras Los del Sur y Rexixtenxia Norte. Pero quienes asistieron a la inauguración de los Juegos Centroamericanos y del Caribe celebrados en Medellín en 1978, hace casi cuarenta años, fueron los primeros testigos de ese acto de magia que no solo dio la bienvenida a la XIII versión de los Juegos, sino a la tribuna Oriental, construida especialmente para el evento y cuyo nombre era Centroamericana.





— Cuando el Atanasio aún tenía mallas, 1991.

Soy sureño

Por **Juan Guillermo Romero**

“Los tifos no son lo mío. Me gusta mil veces más el papel picado para las salidas del equipo. Ese momento es sagrado. Los tifos a pesar de ser muy bonitos, son muy fríos”.

Mientras me habla, no para de pasarme libros de una antigua biblioteca de madera, con doble puerta de vidrio, llena de libros, películas y revistas, solo fútbol, todo fútbol. Obras de Eduardo Galeano, Fontanarrosa, ejemplares de *El Gráfico*, estudios sobre el fútbol como fenómeno social, documentales sobre algunas hinchadas y equipos de otros países. En fin, una selecta colección que quisieran tener muchas bibliotecas del país. Es el trabajo de años de Raúl Eduardo Martínez Hoyos, conocido por muchos como el ideólogo de Los del Sur, la barra de fútbol más importante de Colombia.

Sí, como el ideólogo, así aparece en algunas notas colgadas en internet que elogian y describen algunos de los proyectos sociales que jalona la barra; pero también así está reseñado en otras que critican y subrayan los

enfrentamientos entre hinchas. O también como el sociólogo de Los del Sur, la manera de nombrarlo de algunos funcionarios de la Alcaldía de Medellín, con los que ha interactuado en distintos periodos. Ellos cambian de trabajo, se van y él sigue llegando con un nuevo proyecto: un concurso artístico, una propuesta para frenar los conflictos entre los hinchas, la reunión por el clásico del domingo... Ellos cambian de tema, y él cada vez más metido con el fútbol, más atento a conseguir nuevos libros para el centro de documentación de la barra. ¿Habrá otra barra en el mundo con un centro de documentación? Siempre toma nota en cuanto seminario o conversatorio de fútbol monten en la ciudad, o por fuera, para alimentar los proyectos de la barra o la tesis que escribe por estos días sobre fútbol y ciudad, para la maestría en Hábitat de la Universidad Nacional. Y claro está, siempre muy activo en todas las reuniones del comité central de la barra.

De ingenuo, le pregunto si los cuentos de Fontanarrosa gustan entre los sureños.

“A duras penas unos poquitos se han leído el libro que nosotros mismos sacamos por los quince años de Los del Sur, y eso que no todo. La barra es el reflejo de la sociedad. Pelados que se la rebuscan duro, de barrios difíciles, de familias complejas, que nunca han leído un libro. Pero todos trabajando por una misma causa que nos da alegrías y tristezas, y que nos ayuda mucho como personas; porque aquí sabemos que hay responsabilidades para cumplir, en medio de los



Los del Sur en sus primeros años, 1998.

desafueros que se puedan dar, y que siempre tratamos de resolver como grupo: la vida misma, ¿o no?”.

Le pregunto por un partido que considere inolvidable, y su respuesta podría verse tan anacrónica como la de los tífos. Creí que mencionaría alguna de las dos finales de la Copa Libertadores, pero se refiere al partido que Nacional perdió por penaltis contra Junior, en la final de 2004.

“Acuérdese que el miércoles anterior, Nacional había perdido 3-0 en Barranquilla. Pero ese domingo

aquí en toda la ciudad se sentía una fuerza positiva tremenda, y ya en el estadio ni se diga. Pocas veces he visto al equipo y a la hinchada tan convencidos de remontar un marcador tan adverso”.

Me habla en un tono que evidencia su amor por Nacional. Esa final le dejaría, además, una de sus anécdotas preferidas como barrista. A pesar de que las directivas de Junior no quisieron venderles boletas para el partido de Barranquilla, seiscientos sureños



gritaron sin parar ese miércoles en el Metropolitano. Ante la negativa del club barranquillero, dos días antes del encuentro, Raúl y otros dos miembros de la barra ya recorrían sin parar las calles de la arenosa, con la misión de comprar la mayor cantidad posible de boletas.

Como la gran mayoría de los integrantes de la barra, Raúl comenzó a ir al estadio cuando todavía era un niño, y también como muchos de ellos, solo tenía para comprar la boleta más barata: la de Sur. En esos años, Raúl vería debutar al jugador que más lo ha marcado: René Higuita.

"No creo que vaya a haber uno igual, uno que entienda el fútbol de esa manera".

El 24 de enero de 2010, cuando Higuita se despidió de su afición en el Atanasio Girardot, la barra de Los del Sur exhibió una pancarta en la que se leía: "Gracias loco por nunca querer ser cuerdo".

Al recordar esas épocas, un inventario de lo que ya no está emerge de inmediato en su mente; a Raúl le

gustan estos listados. Los colectivos, reemplazados en gran medida por el metro, parqueados a la salida del estadio a la espera de los hinchas para llevarlos hasta los barrios altos o hacia los municipios vecinos, hasta Itagüí, en su caso; las sombrillas y los cojines con publicidad de los almacenes El Combate y El Totazo, para sentir algo de comodidad en las graderías de cemento; los chistes que desataba el olor a pollo frito que se abría paso en la tribuna y los radios de pilas que anunciaban los goles en las otras ciudades, pues todos los partidos eran a la misma hora; lo que obligaba a mirar el tablero electrónico, para verificar cómo se registraba cada nueva anotación y analizar luego su incidencia en la tabla. Estas son solo algunas de las imágenes que Raúl describe movido por el placer de recordar esos años ochenta y noventa, cuando aún no era un sureño.

Según el libro de Los del Sur, *La vida por esta pasión*, la barra se fundó el 26 de noviembre del 1997. Ese día,

Nacional fue eliminado por River Plate en la semifinal de la Recopa Sudamericana, en la que sería la última edición de ese torneo, que se jugaba entre los campeones de la Libertadores. Raúl, apostado como siempre en la tribuna Sur, vio esa noche con extrañeza, a una decena de jóvenes que habían llevado unos inmensos trapos que limitaban la visibilidad hacia la cancha.

Él, hasta hacía muy poco, era miembro de una pequeña barra llamada El Caballero del Fútbol, creada en homenaje a Andrés Escobar, situada en la Sur, cerca de la puerta que limita con Oriental. Una barra que solo tenía un par de bombos, una especie de bandera con el rostro de Andrés y los lazos que delimitaban el espacio para unas cincuenta personas cuando más.

Unos metros más allá, en Oriental, se ubicaba la barra que se robaba el show en aquellos años: el Escándalo Verde. Sus bombos y sus cantos la distinguían como la que marcaba la fiesta en el estadio, junto al





narrador más popular de entonces, Múnica Eastman, El Paisita de Oro, famoso por pedir silencio a todos sus oyentes para que los jugadores locales se concentraran al patear un tiro libre o un penalti, dirigir la silbatina cuando el turno era para los visitantes y poner a todo el estadio a agitar las banderas o a gritar veerdeee, cuando Nacional lucía confundido.

Esos eran también los primeros años de la televisión por cable. Veracruz TV Cable y la famosa *perubólica* transmitían a ratos partidos del fútbol internacional, donde las imágenes mostraban a los hinchas

argentinos que no paraban de saltar en medio de unos trapos coloridos que recorrían las tribunas, hacían parte del espectáculo casi tanto como los jugadores que anotaban los goles o conducían a sus equipos. Un contrapunto de rostros que se volvería, gracias a estas transmisiones televisivas, en una suerte de pareja indisoluble tras cada gol.

Gerar, Juancho, el Primo, Leo, el Mello y Rotten son los apodos de quienes hoy son vistos como los pioneros de la barra Los del Sur. Un grupo de amigos que al comparar el comportamiento de los hinchas de aquellos

partidos internacionales con lo que sucedía en el Atanasio Girardot, decidieron fundar una barra que se pareciera a las argentinas. Algunos de ellos acababan de abandonar el Escándalo Verde, al entender que las excesivas normas de la barra, su estricta delimitación dentro del estadio y su ubicación en Oriental, una tribuna asociada a la clase media, no eran las condiciones ideales para lo que ellos se habían trazado: convertirse en una de las barras más importantes de Suramérica.

Cientos de paredes de la ciudad son todavía hoy una prueba fehaciente de la que sería una de sus



primeras estrategias de posicionamiento, fraguada en inmediaciones de la urbanización Villa de Aburrá, el centro de operaciones en esos primeros años. Al calor del eslogan “guaro y grafiti”, decenas de sureños rubricaron su pertenencia a la barra dejando las iniciales en los muros de las casas, los edificios, los puentes, las bancas de los parques... Una sigla que parecía reproducirse con tanta velocidad como los aficionados que llegaban a la tribuna Sur del Atanasio Girardot.

Unos meses después, Raúl junto con Felipe Muñoz, un reconocido músico de la ciudad, ya se habían

sumado a la barra, imprimiéndole nuevas ideas. Y entonces, el aliento permanente, los cánticos y las tiras largas, al estilo de las barras argentinas; las banderas gigantes, como las que caracterizan a los torcedores brasileiros; y los extintores, como los que usan, sobre todo, las fanaticadas chilenas, dejaron de ser imágenes televisivas. La tribuna Sur del Atanasio, cuyo aforo supera los nueve mil asistentes, se convertiría en territorio sureño; un espacio sin cuerdas que definan dónde empieza y dónde termina la barra; un lugar en el que la única obligación es cantar y alentar todo el tiempo

al equipo verde de Antioquia; un compromiso que se mantiene dentro y fuera del país.

El 10 de diciembre de 2014 Nacional enfrentaba a River Plate en Buenos Aires por la final de la Copa Suramericana. A pesar de la derrota 2-0, Raúl vería esa noche una de las imágenes que nunca proyectó la tarde en la que se unió a Los del Sur. Veinticinco buses que una semana antes habían salido del sector del Obelisco, en Medellín, recorrían en caravana las calles de Buenos Aires, la ciudad de los hinchas en Suramérica, escoltados por la policía hasta el famoso





Monumental de Núñez. Para Raúl esas imágenes equivalen a una de tesis de doctorado que los certifica como una de las barras más importantes del continente. Sin embargo, de no haber sido por la cantidad de kilómetros acumulados persiguiendo a Nacional, por toda Colombia y buena parte de Suramérica (ellos hablan de más de cuatrocientos mil kilómetros recorridos); por las fuertes conexiones que han establecido con otras hinchadas importantes del continente; por

su nivel de organización, las cosas ese día hubiesen terminado muy mal. Al llegar al estadio, la policía no les dejó entrar sus tiras más representativas. Raúl y varios muchachos encargados de la comisión de trapos terminaron perdiéndose el primer tiempo mientras logran ponerlos a salvo.

“Usted se imagina lo que significa para alguien viajar una semana para ver tan solo 45 minutos de un partido que, además, perdés; y viajar luego otra

semana de regreso a tu ciudad, para alentar con muchas más ganas a tu equipo el siguiente fin de semana. Eso no lo hacés ni por la novia más linda”.

La estructura de la barra se configura a partir de lo que ellos denominan los combos y las filiales. Los primeros son más de cincuenta grupos organizados en representación de los principales barrios de la ciudad y otros municipios de Antioquia, entre los que aparecen Los Infaltables de Bello; Los Imbatibles y Los Adictos de San Javier; Los del Morro, de San Antonio de Prado, o los que vienen a cada partido desde Fredonia, Entreríos, Don Matías, entre otros municipios. Las filiales son agrupaciones constituidas en ciudades tan impensadas como Popayán, Ipiales o Mocoa, y que hoy suman más de veinte.

Una tienda en la que comercializan suvenires del equipo, un club deportivo, el centro de documentación y una empresa de logística son algunos de los proyectos que no solo fortalecen la sostenibilidad de la barra, sino que, además, generan empleo para algunos de sus integrantes, muchas veces estigmatizados por su procedencia o su nivel educativo. Sumado a esto, la realización de otras actividades de carácter social como la Navidad verdolaga, en la que reparten juguetes y brindan recreación a niños de escasos recursos, e iniciativas culturales como los concursos artísticos agrupados bajo la estrategia denominada “Con la pelota en la cabeza” (fotografías, relatos y canciones creadas en torno al fútbol), además

de las producciones discográficas que alimentan los cánticos en el estadio permiten aseverar que Los del Sur son mucho más que una barra de fútbol.

"Hace poco, antes del partido contra el Cortuluá, sacamos una pancarta en favor del Sí, con miras al plebiscito por la paz, y muchos hinchas nos silbaron. Este tipo de manifestaciones las seguiremos haciendo, porque entre nosotros también le apostamos a pensar por qué estamos como estamos en el país".

Los del Sur han exhibido pancartas en contra de Bush o en apoyo a la clase obrera, incluso han participado en las marchas del Primero de Mayo. Y esto ha sucedido en buena parte gracias a Raúl, quien por

su formación no escatima esfuerzos para que los integrantes de la barra se reconozcan ante todo como ciudadanos; acaso el más difícil de los partidos, según sus palabras, una ardua labor que resume al reiterar:

"La barra es el reflejo de nuestra sociedad, y la apatía o el negarnos a entender que todos podemos escribir lo que esperamos de esta tierra es una postura generalizada".

El 27 de julio de 2016 Atlético Nacional se coronó campeón por segunda vez de la Copa Libertadores de América, al derrotar 1-0 a Independiente del Valle de Ecuador. Desde la noche anterior, decenas de sureños trasnocharon en el estadio organizando el tifo que se armaría entre los 44 500 hinchas que asistieron a ese

partido. La leyenda "Gloria Continental", el escudo del equipo y la Copa Libertadores conformaron el diseño que enmarcaría la salida de Nacional a la cancha. Una imagen que, para Raúl, más allá de su imponente y éxito mediático no hubiera resultado tan contundente sin la pólvora, los rollos de papel, las banderas, las sombrillas y, por supuesto, el papel picado que, a sus 44 años, lo devuelven a sus primeros pasos como hincha, cuando jugaba a seguir las primeras pisadas de sus ídolos en la cancha, en medio de esa especie de bandada de mariposas blancas hechas de esos papelitos que, desde siempre, han aderezado sus deseos por la victoria verdolaga. ★





Resistencia pura

Por **David E. Guzmán**

Con nosotros el que quiera, contra nosotros el que pueda.

RXN

Cuarenta años sin quedar campeón del torneo colombiano hacían de 1998 un año difícil para el Deportivo Independiente Medellín. El escudo del Poderoso se había acostumbrado a lucir dos viejas y solitarias estrellitas, un recuerdo en sepia que solo existía en la memoria de los abuelos. Mientras la hinchada rival crecía como una plaga, golosa de copas, las nuevas camadas de aficionados rojos no sabían lo que era dar una vuelta olímpica. Desde que Nacional ganó la Libertadores del 89 la sensación era que el verde aumentaba desmesuradamente sus hinchas a costillas del equipo del pueblo, que de alguna manera los perdía: unos abandonaban desilusionados el estadio, otros se enclaustraban esperando que la maldición terminara para salir de sus escondites y desahogar el grito de campeón. Atrás habían quedado las postales de los clásicos con el estadio

colmado de hinchas rojos. Los verdes ya eran mayoría y se la tenían montada a los hinchas del DIM. “Este año sí”, prometían. Era cuestión de resistencia.

El país vivía un ambiente futbolero especial, la selección Colombia se preparaba para jugar su tercer mundial consecutivo y los equipos se alistaban para afrontar una nueva Copa Mustang, nombre del campeonato en ese entonces. El DIM, empecinado en llevarse el título, armó un equipo de lujo: Giovanni Hernández, los mundialistas Tren Valencia y Wilson Pérez, el arquero paraguayo Jorge Battaglia, John Mario Ramírez y el Pánzer Carvajal eran parte de la plantilla dirigida por el Pecosito Castro. También sonaba el Pampa Biaggio para reforzar el ataque.

La hinchada se ilusionaba una vez más con la añorada estrella. Entre las barras se destacaba la Putería

Roja, creada en 1989. Su bandera gigante, sus bombos, sus viajes a otras ciudades, saltar y apoyar todo el partido la hacían decana de las barras en Colombia. Sus cánticos novedosos salían de un casete de folclor de barras argentinas que les obsequió el Pájaro Juárez cuando jugaba en el rojo. “Esta es la barra / de la tribuna / la que canta y grita / como ninguna”.

Desde inicios de los noventa el auge de la televisión por cable y la llegada de internet, aunque el acceso aún no era masivo, acercaron la cultura del barrismo argentino y europeo a nuestro entorno. Las barras crecieron con el imaginario de generar hinchadas de aguante como las argentinas, que veían el partido de pie y alentaban los noventa minutos. Así era la Putería, que en 1998 llevaba ocho años firme aunque ya había sufrido sus primeras disidencias. Ira Roja y Pasión Roja, ubicadas en Sur y Norte respectivamente, surgieron de esa fragmentación y también estaban al pie del cañón para la campaña del 98.

Javier Barajas era uno de los hinchas que iba al estadio por esa época. Había empezado a acompañar



Recorte de prensa *El Colombiano*, abril de 1999.



al Medellín en 1984 y recuerda cuando, cinco años después, fundaron la Putería. Desde Oriental Baja veía irrumpir a sus integrantes, que subían corriendo con las banderas. Con la agilidad de sus doce años se trepaba como un gato a Oriental Alta para meterse a la barra. “Cogí una falda roja que tenía mi mamá, recogí plata para comprar un pedazo de tela azul y con un tubo de PVC que me robé hice una bandera pequeñita, me subí pa la Putería y empecé a correr con esos manes”, cuenta Javier.

La Copa Mustang del 98 empezó para el DIM el primero de febrero con un 0-0 frente a Envigado en casa. En ese momento Javier ya hacía parte de la Ira Roja. A la tribuna Sur, pero solo como un hongo, también asistía Luis Felipe Botero, quien ese

año llegaría a la mayoría de edad, mientras Nicolás Solórzano, que a finales de los ochenta fue mascota del Medellín y en los himnos se paraba entre la Pelusa Pérez y el Petiso Zárate, permanecía en la Putería encargado de tocar uno de los bombos.

Hasta la séptima fecha tuvieron que esperar los hinchas para disfrutar una victoria en casa. Ese día debutó el nuevo refuerzo extranjero, que finalmente no fue el Pampa Biaggio sino un tipo llamado Héctor Núñez, de quien no se sabía si era paraguayo o argentino. Para muchos la contratación del delantero, nacido en Buenos Aires pero formado en Cerro Porteño, era un “tapao”. Esa tarde el DIM le ganó al Quindío 2-0 con goles de Whittingham y Giovanni.



El torneo avanzaba y el DIM jugaba cada vez mejor: con Giovanni, el Tren y Núñez tenía magia, potencia y gol. En mayo le clavaron un 3-0 al Nacional. “Hacía rato no tocaban tan bien el balón”, “están recuperando el espectáculo en los estadios”, “la sensación del torneo”, decía la prensa deportiva. Y la hinchada que gozaba en el Atanasio, además del entusiasmo, comenzaba a experimentar una evolución. El desgaste de las barras tradicionales, las disidencias y la inconformidad de algunos hinchas fueron el germen para algo que ya era inevitable: la creación de una barra verdaderamente popular. “En Sur empecé a conocer gente que veía regularmente, entre ellos a Juan José Gallo. Internet estaba cogiendo ventaja, el uso de correos, mensajería instantánea,

Messenger, chats, por ahí empezamos a hablar de hacer algo”, cuenta Luis Felipe, a quien le dicen el Mello. Su hermano mellizo es hincha de Nacional y en esa época era uno de los líderes de la barra verde. Los hermanitos Botero salieron de equipos distintos porque en una Navidad un tío les dio dos regalos sin tarjeta: los uniformes del DIM y el Nacional. Quién defendería la colorada y quién la pijama lo decidiría el azar.

El Mello rojo reconoce que Los del Sur les estaban metiendo presión pero ya entre algunos hinchas se decía que era hora de despertar la hinchada. De esos días Barajas recuerda una pelea determinante que hubo en un clásico entre Ira Roja, que se hacía en la grada de arriba, y los sureños, situados abajo. Probablemente fue la última vez que barras rivales compartieron tribuna en un clásico. “Algo pasó con un moreno fastidioso que tocaba el tambor de ellos y nos agarramos, les tiramos un bombo”, recuerda Javier, que emigró a Norte. “La visión era siempre la popular, del pueblo y para el pueblo, éramos diez peludos, al otro partido, veinte, y despegó”.

Los que serían los fundadores de una nueva barra se citaron en la tribuna Norte el domingo 20 de septiembre, en el partido DIM-Tolima. Casualmente ese día se registró la peor asistencia del Medellín en lo que iba de temporada. “Caímos unas quince personas a hacer presencia, a luchar por una causa que era recuperar la hinchada roja, porque la hinchada roja no estaba muerta, estaba dormida”, dice Nicolás, la exmascota.

El Mello, que siempre iba a Sur, se pasó para Norte a partir de ese partido. Se sentó en la parte alta de la tribuna con Nicolás. “Solo se habló al final del partido, no hubo una bandera, ni siquiera un grupo de personas cantando, no, simplemente unas conversaciones donde decíamos que nos encontraríamos dentro de ocho días para empezar a armar un cuento popular”.

El 27 de septiembre de 1998 nació la barra más grande que ha tenido el Poderoso. El primer gol que cantaron fue de John Mario Ramírez y el segundo del Tren Valencia, que llegaba con ese tanto a su gol cien en Colombia. A los ocho minutos el DIM ganaba 2-0 pero en el segundo tiempo Once Caldas, líder del torneo, empató y aguó la tarde. Así el equipo ponía a prueba a su naciente barra. Los primeros trapos



que sacaron fueron pintados a mano. “Comparamos costales metriaos en El Hueco y con pintura de zócalo hicimos tres pancartas”, cuenta Barajas. Dos de los trapos decían “Medallo: rock, alcohol y pogo”, con una equis en la o de Medallo, y “Sensación alucinógena”.

Para dar a conocer la iniciativa, Barajas preparó un volante con un escudito del DIM: “...Cada miércoles y domingo asiste a la popular (Norte) que con cánticos

y bengalas te vamos a acompañar. Únete a nosotros y hagamos más grande este sentimiento...”. Lo fotocopiaron y lo distribuyeron en las afueras del Coloso de la 74. Poco a poco llegaron grupos de hinchas, punkeros, rockeros, profesionales, desertores de barras, peladitos que apenas descubrían el mundo del estadio.

“Esto se formó con mucha filosofía interna, pensamientos de gente que pensaba bacano, no fue de la

noche a la mañana, se estructuró bien, todo era contestatario, fuerte”, relata Nicolás. Entre los primeros miembros había otros “ideólogos”, como Sebas, el de Tres de Corazón, o algunos amigos de Barajas de la de Antioquia, como Juan David Arboleda, que tomaba fotos desde la pista atlética, o Rafael González, un periodista con una conexión muy fuerte con la cultura y el *fulbo* argentino. También estaban Mario Valencia, creador del



famoso trajo “Juramos vencer” que no les gustó a los paras, y Chispas, un punkero de vieja guardia, la persona que le acertó al nombre de la barra: Resistencia.

Otros nombres que sonaron, La Independiente y Los de Abajo, no eran tan contundentes. “Un día nos reunimos en la casa de Chispas en La Milagrosa, que cómo le vamos a poner a la barra, y el man, ‘los hinchas de Medellín resistimos todo el tiempo, somos un equipo

sufrido, somos la resistencia’, ahí empecé a diseñar y nació lo de las equis”, cuenta Javier, “¿y por qué con equis?”, le preguntaron, “esto no es un curso de español”, respondió. “Teníamos un pensamiento izquierdoso, las equis tachan y estamos tachando esos malos hinchas que nos hicieron rodar por todo el estadio porque eran unos mercenarios que se lucraban de las barras, con las equis mostrábamos que éramos diferentes”.

En el partido nocturno del 7 de octubre entre DIM (2) y Huila (0) espantaban en el Atanasio. Las tribunas lucían desoladas por la protesta de la hinchada contra la decisión de las directivas de no contar más con el Pecos Castro, a pesar de ir cuarto con 67 puntos, ni con John Mario Ramírez, Jorge Battaglia y Héctor Núñez. De esa situación, el Mello recuerda que la barra le manifestó al presidente su desacuerdo: “Nosotros nos metíamos

duro con el equipo, teníamos un diálogo directo con Mario de J. Valderrama, él nos abría espacio en su agenda, una vez fue a una reunión en el Obelisco y nos habló a los veinte hinchas que habíamos”. Óscar Aristizábal llegó como DT y la presión de los medios, pero sobre todo de la hinchada, fue determinante para que reintegraran a Núñez. Nueve horas estuvo por fuera del equipo.

Por esos días distribuyeron otro volante, ya con el nombre de la barra. La idea era convocar pero también aclarar que eran un nuevo proyecto. Algunos apartes decían así: “La Rexixtenxia Norte no quiere ser una barra, quiere ser una nueva alternativa para los hinchas que deseamos desbordar todo el delirio que hemos tenido reprimido durante años (...) debe quedar claro: no somos Ira, no somos Pasión, somos Rexixtenxia Norte”. La barra se oponía a la publicidad en camisetas, banderas y pancartas, a pertenecer a cualquier asociación, a establecer jerarquías y elegir presidente. “Igualdad total en cada uno de sus integrantes”, decía el volante, que cerraba con una frase de Barajas: “No somos moda, somos un sentimiento”.

Tras lo ocurrido con las directivas, Núñez fue figura estelar en el siguiente partido, victoria 3-2 ante Tuluá. El romance del nueve con la afición poderosa se fortalecía en cada juego. El 14 de octubre la Rexixtenxia vivió su primer clásico y el equipo volvió a ponerlos a prueba: después de ir ganando 2-0 con goles de Núñez y el Tren, el verde remontó y ganó 3-2. Herido, a la siguiente fecha

despedazó 4-0 al América. En uno de los goles Núñez fue hasta la malla de Norte y un par de hinchas se treparon y lo abrazaron. En el siguiente partido, 3-1 al Tolima, Núñez hizo lo mismo pero esta vez la baranda no resistió la avalancha de gol y cedió. Aglomerados y sin nada que los atajara, veinte hinchas cayeron al foso. No hubo heridos de gravedad pero la caída salió en los medios y en algunos noticieros mencionaron a la Rexixtenxia. “Al otro partido llegamos y eso se triplicó, no cabíamos en ese pedacito donde nos hacíamos, eso nos dio publicidad y la gente se sintió respaldada”, recuerda Nico.

La Rexixtenxia nació en la parte baja de la tribuna, hacia Preferencia, y se esparció por toda la Norte. Para comprar los rollos y la parafernalia, pasaban recogiendo plata en un sombrero, hacían rifas y los que podían se metían la mano al dril. “Éramos innovando todo el tiempo, planeábamos, nos poníamos metas, en este clásico vamos a hacer los que más rollos tiremos, cosas que nos caracterizaban”, dice el Mello. Al estilo de La Doce, la barra brava de Boca Juniors, la Rexixtenxia se escondía en los descansos de las escalas y cuando el partido ya había tenido sus primeros sustos y la gente extrañaba su algarabía, aparecía el carnaval con sus bombos y su olor a cerveza.

Sebastián Arango, otro hincha rojo estudiante de Eafit, iba a Preferencia con un tío en ese 98. No olvida que cuando era pelado se separaba de su acudiente para meterse a la Putería hasta que en un clásico los

del Escándalo Verde lo descalabraron con una moneda de cinco de las grandes. En el partido DIM (2) vs. Unicosta (0) del 28 de octubre vio el movimiento en Norte y no volvió con el tío. Se convirtió en rexixtente puro y duro. “Eso era gente de negro, de cresta, era la juventud unida de diferentes géneros, clases sociales, había gente de toda clase, había hinchas más pelaítos que uno, los recogíamos en unas casas por allá, muy pobres, y sacaban tacos, recámaras, con ellos rayábamos por todo lado, grafitis fue lo que hicimos”, declara Sebastián, más conocido en estos ámbitos como el Burro.

La variedad de influencias se manifestaba en los cánticos: unos tenían ritmo militar de *hooligan* inglés, otros pedían poner más huevo y no faltaban los tradicionales, “¡Y dale rojo dale!” o “Te quiero rooojo, te quiero rooojo”. “El punk rock fue fundamental en la barra, estaban muy de moda 2 minutos, Ataque 77”, recuerda el Mello. Eran comunes trapos de Gene Simmons, Rolling Stones, el Che Guevara, el macho cabrío, el Guasón, una calavera bufona o el nombre del combo, como Patrulla Norte, el del Burro, Nico, el Mello y sus panas. Las eses y las ce fueron desterradas y reemplazadas, sin excepción, por las equis, y las tiras que adornaban la tribuna, cruzadas para que también mostraran esa forma.

El primer frente, en letras negras con filete blanco, fue estrenado en el clásico del 8 de noviembre, 1-1 con gol del ídolo argentino. A la salida se armó el primero de muchos tropeles que vendrían en los años





siguientes entre la Rexixtenxia y Los del Sur. El panorama futbolero en la ciudad cambió a partir de ese momento. Las familias se fueron del estadio y la policía y el Esmad empezaron a hacer parte del show.

Los trapos, las banderas y luego los extintores se convirtieron en trofeos para las hinchadas. Emboscadas, robos, bonches y venganzas hacían parte de la dinámica. “Antes uno decía soy hincha del Medellín, ah listo, pero llegaron las barras y ya te blindabas en ellas. Uno marcaba RXN, el otro tachaba y ponía LDS, y así empezaban las rivalidades por el territorio”, dice Nico. La batalla campal que se desató en el clásico fue tremenda, épica, con correteos en las afueras, puños, voleo de rocas, quebrazón de vitrinas. Para Nico de ahí en adelante todos los clásicos se volvieron malucos, “crecieron las barras y proporcional vino la violencia”.

Cinco días después del incidente, la RXN sacó el comunicado oficial 001, escrito por el Mello. Este fragmento resume el espíritu de la carta: “Somos conscientes que por medio de la violencia no vamos a conseguir nada, pero hay momentos que ante tantas provocaciones, la cordura queda a un lado y surge una reacción inesperada; ya con cabeza fría nos hemos dado cuenta que lo único que exigimos en nuestra propuesta es respeto”. Sobre las treguas que pidieron algunas barras de Nacional, la RXN dijo: “Somos un grupo de muchachos estudiantes que lo único que quiere es divertirse alentando al equipo y que nunca se nos había pasado

por la cabeza que estábamos metidos en medio de una guerra, para ir a firmar convenios o armisticios de algo que desconocemos, con personas que no conocemos y que mucho menos consideramos nuestros enemigos”.

Por esos días Barajas redactó otro comunicado dirigido a los nuevos integrantes que parecían no conocer la filosofía de la RXN: unir la hinchada, rescatar al hincha joven, defender la divisa escarlata, demostrar que las juventudes rojas estaban vivas. A medida que crecía, la barra se insinuaba como una masa inmanejable, un caldo de cultivo para la delincuencia y el vandalismo. “Actos violentos no queremos, ese no es el fin de la Rexixtenxia Norte, no queremos lamentar una desgracia mayor. En el último altercado hasta disparos se escucharon (...) nuestro mayor deseo es un cambio de su actitud y si no se sienten capaces de cambiar, los invitamos a que abandonen nuestras filas, porque ser Rexixtente no es lo que ustedes pensaron, estaban equivocados”.

El DIM clasificó a las semifinales del 98 y para disputar la estrella debía ganar el grupo A, con Santa Fe, Quindío y Once Caldas. Los partidos en Manizales y Armenia eran una tentación. La primera excursión fue a La Perla del Ruiz para el inicio del cuadrangular. “Habíamos recogido plata pero no alcanzamos, entonces Núñez regaló un bus, el Tren otro, fue una farra en esos buses”, cuenta Nico. El ambiente fue de fiesta total, se pusieron de ruana el Palogrande y aplicaron el popular truco de la sal de nitro con azúcar y fuego, mezcla que

genera una llamada roja y un humero impresionante. El cotejo quedó 1-0 a favor del local con un gol pen-dejo: “Hubo un saque de arco de Once, el balón pibotió en el área, bañó a Viáfara, el arquero, y Congo lo metió. Nos devolvimos aburridos pero también contentos porque teníamos la meta cumplida, un grupo de gente que iba al estadio y el primer viaje en cuestión de dos meses”, dice Nico.

El segundo viaje de la barra, a Armenia, terminó mal, el equipo perdió 4-1 y hubo peleas entre hinchada roja, aficionados del Quindío y la policía. El fenómeno de las barras bravas se estaba acentuando en Colombia y el tema empezaba a preocupar a la opinión pública y a las autoridades de la ciudad.

El DIM llegó con vida a la última fecha y aunque venció a Santa Fe 3-2 en Bogotá, el finalista fue el Once. La estrella se escapaba una vez más pero la resistencia de los hinchas se vería recompensada con los deliciosos triunfos de la década siguiente. Vendrían títulos y también tiempos lamentables donde la violencia y el juego sucio penetrarían las entrañas de la tribuna. Barajas, el Mello, Nico, el Burro y muchos otros fueron dejando de hacer parte del núcleo de la barra y las nuevas generaciones asumieron una nueva realidad en la que el trabajo social sería fundamental para llegar a lo que hoy es la Rexixtenxia Norte. 1998 era un año para que equipo e hinchada quedaran campeones pero solo esta lo logró. ★

Ellas también ponen huevo

Por **Carolina Calle**



La vida en blanco y verde

ASara Zuluaga le gustaría que su cuerpo sin vida fuera enterrado dos metros bajo el césped del estadio. Esta hincha de veintiséis años empezó a pensar cosas raras a partir de la Copa Libertadores del 2016 cuando sintió tan cerca la muerte.

Durante el partido del Atlético Nacional contra Rosario Central, un aguijón en el pecho la dejó quieta. El partido empezó mal, primero un penalti en contra, luego un tanto del visitante y el deber de marcar tres goles para clasificar.

Sara resultó hipertensa desde los veinte. Toma pastillas para pasar la vida sin taquicardia pero la cosa se complica cuando el verdolaga entra a unos cuartos de final. Ahí no hay dosis que valga.

"Te tenés que calmar", se dijo a sí misma para espantarse el infarto que venía en camino esa noche de mayo. No quería salir del Atanasio en camilla como esa vez contra el Huila, cuando celebrando un gol junto a la baranda, se descompuso la rodilla.

Todo hay que decirlo, Sara es torpe y carece de motricidad fina, tiene experticia en eso de tumbar y dejar

caer cualquier cosa “sin culpa”. Es un peligro desempañando el mercado o quebrando un huevo.

En su combo de amigos, Sara es famosa no solo por su torpeza sino por la mala suerte que atrae. Cuando tiene un mal presentimiento hay que teparle la boca para que no sentencie una derrota. Tiene el récord imbatible de chocar el carro dos veces en un mismo día y de quebrarse las dos manos en una sola caída. Sara es sinónimo de ruina, de accidente, de sal. Por eso, por salada y por cariño, en vez de Sara le dicen Sala.

De su mala estrella no se sabe la causa. De la pasión por el Rey de Copas cuentan sus ancestros que el germen lo puso el tío abuelo, quien iba por la hermanita menor a la escuela y la sacaba de clase para llevarla a una revisión de muelas.

Era en el estadio donde los hermanos Rivera echaban lengua y quedaban con la boca abierta. Piedad y Samuel regresaban sin aliento pero contentos por la buena racha del equipo de aquel 54 que dio la vuelta por primera vez.

Esa niña fugitiva es doña Piedad, la abuela de Sara que instauró el matriarcado verdolaga. Tiene un equipo de once hijos encargados de propagar el delirio; trece

nietos salieron portadores y pronto vendrá la primera bisnieta que ya está en la mira de ese batallón verde.

Sara es la capitana, una morena de piel tersa, pómulos firmes, mirada de búho y lunares en el cuello. Decía que cuando fuera grande quería ser como Higueta, su superhéroe sin capa y con guantes, de pelo crespo y bigote negro, que volaba en el arco.

Dice que cuando sea vieja no dejará la música ni el fútbol. Por eso asiste a la universidad y a la tribuna. Su voz es dulce en el salón de clase pero en Oriental es la de un león sin bozal. Es de pocas palabras en la calle y de sonidos extraños en el estadio. Nadie silba como Sara sabe silbar. Sara sopla con dos dedos en los labios y es capaz de hacerle un huracán al adversario, un estallido al árbitro o una pesadilla al de adelante. Ha aturrido a muchos no solo con silbidos sino también con trinos.

Después de cada contienda, dispara frases desde su guarida en Twitter: contradice a Carlos Antonio Vélez, aplaude a Franco Armani y aconseja a Miguel Ángel Borja. Ha sido analista en la era de Osorio y en la de Rueda; crítica de Rescaldani y de Bonilla; defensora de Alexis Henríquez y de Stefan Medina.

Ya perdió la cuenta de cuántos hombres la han silenciado. Hay tipos que prefieren bloquear antes que debatir de fútbol con una mujer. Un hincha verdolaga la mandó “a lavar platos” y otro del Poderoso le recomendó “planchar camisas y pantalones” en vez de meterse en asuntos de varones.

Ante ese machismo virtual, Sara no sucumbe. Ha escrito cerca de diez mil trinos porque lo que sea con el verde le incumbe. Por eso es la cabecilla de una barra sin nombre, la que en partidos claves “madruga” a cuidar quince puestos para su plantilla, la que canta, la que salta, la que inclusive los transporta.

Cada vez que hay cotejo, Sara enciende su carro vino tinto, modelo 94, desde el sur de la ciudad con dirección estadio. El “circular Sara” pasa por Luisa, la única amiga mujer que no le responde con un bostezo cuando habla de la propuesta táctica y de los pronósticos de la tabla. Hace otra parada en la casa de los abuelos. Allí recoge a la tía Beatriz y a los primos y amigos que reservaron un cupo en su *pichirilo*. Cierran piernas, agachan cabezas y se encogen de hombros, así encuentran la manera épica de llegar juntos hasta a la meta.



Ese jueves 19 de mayo frente a Rosario Central, Sara tomó asiento para llorar. El tiempo se escurría y el gol que les faltaba para pasar a la semifinal no entraba. Bajó el asta de su bandera y se enrolló el rostro en la tela. No quería que nadie viera su rendición de lágrimas y recordó las veces que de niña terminaba haciéndole el duelo a una derrota debajo de la cama.

“¿Te embobaste o qué?, el partido no ha terminado”, se regañó de nuevo y empezó a conjugar su deseo en primera persona del plural: “Vamos hijueputa que esto lo remontamos”. Sara hizo un llamado a la contención de llanto, a la estabilidad de sus piernas, al sosiego de sus pálpitos y de repente una pelota descendió del cielo.

“Vi un centro, un jugador que la bajó en el área y una explosión, un terremoto, una estampida, todo el mundo se vino encima”. Sara abrazó a la tía y gritó por tercera vez consecutiva esa palabra de tres letras que contrarresta su sal: gol.

Macnelly había hecho lo difícil, Guerra lo inaudito, Berrío lo imposible y el prodigio se hizo en equipo. Desde esa victoria, Sara presintió que el Atlético Nacional le daría la vuelta al mundo y sería el representante del continente en el Mundial de Clubes de Japón.

El circular Sara sigue pasando de norte a sur, dejando amigos y familiares en el camino, todos pasajeros de un mismo sentimiento que va y viene cada domingo, cada miércoles, cada fecha.

Sara sigue mirando la vida en blanco y verde como cuando era niña. Gracias al fútbol, siente que aunque está de paso por el mundo está viviendo de local: es parte de una hinchada y de un estadio que siempre le ha dado su lugar. Por el verde recuerda su arraigo, su raíz; que pertenece a una familia, a un país; que nada está escrito y que su mala suerte, al igual que un marcador en contra, también se remonta.

El toque toque de la pecosa

La flaca corrió por un costado del estadio, esquivó a los que tenía en contra y cuando por fin estaba cerca de la meta, aprovechó un espacio y lanzó un disparo con la zurda. Para ella fue gol, golazo, tenía tan solo dieciocho años cuando aprovechó ese tumulto a la salida de un partido y con su mano izquierda le zampó un pellizco a la nalga de Choronta.

El jugador del Deportivo Independiente Medellín no pudo atajarlo y reaccionó a la defensiva, miró molesto para todos lados buscando entre la gente quién había hecho ese tanto en su trasero. Estaba rodeado de policías, periodistas y de una adolescente risueña y solapada que le volteó la cara.

El centrocampista escogió una posición estratégica cuando ingresó al bus, inspeccionó el área desde la ventana y se encontró con la picardía de esa pecosa que venía siguiéndole los pasos y persiguiéndole los glúteos desde un año atrás. John Javier Restrepo le rebotó una sonrisa a esa colegiala tímida a la que le temblaban hasta las pecas cuando lo tenía cerca.

Doce meses antes, Juliana Puerta no sabía nada de fútbol. Estudiaba en un colegio de monjas, vivía en un conjunto cerrado y nunca había pisado el Atanasio. No sabía por qué el árbitro alzaba tarjetas de colores, no entendía la diferencia entre un tiro libre y uno de esquina y desconocía el uso del punto penal. En televisión solo veía a un montón de tipos tirando escupas y echándose bendiciones.

Su perspectiva cambió cuando acompañó a un par de amigas a conocer los campeones de la Copa América en 2001. Los jugadores de la selección Colombia estaban hospedados en el hotel cinco estrellas del barrio. El plan era farandulear,



pedirle el autógrafo a Juan Pablo Ángel, darle un besito a Óscar Córdoba, entre otras técnicas aplicadas de asedio.

Juliana, en cambio, le echó el ojo a un jugador solitario que le peló el diente. Tenía los párpados caídos y los pómulos brotados, no era tan alto ni tan cuajo y ninguna le pedía la firma ni se le sabía el nombre. Pero Juliana no recuerda haber visto una dentadura semejante, era una sonrisa tan poderosa que por inercia le pidió una foto.

Ese trigueño aceptó de inmediato y se acercó. “Pero agárreme como si fuera su novio”, le dijo y la apretó con el brazo. Juliana quedó sin aire, sin saliva, sin entender esa sensación que la tenía con un mareo en la cabeza y con un sismo en el pecho. Lo único que atinó a decir después del relámpago del *flash* y de ese estruendoso abrazo fue:

—¿Cómo se llama?

—Le dicen Choronta —contestó alguien.

—¿Dónde juega? —insistió.

—En el Medellín.

Juliana alzó las cejas, le abrió el paso a un suspiro y remató con precisión:

—Entonces soy hincha del Medellín.

Y a partir de esa fecha Juliana y el equipo rojo se dieron la mano.

No le importó que en casi noventa años de historia, el Deportivo Independiente Medellín apenas hubiera logrado dos títulos. Se puso la camiseta y llegó al estadio con el ánimo de perder el norte. Allá en la tribuna de la Rexixtenxia, a esa niña de “dedo parado” se le cayeron los modales y conoció el “aguante”: empezó a gritarle al rojo que pusiera más huevo y a Choronta que estaba muy bueno.

Los lunes llegaba al colegio sin voz, con la garganta molida de tanto alarido y con el cuerpo adolorido de tanto brinco. Sus compañeras de colegio la recuerdan por su dominio en temas masculinos y por su mal gusto excesivo. Todas hacían mala

cara cuando Juliana comía mango con limón y sal y de repente exclamaba: “Esto está más rico que Choronta en calzoncillos”.

En el universo futbolero amplió su léxico e incorporó palabras que antes le eran ajenas: tronco, *crack* y leñero. Aprendió que el verbo “ordeñar” también se conjugaba en el terreno de juego, que los arqueros “hacen tiempo” y los delanteros “se comen” goles. Su relación con las matemáticas mejoró. Tenía claro el promedio de victorias, derrotas y empates y hacía cálculos para saber cuáles resultados necesitaba para repuntar en el torneo.

En la radio, cambió a Daddy Yankee por un tal Wbeimar, se creyó comentarista de fútbol y narró en su diario los pormenores de cada jornada. Coleccionaba frases de futbolista y dejó por escrito las respuestas que Choronta siempre daba a la prensa: “Dejamos todo en la cancha”, “tuvimos personalidad”, “Dios quiera que todo se dé”.

Juliana aprendió más de fe en el estadio que en catequesis. El Poderoso pasó de la casilla trece a la primera y después de 45 años alcanzó su tercera estrella. Gracias a esa copa que trajo de Pasto en 2002, su amor por el equipo se hizo independiente.

Han pasado catorce años desde entonces y el DIM se quedó en la historia de esta pecosa. Juliana ahora es odontóloga y Choronta, un veterano de la liga mexicana. Ella le sigue la pista desde su consultorio, sabe de sus andanzas a través de Instagram, le sigue detallando los dientes y aún se pregunta qué tiene esa sonrisa que la metió a ciegas al mundo del hincha.

En junio de este año esa flaca futbolera salió del estadio por su propia cuenta y le dio la vuelta al Parque Lleras, lijando su voz, cantando entre la multitud con bastante desafino que: “Es muy bonito, es muy hermoso, ser un buen hincha del poderoso”. Como en los viejos tiempos, pasó por cada esquina con la cara blanca, abrazando a cualquiera, radiante por la sexta estrella, tirando harina y añorando entre el tumulto un toque toque a Choronta para sumarle otro tanto a su memoria. ★



Sin hinchada pero con hinchas

Por **Santiago Hernández**

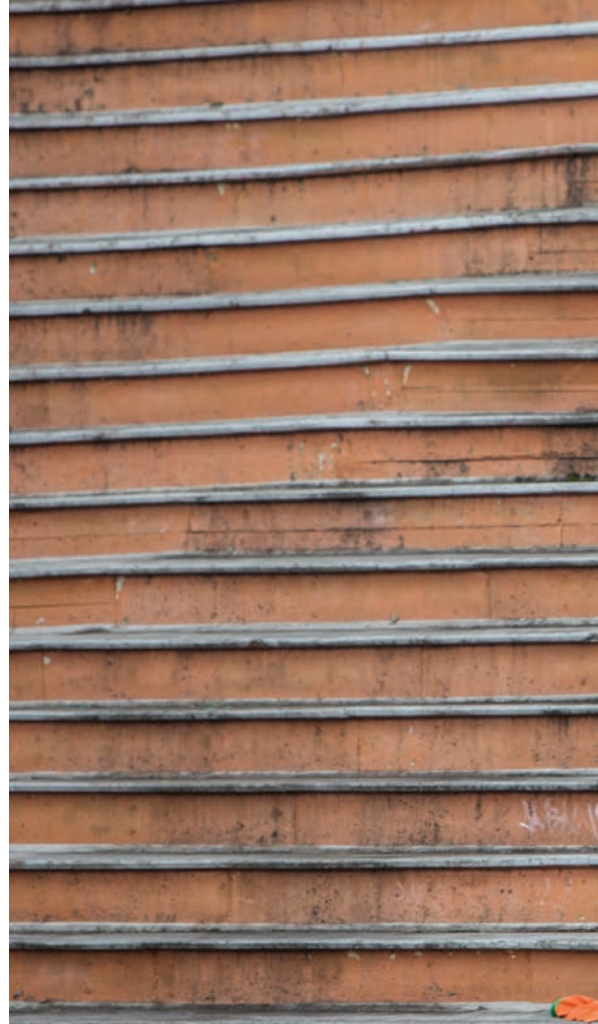
Arturo, Iván y Alfonso son los primeros en entrar, los últimos en irse, de los pocos en no faltar. "Este es nuestro plan de todos los fines de semana, nuestro lugar para reunirnos, ver fútbol, estar en familia". Un par de escalas más abajo, Diego, Juan Camilo y Javier tienen un ritual diferente: llegan sobre la hora, despliegan una bandera, aplauden, gritan mucho y se ríen a carcajadas. "Es nuestra forma de vivir el partido: ir, ver fútbol, ver a figuras, pero divertirnos. No sufrimos, o no tanto como otros hinchas". Esa es la tribuna de Envigado.

En el Parque Estadio Sur no hay barrabrava. No hay hinchas locales exaltados pidiendo otra vuelta olímpica, tampoco rabiosos que creen que la hinchada suda más la camiseta. Nada, ni siquiera visitantes rabiosos porque no pueden ir con sus colores. A lo sumo hay unas mil personas, gente de edades extremas, y algo que se ha perdido en las tribunas: familias.

Iván Guarín tiene 76 años y varios problemas en el corazón. Pero ninguno por el equipo. Es el mayor

de los tres veteranos que se hacen en la parte alta de la tribuna, donde no pasan vendedores por el frente, y donde el muro de las cabinas sirve para descansar la ajetreada espalda. "Vengo hace veinticinco años y ya hace parte de mi rutina. Antes iba al Atanasio Girardot a ver a Nacional, pero cuando subió el equipo a primera división, empecé a venir al Polideportivo". Con un saco que lleva para no enfermarse y que tapa el naranja fluorescente, Iván busca la compañía de un hijo o un nieto. Con sus lentos pasos siempre es uno de los primeros en llegar a un estadio que casi nunca tiene filas. Allí se encuentra con dos amigos de fútbol, Arturo Escobar y Alfonso Pineda, un par de cuñados que comparten su plan de fin de semana.

Arturo recuerda los días del ascenso a la primera, así como el descenso en 2005 y el nuevo título de 2006. También las decenas de noches con apenas un centenar de personas en las tribunas, muchas de ellas acompañadas por derrotas o juegos muy pobres. "Pero





nunca ha sido nuestra idea venir a ver campeones. Es algo que hicimos parte de nuestra vida, venir a ver fútbol con tranquilidad, sin peleas. Las tanquetas de la policía las traen de adorno”.

Arturo fue quien llevó a Alfonso, el más nuevo de la barra (barra como grupo, no como hinchada). Ellos comparten la edad, 75 años, y la familia. Alfonso Pineda lleva un lustro viendo al Envigado. Comenzó tras su regreso al país, luego de vivir 48 años en Estados Unidos. Pero su esposa murió, y cuando nada lo ataba al frío de Boston, volvió a la tierra, a la casa de su cuñado Arturo, y de ahí al Poli. “Allá no veía mucho fútbol, y si pasaban algo en un restaurante era de Nacional o Medellín. Esto de Envigado es un gusto adquirido”. El trío refleja la tranquilidad de una tribuna en la que no se corretea a un rival como si fuera una avanzada de guerra. “Es un plan de fútbol”.

Una pasión traidora

“¿De Envigado? ¿Es en serio?”. La doble pregunta es una constante en la vida de Diego Sandoval, Javier Parra y Juan Camilo Paniagua, integrantes de lo más cercano a una barra: Pasión Naranja.

Ellos son la cara visible de la hinchada. Son aquellos que se hacen en el centro de la tribuna, unas seis filas más abajo de Iván, Arturo y Alfonso. Ante cualquier fallo del árbitro o el rival, se levantan a insultar, gritan desaforados. “Todo comenzó en 2000, pero solo hasta 2005, antes del descenso, vinimos a organizarnos. Llegamos a ser sesenta, con carné y entrada de cuenta del club, pero la gente fue creciendo, se fueron casando o yendo del país. Hoy somos quince, y no todos vamos”, sostiene Juan Camilo, uno de los pelaos de camiseta vieja y garganta rota, que ha llegado a corretear a un árbitro para tacharlo de “pícaro” y a ser apercollado por un jugador después de un insulto desde la tribuna. Una rareza en el Poli.

Ellos viven una pasión traidora. En la casa Sandoval, el verde no fue tan fuerte como la naranja del vecino. “Aunque en mi familia la mayoría era hincha de Nacional, nunca sentí esa fiebre. Y en 1995 vivía junto a Antonio Roa, defensa del Envigado de



esa época, y él me invitó por primera vez al estadio. Me entraron por un ladito, sin boleta, y aunque me demoré en volver, me quedó el cariño. Comencé a ir sin falta un par de años después, cuando la ciudad empezó a dividirse entre las barras rojas y verdes". Al estadio fue, sin pausa, hasta que su trabajo como periodista lo alejó por sus horarios. "Antes iba hasta los entrenamientos, pero ahora es más complicado".

Paniagua llegó a tener un uniforme del DIM, equipo del papá y del abuelo, gracias a una Navidad de 1991.

Pero ni así lo alejaron del Parque Estadio. "Lo mío fue más una rebeldía que se convirtió en amor. A finales de los noventa todos los pelaos de mi edad empezaron a dividirse entre rojos y verdes, pero cuando me fui a vivir a Envigado, empecé a ir al estadio, y me hice hincha".

El caso de Javier es más complejo, pues traicionó al béisbol. Nació en Venezuela y llegó a Envigado para estudiar en la universidad. Fanático de los Tigres de Aragua en béisbol, y jugador de selecciones de baloncesto, terminó en el Polideportivo Sur por casualidad.



"Como jugaba en el equipo de básquet de Envigado, nos invitaban a ver fútbol. No me gustaba, pero con el tiempo le fui tomando cariño, a tal punto de no perderme un solo partido". Hoy va a la tribuna con su gorra de los Tigres, pero sabe que la pecosa le ganó a la pelota caliente, y que Envigado es su casa: "Jamás pensé en ser hincha de otro que no fuera el naranja".

Mientras muchos se jactan de sus viajes por Sudamérica o de excursiones eternas a Japón, la Pasión Naranja saca pecho con su viaje al ascenso de 2007 frente



al ya desaparecido Academia. Fueron tres buses a Bogotá, uno con la barra, otro con familiares y otro con gente que no se sabe de dónde salió. Para Sandoval, “fue uno de los momentos más lindos del Envigado”.

Caras conocidas

El Oso no habla, solo sonríe. Con sus ojos medio apagados trata de no perderse un segundo del partido. Sus amigos cuentan que se llama Fabio Alberto Escobar, que es vendedor ambulante de esos que sale



con un pingüino gigante a la calle, pero que el club le regala la entrada hace muchos años. Poco sale de su boca, solo uno que otro esporádico grito de gol. Todo lo contrario al Gustavo Monsalve, el Embalador, vendedor de “torticas de queso y bocadillo, contra la droga y el cigarrillo”. Gustavo lleva diecisiete años en las tribunas del Poli, vendiendo sus ollas de embaladoras a los que van a su estadio. “Con Envigado vendo poco, porque si quiero hacer negocio tiene que ser con Nacional y Medellín, ahí sí se mueve esto”.

El Oso y el Embalador hacen parte de esa amorfa tribuna naranja. No hay trapos, menos bombos y trompetas. Se mezclan entre los niños de la escuela de fútbol, los jugadores juveniles del club, los profesionales que no fueron convocados al partido de turno. A su costado se ven los pintorescos “gringos”, un grupo de ingleses, sudafricanos y estadounidenses, que llegan con sus pelos rubios y barbas largas. “Es ambiente diferente, muy familiar, tranquilo”, dice Simon Edwards, uno de los integrantes del AFC Envigado, quien junto a



Seguidores del Envigado celebran su primer ascenso al fútbol de la A, 1991.

Ollie Lythe, un inglés que tiene tatuado al Chelsea en su cuello, llevaron su pasión al punto de crear un equipo *amateur* solo de extranjeros, con el que juegan partidos de barriada en Medellín defendiendo el color naranja.

A la pequeña tribuna de once mil espectadores ha llegado una docena de barras que duran menos de un semestre. Cada nuevo patrocinador (cuando había) llevaba a sus empleados, los dotaba con camisetas, les daba una pancarta. Al primer partido iban doscientos, luego cien, y a la mitad de semestre solo quedaba la

pancarta. También chicos que entran tratando de simular la barra brava de los equipos grandes, pero que pierden el impulso ante el primer fracaso. Los datos de taquilla no se dan a conocer, la asistencia llega como parte de cortesías entregadas por el club y la alcaldía. De taquillas no viven, y nunca lo podrán hacer. Se vive del fútbol y sus transferencias.

Para encontrar las tribunas llenas hay que irse a los periódicos de noviembre de 1991, cuando Envigado logró el primer ascenso en la historia del fútbol colombiano.

Un partido ante Alianza Llanos, un 1-0 (gol de Luis Alfonso Hoyos), y unas tribunas repletas. “No somos un equipo de hinchada, ni en ese ascenso ni ahora, pero sí tenemos hinchas. Tenemos familias, gente del municipio, aficionados de otros equipos. Aprendimos a vivir así”, explica Hugo Tuberquia, quien defendió el arco naranja ese 30 de noviembre y hoy prepara los arqueros del club. Más de una década dándole la cara a la tribuna, “y no ha pasado nada, esto es muy tranquilo para el jugador”.

El encantamiento del hincha ha sido un imposible. Hablar de la cantera de héroes, de los comienzos de James Rodríguez, de la magia del ídolo Néider Morantes, no ha sido suficiente para atrapar. Los logros de Envigado se limitan a anécdotas de cafetería, lejos de las 26 copas de Nacional o las cuatro finales de Libertadores de América. Ni siquiera un título de goleador, o una final perdida generan empatía colectiva.

No obstante, el equipo sobrevive gracias a su cantera, a su estilo repleto de juveniles, y a que en esa proliferación de equipos de papel, Envigado llega a ser casi un “tradicional”. Su capitán de los últimos años, Andrés Orozco, quien ya supo estar de verde y de rojo, y vivió los gritos de la Guardia Imperial de Racing, y la Guardia Popular del Inter de Porto Alegre, hoy vive los años tranquilos de la tribuna naranja. “Envigado es un estadio para familias. Para reencontrarse con esa alegría de ir a una tribuna. Como debe ser todo el fútbol, con amor por el juego. Acá tenemos hinchas, no hinchada”. ★

El globo que no cayó

Antes de 1948, cuando en Colombia no había futbolistas profesionales, uno de los equipos más fuertes de la creciente Medellín era el Huracán. Su creador fue Carlos Arturo 'el Cabo' Torres, un hombre dedicado a la construcción que logró convencer a los habitantes del barrio La América de armar un club de fútbol con todas las de la ley. En efecto, Huracán, que adoptó el nombre de su similar argentino, protagonizaría enfrentamientos verdaderamente intensos con el Medellín, el equipo más importante de la ciudad en aquella época de fútbol aficionado. El Huracán crio también era conocido como El Globo o El Ciclón de la Montaña e hizo parte de los clubes fundadores de la Dimayor, sin embargo solo jugó el campeonato profesional entre 1949 y 1951. En el recuerdo quedó el 2-0 con el que le quitó al Medellín la posibilidad de título en el torneo del 50. Huracán, que tuvo entre sus integrantes al entrenador uruguayo José Saule y al portero peruano Walter Ormeño, al que le decían Gulliver por su gran estatura, desapareció cual globo que estalla.



Huracán, de camiseta blanca, contra Nacional en el San Fernando, 1951. El partido quedó 1-1.

Como lobos

Por *Daniel Rivera*



Conozco bien lo que se siente: el rencor ciego, la violencia que toma del cuello, los dientes apretados como los de un perro justo antes de morder, la estupidez sin objeciones. Éramos chicos, teníamos quince, dieciséis años y encontrábamos en el grupo un nombre, una identidad. No había preguntas ni reflexiones, los mayores estaban para eso. Cuando aparecían

los otros, los corríamos; cuando aparecía la policía, corríamos. Antes de llegar, algunos se fumaban sus cigarrillos de marihuana, pero ya en la tribuna empezábamos bebiendo cantidades respetables de vino barato, porque sabíamos por experiencia —y no por haberlo leído— lo que escribió Kingsley Amis sobre la sangría, y que en ese caso aplicaba: “Permite beber la que quieras

sin acabar desplomándote”. Entonces bebíamos todo el vino que queríamos hasta que salía el equipo y en ese momento, cuando desde la tribuna caían rollos de papel armando una cortina, aguantábamos la respiración, y esos gritos que sonaban no eran más que el eco de lo que habíamos cantado segundos antes de que el equipo saltara a la cancha. La hora y media que duraba el juego



vivíamos para cantar y todo el mundo se podía morir, estallar una guerra, y ahí seguiríamos cantando hasta que viniera el reino de los cielos.

Una de las promesas que teníamos al estar ahí era que seguiríamos al equipo costara lo que costara. Éramos la versión pagana de ese poema de María Mercedes Carranza: "Te perseguiré por los siglos de los siglos /

No dejaré piedra sin remover". Y no dejábamos piedra sin remover porque en esas condiciones, vueltos un amasijo que cantaba desde una de las tribunas del estadio Atanasio Girardot, las posibilidades de que todo se convirtiera en un campo de batalla aumentaban como el humo. No podíamos convivir con el peso de nuestra adolescencia: reíamos como lobos, acechábamos como

lobos, todo lo hacíamos guiados por un olfato que sabía bien dónde estaban los problemas, y los encontraba.

No éramos malos, ¿pero qué es ser malo? ¿Quién no teme a la horda ciega, a los fanáticos con los ojos cerrados diciendo aleluya, diciendo gol, coreando el nombre de un mortal muy político, muy cantante, muy músico? Primero se intenta evangelizar, luego se

destruye. Las peleas de las barras bravas se han convertido en las cruzadas modernas, si no te cambio, te destruyo. Alguna vez, un muchacho muy valiente llegó a la tribuna con la camiseta del rival y no salió bien, porque el sentido primario nos lleva a atacar la diferencia, desaparecerla. Todavía me pregunto qué impulsó a ese muchacho, lobo de otra manada, a entrar en la tribuna así, solo contra un puño enorme.

Recuerdo a un amigo —en realidad amigo del novio de mi mejor amiga— al que llamaban Gigante, medía casi dos metros, y era famoso porque sus dedos cerrados en torno a la palma de la mano formaban un puño formidable. Algunas veces lo vi golpear a hombres que sacudía como sacos de arena, lo hacía con inercia, como Raskólnikov con el hacha aquella de su desventura. Entraba con la barra principal minutos antes de que iniciara el partido y le llevaba una cabeza a los más altos, los que cargaban sobre sus barrigas de cerveza los bombos y los redoblantes que no cesaban de sonar. No solo se le conocía por su violencia absurda, también por la alegría en cada partido, por su canto a todo pulmón, a toda verdad. Y hay que decir a su favor —al nuestro, al de los que hicimos parte de alguna barra en ese primer año de la década pasada—, que esos eran tiempos difíciles, de guerras varias en los barrios, de paramilitares y milicias.





No sé qué habrá sido de Gigante y sus dos metros de alto, su puño cerrado. Sé que ya no va a Sur porque estuve hace unos meses y busqué caras conocidas. Llamé a Orlando, compinche de esos días, dueño de unos trapos que se cruzaban en la tribuna y que alguien se robó, y tampoco va, ahora es un periodista que hace notas de deporte para un periódico nacional, sigue siendo hincha; no tuve que llamar a mi primo el gordo, que alguna vez se ganó una golpiza memorable, porque sé que ya no va al estadio, tiene un buen trabajo, una esposa, una hija de dos años; Bréiner se hizo diseñador gráfico o modelo o las dos cosas y se arrepiente de esos tiempos; Natalia ahora es bailarina de ballet pese a su metro y medio y no se da el lujo de arriesgarse a una lesión en plena tribuna; Juana quedó en embarazo hace años, doce, y desde entonces trabaja como si no hubiera un mañana. Los lobos crecieron, engordaron, o entendieron que la diferencia es el común de la vida, lo puro cotidiano. Ninguno siente rabia.

Por esos años nadie hacía nada para controlar a la jauría que éramos en la tribuna, pero en los últimos años, con la ola de violencia en el pico, con las peleas repetidas, hay quienes se han ocupado del caso, sabiendo que las medidas represivas a veces atizan el fuego, y han buscado alternativas. Aunque también están los que llevan más tiempo, los que crecieron en

el corazón de las barras y ahora ven que la pasión no siempre es ajena a la razón.



Entre los que crecieron allá adentro está Andrés Felipe Jiménez Castrillón, de 34 años, aficionado de toda la vida, uno de los fundadores de la Rexixtenxia Norte, conocida en Medellín por su marca RXN en tantos postes, en tantas paredes, estiradores del lenguaje con sus equis puestas donde la ese debería aparecer con su sutura como el agua. A los doce años empezó a pintar banderas con aerógrafo, cuando nadie lo hacía, entonces se dedicó a decorar trapos que cada ocho días aparecían en la tribuna Norte del Atanasio, lo que fue la premonición, las imágenes borrosas de lo que vendría después.

Andrés explica su arte como si se tratara de álgebra lineal, de cálculo: fue uno de los primeros hinchas en Colombia que quiso hacer un tifo para celebrar la salida de su equipo a la cancha. Los tifos son una palabra italiana que se usa para hablar de las hinchadas de un equipo, aunque “en algunos países se utiliza como denominación para un mosaico creado por los aficionados y desplegado en las gradas de un estadio”. Son famosos los tifos hechos por las barras del Barcelona, Marsella, Galatasaray, Real Madrid, Bayern Múnich, Borussia Dortmund, Juventus, y en Colombia están los de Medellín, Nacional y Cali. Andrés hizo parte de los

primeros que quisieron hacer un rompecabezas en la tribuna del estadio Atanasio Girardot.

“El primer tifo que se hizo en el estadio fue el día de la fiesta de los cien años, sobre los colores rojo y azul, en la tribuna Norte, salió en letra mayúscula la frase ‘100 AÑOX’. Después empezaron a hacer algo así pero en espacios más pequeños. El segundo lo hicieron contra el Once Caldas, ese decía ‘El equipo del pueblo’. A mí no me gusta participar en los que son solo letras porque eso es muy fácil, me gustan los que son más complejos. Así que en el tercero que hizo la Rexixtenxia sí estuve, que era el escudo que abarcaba toda la tribuna y decía ‘Dale rojo dale’”.

Sucede que en Suramérica nadie se atrevía a hacer un escudo como el del Medellín —en forma igual al de Millonarios, al de tantos otros equipos—, porque carece de líneas rectas en su contorno y sus curvas no terminan en un círculo perfecto, lo que impide la simetría en la tribuna, pero Andrés lo delineó calculando empíricamente, “a ojo, sin planos, sin programas de computador. Ese escudo lo hice para la Suramericana y se puso el punto muy alto, porque el escudo del Cúcuta lo hace cualquiera, el de Nacional también, pero este del Medellín es muy complicado. Para mí el tifo es una foto a gran escala que forma un efecto pixel, cuando uno ve una foto de cerca ve cuadros, eso es un tifo, y en eso estuve pensando todo el tiempo cuando hice el escudo”.





Argentina y Paraguay le escriben correos para que les dé el visto bueno sobre futuros tifos, “porque un tifo no es solamente ubicar papeles en una tribuna, es una verdadera obra de arte, solo hay que ver lo que han hecho los hinchas del Borussia para darse cuenta. Como yo he estudiado mucho los tifos, y los que he hecho han sido buenos, pues asesoro a otras barras, eso es parte de la convivencia”.

Con otros amigos de la barra Andrés creó una fundación llamada Bloque Seis. Con ella han aplicado para ser beneficiarios del presupuesto participativo, “porque veíamos que hay barras de otros equipos que están muy organizadas y que reciben apoyo y queríamos dejar los celos y empezar con lo nuestro. Ser un líder y un dirigente de una barra. Ahora mismo estamos haciendo conferencias de barrismo, de cómo se sustenta un proyecto y lo hacemos con algunos miembros de Los del Sur, con personas ya crecidas que han aprendido que somos hinchas de equipos rivales pero podemos crecer juntos”.



No se puede separar el fenómeno de violencia entre las barras de la violencia de una sociedad, y menos en una ciudad donde el fútbol lo habita todo con su alegría sorda. Hasta la desmovilización del Bloque Cacique Nutibara de las Autodefensas Unidas de Colombia en 2003, Medellín vivió un periodo de violencia que los académicos apenas tratan de entender. La violencia

no terminó ahí, luego vinieron los reacomodos de la organización criminal conocida como La Oficina, guerras que llevaron a los barrios a dividirse en fronteras invisibles cuya violación se pagaba con la vida. El filósofo e investigador Jorge Giraldo cree que es imposible que una pacificación entre hinchas empezara en circunstancias tan adversas. Sin embargo, las estrategias que los ciudadanos se inventaban para sobrevivir a la tiranía de los armados se trasladaron a los líderes de las barras, quienes buscaron —por poner un ejemplo— rutas diferentes para que las hinchadas caminaran sin encontrarse y de esa manera evitar peleas. Los líderes marcaron postes, andenes, se comunicaban con sus colegas de la barra rival, concertaban horas para pasar por puntos críticos. Buscaron maneras de convivir.

Felipe Muñoz, uno de los líderes de Los del Sur, baterista de la banda de punk rock Tres de Corazón, recuerda que la iniciativa por pacificar a los hinchas empezó cuando la guerra en Medellín llegó a un pico en el año 2004, “invitamos a los pelados a que entendieran que estábamos en una ciudad de sangre y de violencia, y a que vieran que esas actitudes no son propias del fútbol sino de la sociedad. Después de eso se dieron cuenta de que manejarnos bien y tener buena imagen nos facilitaba la relación con las autoridades y esa confianza a su vez nos daba la posibilidad de tener proyectos que hicieran crecer la barra. Los pelaos

empezaron a ver que no habían presos ni heridos y que venir al estadio se volvió tranquilo, no era un lugar más de batalla. Eso ocurre en un momento histórico del país en el que a los pelaos les tocó ser partícipes de muchas guerras, de 2002 a 2004 el conflicto en la Comuna 13, después vino una época de paz, pero llegó el conflicto entre alias Sebastián y alias Valenciano, el conflicto está asociado a los picos de violencia entre las barras”.

Felipe se refiere a la historia de Los del Sur, a los procesos de concientización sobre el mal que la violencia le ha traído al fútbol en Medellín. Después de esa reflexión nacieron proyectos como el Club Deportivo Los del Sur, que tiene como fin entrenar talentos desde la niñez para que algún día lleguen a jugar profesionalmente; “Con la pelota en la cabeza”, en el que participan los hinchas que llevan su fervor por el fútbol al arte: pintan, hacen fotos, escriben, ejercicio del que ya hay libros publicados, folletos, postales; “Del barrio a la cancha”, un programa de televisión que muestra después de cada partido la realidad de los hinchas de Nacional y Medellín, su vida en el barrio, la pasión llevada por los agites de la cotidianidad.

Los medios acaban tinta para hablar de la preparación que tiene un partido: la formación, las lesiones de tal delantero, las condiciones del arquero, la hora de llegada al estadio. Pero cuánto hay detrás de una hinchada: preparar los tifos, organizar los trapos, reunir a

las personas necesarias para la movilización alrededor del equipo, asegurarse de que no se entren elementos prohibidos a las gradas. Y el tiempo siempre está en contra, ocho días es la cuota máxima para tenerlo todo listo. Al crecer la hinchadas, como lo han hecho las de Nacional y Medellín, tiene que crecer la unidad, y muchas veces hay que pedirle ayuda al rival, al contrario.



Ya no sé lo que se siente. El lunes 28 de noviembre de 2016, cercanas las diez de la noche, el avión que transportaba al equipo de fútbol Chapecoense se estrelló a pocas millas de aterrizar en el aeropuerto José María Córdova de Rionegro. En el accidente murieron 71 personas, entre ellos veinte miembros del equipo, solo tres lograron sobrevivir. A las cuatro de la mañana vi el avión envuelto en la bruma de La Unión, ese municipio del oriente antioqueño donde se cultivan fresas y papas. Los rescatistas —bomberos, de la Cruz Roja, de la Defensa Civil, campesinos varios— trabajaban presurosos por encontrar cuerpos con vida, pero el último apareció a las cinco de la mañana. Pasadas las horas, y con la llegada del sol, se acercaron a la entrada de la zona del accidente curiosos de todo tipo, y entre ellos estaba Juan David Rivera, tenía en las manos un pendón de unos cincuenta centímetros de largo, nada aparatoso. En el centro de la foto estaba la titular de Chapecoense y abajo: “Vinieron por un sueño, partieron como leyendas. Descansen en paz”. Ante los micrófonos de los periodistas que

pescaban —pescábamos— cualquier imagen para abrir portadas web, cualquier frase para abrir títulos, dijo: “Siento el dolor de su hinchada, lamentamos la tragedia, no nos esperábamos esto”. Juan David contó que cuando se enteró de la noticia se fue a la litografía de un amigo para que le hiciera el pendón, después tomó un bus y llegó a La Unión, y ahí se quedó parado al lado de la policía que acordonaba el lugar.

Dos días después, el 30 de noviembre, a la misma hora en que se daría el pitazo inicial de la final de la Copa Sudamericana, empezó el acto en homenaje a Chapecoense y yo estaba pensando largamente en la paz entre las hinchadas, recordé los tiempos oscuros de hace tantos años y de los que aún se viven coletazos: cada tanto alguien en su nube de fanatismo hiere a un hincha contrario a golpes, con una navaja; un grupo de afiebrados apedrean un bus con aficionados en el interior. Pero esa noche todo tenía la apariencia de lo eterno, de esos eventos en que los políticos cortan cintas, inauguran cemento que perdura con los años. Encontré un amigo de los días de adolescencia, hincha del Medellín, conmovido hasta las lágrimas. Estaba acompañado de otros amigos bien fanáticos, estaban vestidos de blanco y seguro cantaron con la voz al filo eso de “Fuerza Chape” al lado de tantos hinchas de Nacional. Los homenajes no terminan y nadie se atreve a romper el velo sagrado que quedó después de la muerte, después de la unidad que trajo el dolor. ★



Créditos de imágenes

Convenciones

Se usan las siguientes abreviaturas para ubicar las imágenes, acompañadas del número de página correspondiente:
sup.: superior / inf.: inferior / der.: derecha / izq.: izquierda.

— Archivos institucionales

Archivo Histórico de Antioquia:

Anónimo: 1, 23, 31 izq., 32, 39 izq., 39 der.

Foto Repórter: 8, 9, 50, 53 sup., 53 inf., 54, 55

Archivo *El Colombiano*:

Pedro Nel Ospina: 10

Hernando Vázquez: 57, 65

Jesús Abad Colorado: 149, 157 (tomado de *La vida por esta pasión*, publicación de Los del Sur)

Donaldo Zuluaga: 150

Natalia Vanegas: 153

Oscar Garcés: 186

Archivo *El Mundo*:

Anónimo: 46, 48, 151, 156 (tomado de *La vida por esta pasión*, publicación de Los del Sur)

Archivo Biblioteca Pública Piloto:

Benjamín de la Calle Muñoz: 6-7

Pastor Restrepo: 12

Melitón Rodríguez: 21

Francisco Mejía: 24-25

Gabriel Carvajal Pérez: 38, 42, 155

Jorge Obando: 22, 30

Digar: 29, 31 der., 34, 35, 41, 187

Andrés María Ripol: 40, 62-63

Horacio Gil Ochoa: 103

León Francisco Ruíz Flórez: 155

Revista *Vea Deportes*: 36-37, 67

Liga Antioqueña de Fútbol: 58 izq., 58-59, 59 der.

— Archivos particulares

Anónimo: 28

Carlos Serna: 16-17, 18, 19, 20, 24 izq., 25 der., 196

Juan Fernando Ospina: 3, 43, 47, 68, 70-71, 72, 75, 80, 83, 84, 85, 87, 88, 89 izq., 89 der., 92, 96, 104-105, 106, 107, 108, 109, 110, 113, 114, 115, 117, 118-119, 120, 133, 134, 136-137, 138 sup., 138 inf., 139 sup., 139 inf., 140 izq., 140-141, 141 der.,

147, 148, 154, 158, 159, 160 izq., 160-161, 161 der., 162, 163, 164, 165, 168 izq., 168-169, 170, 171, 173, 174, 176, 178, 180, 181, 182-183, 184 izq., 184-185, 185 der., 188, 189, 190-191, 192-193

Juan Manuel Uribe: 26, 44

Sergio González: 76-77, 78, 98-99, 101, 102, 128

Paola Camacho: 95

María Paulina Zapata: 130, 131, 132

Esteban Zapata: 145, 146

Nicolás Solórzano: 167 (tomado de *El Colombiano*, 9 de abril de 1999)

Pablo Monsalve: 195

— Ilustraciones

Tobías Arboleda: 14-15, 123, 124, 143

— Imágenes tomadas de internet bajo la licencia

Creative Commons: 49, 79, 91



Este libro se terminó de imprimir en policromía, con gambetas y escorpiones, en diciembre de 2016.